AGATHA CHRISTIE

MATAR ES FÁCIL

Selecciones de Biblioteca Oro

¿Qué oscuro secreto esconde el pueblo de Wychwood para que muchos de sus habitantes estén muriendo bajo extrañas circunstancias?

La señora Pinkerton, una anciana vecina de la localidad, le cuenta al ex policía Luke Fitzwilliam los entresijos de los crímenes recientemente acaecidos allí, y le anuncia que la próxima víctima será el doctor Humbleby. Lo que en principio no parece más que una chifladura propia de una lunática, al día siguiente se convierte en algo alarmante: Fitzwilliam lee en la prensa que la anciana ha muerto atropellada y que el cuerpo del doctor Humbleby ha sido hallado sin vida.

Fitzwilliam se traslada a Whichwood donde finge ser un escritor que busca información para una novela y poder así investigar más libremente.

Agatha Christie

Matar es fácil

Superintendente Battle # 3

ePUB r1.0
Ronstad 12.10.2013

Título original: *Murder is easy*
Agatha Christie, 1939
Traducción: C. Peraire del Molino

Editor digital: Ronstad
ePub base r1.0

Dedicado a Rosalinda y Susana,
primeros críticos de este libro.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ABBOT: Abogado de Wychwood.
ANSTHRUTHER: Tía de Brígida Conway.
BATTLE: Inspector de policía de Scotland Yard.
BELL: Un viejo vecino del citado pueblo.
BONES (Billy): Inspector de policía.
BONNER: Agente de policía.
CARTER (Enrique): Tabernero en el pueblo de Wychwood.
CARTER (Lucía): Bella muchacha, hija del anterior.
CONWAY (Brígida): Joven hermosa, ex secretaria de lord Whitfield y prima de Jaime Lorrimer.
CHURCH: Una vieja antipática, tía de Ana Gibbs.
ELLWORTHY: Propietario de una tienda de antigüedades.
FITZWILLIAM (Lucas): Joven policía retirado, que regresa a Londres. Protagonista de esta novela.
GIBBS (Ana): Muchacha de servicio.
HARVEY (Jaime): Joven mecánico, prometido de la anterior.
HORTON: Comandante retirado, vecino de Wychwood.
HUMBLEBY (Juan): Viejo médico del ya citado pueblo.
HUMBLEBY (Rosa): Hermosa y excelente muchacha, hija del anterior.
HUMBLEBY (Jessie Rosa): Esposa del viejo doctor y madre de Rosa.
JONES: Director de un Banco local.
JONES (Enriqueta): Hija del anterior.
LORRIMER (Jaime): Antiguo amigo de Fitzwilliam.
PIERCE: Estanquera y madre de Tomás Pierce.
PIERCE (Tomás): Un chiquillo travieso y revoltoso, hijo de la

anterior.
PINKERTON (Lavinia): Solterona, vecina de Wychwood y compañera de tren de Lucas Fitzwilliam en un viaje que hizo a Londres.
REED (Juan): Alguacil en el pueblo ya repetido.
RIVERS: Chófer de lord Whitfield.
THOMAS (Geofredo): Joven e inteligente médico de Wychwood.
WAKE (Alfredo): Párroco de ese mismo pueblo.
WAYNFLETE (Honoria): Solterona de esta localidad. Bibliotecaria y ex prometida que fue de lord Whitfield.
WHITFIELD (Lord Gordon): Propietario de varios periódicos locales. Hombre acaudalado y prometido de Brígida Conway.

CAPÍTULO I

UN VIAJERO

¡Inglaterra! ¡Otra vez Inglaterra después de tantos años! ¿Cómo la encontraría?

Lucas Fitzwilliam se hizo esta pregunta al descender de la pasarela del barco y durante la larga espera en la Aduana, hasta que estuvo sentado en el tren.

Al marcharse de Inglaterra fue distinto. Mucho dinero que ganar (bueno, aunque al principio fuese poco), despedir a los viejos amigos, hallar nuevos compañeros, y aquellas frases pronunciadas entre una atmósfera de simpatía. «No tardaré. ¡Puede que me divierta! ¡Hasta pronto!».

Mas ahora no le preguntaban cuándo volvería. Se acabaron las noches calurosas, el sol y la belleza de la rica vegetación tropical, y los ratos de soledad empleados en leer y releer ejemplares atrasados del viejo *The Times*…

Y allí estaba, retirado, cobrando una respetable pensión, y con algunos medios propios, convertido en un caballero desocupado de regreso a su patria: Inglaterra. ¿Qué iba a hacer ahora?

¡Inglaterra! Volvía a ella en un día de junio, de cielo gris y viento frío. ¡La bienvenida no era muy acogedora! ¡Y la gente! Millares de seres de rostro ensombrecido como el cielo… caras ansiosas, serias y preocupadas.

¡Y las casas! Alzábanse por todas partes como hongos. ¡Qué feas! ¡Enormes jaulas sembradas por todo el país!

Haciendo un esfuerzo, Lucas Fitzwilliam apartó sus ojos del paisaje y se dispuso a echar un vistazo a los periódicos que acababa de comprar: *The Times, Daily Clarion* y *Punch*.

Empezó por el *Daily Clarion*, dedicado a las carreras de caballos.

Pensó: «Es una lástima que no llegásemos ayer. No he estado en el Derby desde los diecinueve años».

En el club había apostado por un caballo y quiso ver lo que el corresponsal del *Clarion* opinaba de su favorito. Esta frase le desilusionó completamente: «Y en cuanto a *Jujube II, Mark, Mille, Santory y Jerry Boy*, es difícil que lleguen a clasificarse. Un posible finalista es…».

Pero Lucas no se fijó en el posible finalista. Sus ojos recorrían las apuestas. *Jujube II* se pagaba sólo a 40 por 1.

Miró su reloj. Las cuatro menos cuarto. «Bueno, ahora ya habrá terminado», se dijo. Y deseó haber apostado por *Clarigold*, que era otro favorito.

Luego abrió el *Times* para absorberse en asuntos más serios, aunque no por mucho tiempo, pues un coronel de aspecto imponente sentado ante él, acalorado por lo que acababa de leer, quiso hacerle partícipe de su indignación. Y pasó una buena media hora antes de que se cansara de repetir lo que pensaba de «esos malditos agitadores comunistas».

El coronel se calló por fin, quedándose dormido con la boca abierta. Poco después el tren disminuyó la marcha y se detuvo. Lucas miró por la ventanilla. Se hallaba en una gran estación con muchos andenes, pero desierta. Alcanzó a ver un letrero sobre el kiosco de revistas que decía: «Resultados del Derby», abrió la portezuela y tras apearse corrió hasta el puesto de periódicos. Momentos después contemplaba con el ceño fruncido las letras impresas.

Resultados del Derby

JUJUBE II
MAZEPPA
CLARIGOLD

Lucas sonrió satisfecho. ¡Cien libras caídas del cielo! Bien por el bueno de *Jujube II*, injustamente juzgado por todos los entendidos.

Con la sonrisa en los labios se volvió… encontrando sólo el

vacío. Excitado por la victoria de *Jujube II* no había notado que el tren salía de la estación.

—¿Dónde diablos se ha metido el tren? —preguntó a un mozo de rostro abúlico.

—¿Qué tren? No ha llegado ninguno desde las 3.14.

—Ahora mismo acaba de llegar uno, y yo me he apeado. Es el que enlaza con el barco.

El mozo replicó:

—Ese tren es expreso y va directo a Londres.

—Pero ha parado —le aseguró Lucas—. Yo he bajado de ese tren.

—No se ha detenido en ninguna estación hasta Londres —repitió el mozo.

—Ya le he dicho que yo me he apeado de ese tren en esta estación.

—No debió hacerlo —dijo, reconviniéndole—. No para aquí.

—Pero lo hizo.

—Sería por la señal. Esperaría a que le dieran paso. No puede llamarse propiamente una «parada».

—Yo no entiendo tanto como usted ni hago tan finas distinciones —dijo Lucas—. La cuestión es: ¿qué hago ahora?

El empleado, hombre de ideas lentas, repitió:

—No debió apearse.

—Bien, lo admito —y recitó—: El mal está hecho, dejémonos de lamentaciones. Lo que yo quiero saber es lo que un hombre de experiencia en este servicio me aconseja que haga.

—¿Me pregunta qué debe hacer?

—Eso precisamente. Supongo que habrá algún tren que pare, que pare oficialmente, quiero decir.

—Déjeme pensar —dijo el mozo—. Lo mejor es que coja el de las 4.25.

—Si el de las 4.25 va a Londres —repuso Lucas—, ése es el tren que me conviene.

Tras asegurarse, empezó a pasear por el andén. En una pizarra leyó que se hallaba en Fenny Clayton, estación de empalme con Wychwood-under-Ashe, y un tren de un solo vagón arrastrado por una anticuada locomotora entró en la estación para colocarse

modestamente en una de las vías. Seis o siete personas fueron las únicas en apearse y cruzando un pequeño puente pasaron al andén de Lucas. El mozo empezó a descargar cestas y jaulas. Otro empleado se unió al primero y oyóse el tintinear de jarros de leche. Fenny Clayton despertaba de su letargo.

Por fin, dándose mucha importancia, arribó el tren de Londres. Los vagones de tercera estaban abarrotados. Sólo había tres compartimientos de primera clase y en cada uno de ellos uno o varios pasajeros. El primero, para fumadores, estaba ocupado por un caballero de aspecto marcial, fumando un cigarro habano. Lucas, por aquel día, tenía bastante de coroneles, y se dirigió al siguiente, cuyos ocupantes eran una joven de aspecto cansado, posiblemente señorita de compañía, y un niñito de unos tres años. Pasó de largo. La puerta del departamento contiguo estaba abierta, y en su interior hallábase un solo pasajero: una dama de cierta edad. Le recordó vagamente una de sus tías, tía Mildred, que cierta vez, cuando tenía diez años, le permitió conservar una serpiente. Tía Mildred había sido todo lo buena que puede ser una tía. Lucas entró en el compartimiento y se sentó.

Tras unos minutos de intensa actividad en la descarga de la leche, maletas y otras zarandajas, el tren se puso lentamente en movimiento. Lucas desdobló su periódico para volver a las noticias con la desgana de quien ya ha leído los diarios de la mañana.

No esperaba leer mucho rato. Siendo como era un hombre con varias tías, estaba casi seguro de que su compañera no podría guardar silencio hasta Londres.

Estaba en lo cierto… una ventanilla que no cerraba bien, una paraguas que se cae… y la buena señora le estaba contando las excelencias de aquel tren.

—Sólo tarda una hora y diez minutos. Es magnífico, ya lo creo. Mucho mejor que el de la mañana, que tarda una hora y cuarenta minutos.

Y prosiguió:

—Casi todo el mundo toma el de la mañana. Quiero decir que si hay que regresar el mismo día es una tontería ir en el tren de la tarde. Yo quise salir esta mañana, pero *Wonky-fu* se había perdido (es mi gato persa, una preciosidad, sólo que últimamente ha tenido

una oreja enferma), y claro, no salí hasta que lo encontraron.

—Claro que no —murmuró Lucas mirando significativamente a su periódico, pero no le valió, pues ella siguió charlando.

—Así que me las arreglé como pude y tomé el tren de la tarde, lo que en cierto modo es una ventaja porque no va tan lleno… aunque eso no importa cuando se viaja en primera. Quiero decir que lo considero un *despilfarro*, con las tasas, menos rentas, el sueldo del servicio más alto y todas esas cosas… pero la verdad es que estaba tan trastornada… porque, ¿sabe?, voy a Londres para un asunto muy importante y quería poder pensar lo que voy a decir… con tranquilidad, ¿sabe? —Lucas reprimió una sonrisa—. Y cuando viajan personas conocidas… hay que mostrarse amable… así que pensé que por una vez el gasto estaba *perfectamente justificado*… aunque yo creo que hoy en día se gasta demasiado… y nadie piensa en el porvenir. Claro —agregó con presteza, mirando el rostro bronceado de Lucas—, que los soldados con permiso deben viajar en primera. Sobre todo si son oficiales…

Lucas se sustrajo a la inquisitiva mirada de un par de ojos brillantes y capituló. Al fin lo había hecho.

—No soy militar —le dijo.

—¡Oh, cuánto lo siento! No quise decir… Creí… como está tan tostado… que quizá regresaba del Este con permiso.

—Vengo del Este —dijo Lucas—; pero no con permiso —y dio por terminados los comentarios con esta declaración—: Soy policía.

—¿Es de la policía? Eso es muy interesante. El hijo de una buena amiga acaba de ingresar en la policía de Palestina.

—Yo vengo de Mayang Straits —repuso Lucas tratando de volver a cortar la conversación.

—¡Oh, qué interesante! Realmente es una coincidencia; me refiero a que viaje en este tren, pues, ¿sabe?, voy a Scotland Yard por ese asunto tan importante.

—¿De veras? —preguntó Lucas.

Y pensó para sí: «¿Se le acabará pronto la cuerda o seguirá así hasta Londres?». Mas la verdad es que no le importaba. Quiso mucho a su tía Mildred, y recordaba cómo sabía soltar un discurso en el momento preciso. Además, hay algo muy curioso y muy inglés en las señoras como aquélla y su tía Mildred. No encontró ninguna

como ellas en Mayang Straits. Pueden clasificarse con el pastel de ciruelas del día de Navidad, el criquet y los hogares con los troncos ardiendo en las chimeneas. Entre esas cosas que se echan de menos cuando no se tienen y que agobian cuando se tienen en demasía, mas, como ya hemos dicho, Lucas hacía sólo tres o cuatro horas que había llegado a Inglaterra.

—Sí, yo tenía la intención de haber venido esta mañana, pero luego, como le dije, me trastornó el paradero de *Wonky-fu*. ¿Cree usted que será demasiado tarde? Quiero decir si tienen horas especiales de oficina en Scotland Yard.

—No creo que cierren a las cuatro —repuso Lucas.

—No, claro que no. ¿Cómo iban a hacerlo? Me refiero a que si alguien tiene necesidad de comunicar un crimen a cualquier hora, ¿cómo iban a cerrar?

—Exacto —dijo Lucas.

Por unos instantes la anciana señora permaneció en silencio. Parecía angustiada.

—Siempre creí lo mejor ir directamente a la fuente principal —dijo al fin—. Juan Reed es un hombre muy agradable, es el alguacil de Wychwood, muy sociable, pero, ¿sabe?, yo no creo que sea una persona capaz de resolver asuntos serios. Está acostumbrado a tratar con gente que ha bebido demasiado, o que conduce a demasiada velocidad, o que no saca la licencia para sus perros, e incluso con algún ratero, pero no creo… estoy segura… que pueda desentrañar un *crimen*.

Lucas arqueó las cejas.

—¿Crimen?

La dama asintió con energía.

—Sí, veo que le sorprende. Yo también lo estuve al principio… y no podía creerlo. Pensé que eran imaginaciones mías.

—¿Y está segura de que no lo eran?

—¡Oh, sí! —afirmó con la cabeza—. Pude equivocarme la primera vez, pero no la segunda, ni la tercera, ni la cuarta. Después de tantos asesinatos una *ya sabe*.

Lucas preguntó:

—¿Quiere decir que ha habido varios asesinatos?

La dama repuso sin alterar la voz:

—Me temo que bastantes.

Y prosiguió:

—Por eso creo lo mejor ir a Scotland Yard directamente y contarlo todo. ¿No cree usted que es lo mejor?

Lucas la miraba pensativo.

—Sí, creo que tiene razón —y continuó para sí: «Allí sabrán cómo tratarla. Seguramente deben ir más de media docena de señoras como ésta por semana, con el cuento de los asesinatos cometidos en sus tranquilos pueblecitos. Deben tener un departamento especial para las pobres infelices».

Y en su imaginación se apareció un paternal inspector murmurando con mucho tacto: «Muchas gracias, señora, se lo agradecemos mucho. Ahora márchese, déjelo todo en nuestras manos, y no se acuerde más de este asunto».

Sonrió ante la escena, pensando:

«Me pregunto de dónde sacarán todas estas historias. Estarán mortalmente aburridas y en su ignorancia imaginan dramas. He oído decir que algunas ancianas tienen la monomanía de que quieren envenenarlas».

La suave voz de su interlocutora le sacó de sus meditaciones.

—¿Sabe?, recuerdo que leí una vez… creo que era el caso Abercrombie… que el asesino había envenenado a muchas personas sin que nadie sospechara… ¿Qué estaba diciendo? Ahí, sí. Alguien dijo que miraba de un modo especial a su víctima… y poco después ésta empezaba a sentirse mal. La verdad es que entonces no lo creí… pero, ¡es cierto!

—¿Qué es lo cierto?

—La mirada de ciertas personas…

Lucas la observó. Temblaba ligeramente y sus mejillas habían perdido su tinte rosado.

—La vi por primera vez en los ojos de alguien que miraba a Ana Gibbs… y murió. Luego fue Carter. Y Tomás Pierce. Pero ahora… ayer… le tocó al doctor Humbleby… y es una persona tan agradable y tan buena. Cartes bebía y Tomás Pierce era un chiquillo impertinente y entrometido, que maltrataba a los niños menores que él. No me importaron gran cosa, pero el doctor Humbleby es distinto. *Debe ser salvado*. Y lo terrible es que fui y se lo dije y no

quiso creerme. Y Juan Reed tampoco. Pero en Scotland Yard será distinto, porque, claro, allí están acostumbrados a los crímenes.

Se puso a mirar por la ventanilla.

—Oh, mire, llegaremos en seguida —y se dispuso a recoger su paraguas, y abrió y cerró el bolso, preparando su billete.

—Gracias… muchísimas gracias… —dijo a Lucas cuando éste le cogió el paraguas, que se le había caído por segunda vez—. Ha sido un *alivio* hablar con usted… Ha sido muy amable… y celebro que crea que hago bien.

Lucas dijo con gentileza:

—Estoy seguro de que en Scotland Yard la aconsejarán convenientemente.

—Le estoy muy agradecida —revolvió en su bolso—. Mi tarjeta. Oh, qué lástima, sólo tengo una… y debo guardarla para Scotland Yard…

—Claro, claro…

—Pero mi nombre es Pinkerton.

—El mío es Lucas Fitzwilliam —repuso el joven, sonriendo. Y cuando el tren entraba en la estación, agregó—: ¿Quiere que le busque un taxi? ¿Tiene usted prisa?

—¡Oh, no, gracias! —la señorita Pinkerton pareció escandalizarse—. Tomaré el «metro» hasta la plaza Trafalgar, y bajaré andando por Whitehall.

—Bien, buena suerte —le deseó Lucas.

La señorita Pinkerton le saludó cariñosamente con la mano.

—Muy amable —murmuró de nuevo—. ¿Sabe?, al principio pensé que no me creería.

Lucas tuvo el acierto de enrojecer.

—Bueno —le dijo—. ¡Tantas muertes! Es bastante difícil cometer tantos asesinatos, ¿verdad?

—No, no, muchacho; se *equivoca*. Es muy fácil matar… Y, ¿sabe?, el culpable es la última persona de quien se *sospecharía*.

—Bueno; de todas formas, buena suerte.

La señorita Pinkerton desapareció entre la multitud, y el joven fue en busca de su equipaje pensando:

«¿Estará algo perturbada? No. No lo creo. De imaginación algo excitada, eso es todo. Espero que la traten bien. Es bastante

simpática».

Capítulo II

NECROLÓGICAS

Jaime Lorrimer era uno de los amigos más antiguos de Lucas. Y tan pronto llegó a Londres se puso en contacto con él. Con Jaime se desayunó a la mañana siguiente con la cabeza dolorida y fue la pregunta de Jaime la que quedó sin respuesta mientras leía por segunda vez un párrafo insignificante del periódico de la mañana.

—Perdona, Jaime —le dijo recobrándose con sobresalto.

—¿Qué es lo que te interesa tanto? ¿La situación política?

Lucas frunció el ceño.

—¡Qué va! No. Es bastante extraño… Han atropellado a una anciana que viajaba en el tren en que vine.

—¿Cómo sabes que es la misma?

—Claro que puede ser otra, pero el nombre es el mismo…, Pinkerton… fue derribada y arrollada por un automóvil al cruzar Whitehall. El coche huyó.

—¡Qué desagradable!

—Sí. Pobrecilla. Lo siento. Me recordaba a mi tía Mildred.

—El que condujera el automóvil tendrá trabajo. Le acusarán de homicidio casual… o no casual. Te digo que hoy en día da miedo conducir un coche.

—¿Qué coche tienes ahora?

—Un «Ford» ocho cilindros…; como te decía…

Y la conversación derivó hacia la mecánica.

Jaime la interrumpió para preguntar:

—¿Qué demonios estás mascullando?

Lucas tarareaba:

—Fiddle de dee, fiddle de dee, the fly has married the humble

bee[1].

Se disculpó:

—Es una canción que cantaba cuando niño. No sé por qué se me vino a la memoria.

Y fue una semana más tarde cuando Lucas, que estaba leyendo la primera plana del *Times*, exclamó:

—¡Cielos, esto es una maldición!

Jaime Lorrimer alzó la cabeza.

—¿Qué pasa?

Lucas, sin responder, miraba un nombre impreso en una columna. Jaime repitió la pregunta. Lucas levantó sus ojos para mirar a su amigo, con una expresión tan peculiar que le desconcertó.

—¿Qué es, Lucas? Parece como si hubieses visto un espectro.

Por espacio de un par de minutos el otro no habló. Dejó caer el diario y anduvo hasta la ventana. Jaime le miraba regresar con creciente sorpresa. Lucas dejóse caer sobre una silla.

—Jaime, amigo mío, ¿recuerdas lo que te conté de aquella anciana que viajó conmigo el día que llegué?

—¿Aquella que dijiste que se parecía a tu tía Mildred, y que atropellaron?

—Ésa precisamente. Escúchame, Jaime. La pobre vieja me contó una larga historia. Que venía a Scotland Yard para denunciar una serie de asesinatos. En su pueblecito por lo visto, andaba suelto un asesino… cometiendo ejecuciones rápidas.

—No me dijiste que estaba loca —repuso Lorrimer.

—Y no creo que lo estuviera.

—¡Oh, vamos, hombre! Y todas esas muertes…

Lucas intervino, impaciente:

—No creí que estuviera perturbada, sino que se dejaba llevar de su imaginación, como sucede con las mujeres de cierta edad.

—Bueno, supongo que pudo ser así; pero me parece que estaría algo trastornada.

—No me importa lo que tú pienses, Jaime. Ahora soy yo el que hablo, ¿entendido, amigo?

—Está bien, está bien. Continúa.

—Me lo contó circunstancialmente, mencionando una o dos de las víctimas, y luego dijo que lo que la aturrulló fue el saber quién iba a ser la próxima.

—¿Sí? —inquirió Jaime interesado.

—Algunas veces un nombre se graba en nuestra mente por una razón u otra, aunque sea una tontería. Y ese nombre se grabó en la mía porque lo relacionaba con una cancioncilla que cantaba en mi niñez. *Fiddle de dee, fiddle de dee, the fly has married the humble bee*.

—Muy académico, ¿pero a qué viene?

—Pues a que el nombre de la víctima era Humbleby… doctor Humbleby. La buena mujer dijo que el siguiente sería el doctor Humbleby, y estaba angustiada porque era «tan buena persona». Ese nombre se me quedó grabado a causa de la susodicha canción.

—¿Y bien? —quiso saber Jaime.

—Mira esto.

Lucas tendió el periódico, señalándole con el dedo una esquela de la sección necrológica.

> «Humbleby. — El día 13 de junio falleció repentinamente en su residencia de Sandgate, en Wychwood-under-Ashe, Juan Eduardo Humbleby (que en paz descanse), esposo de Jessie Rosa Humbleby. Los funerales tendrán efecto el viernes. No se admiten coronas».

—¿Lo ves, Jaime? Ése es el nombre del doctor y del pueblo. ¿Qué deduces de todo esto?

Jaime tardó unos momentos en contestar y al fin repuso con voz grave y poco convincente:

—Supongo que será sólo coincidencia. Simplemente pura coincidencia.

—¿Tú lo crees, Jaime? ¿Tantas?

Lucas empezó a pasear de nuevo.

—¿Y qué va a ser, si no?

Lucas volvióse en redondo.

—¡Suponte que todo lo que me dijo la buena anciana fuese *cierto*! Supón que esta historia fantástica sea la pura verdad.

—¡Oh, vamos, vamos, criatura! Sería un poco difícil de creer. Esas cosas no suceden en la realidad.

—¿Y qué me dices del caso Abercrombie? ¿Quién supuso que había cometido tantos crímenes?

—Más de los que descubrieron —repuso Jaime—. Un amigo mío tiene un primo que fue el médico forense, y me contó muchas cosas. Descubrieron que Abercrombie había envenenado al veterinario con arsénico, desenterraron a su esposa y había fallecido de lo mismo, y es casi seguro que su cuñado también, eso no fue todo. Ese amigo me dijo que la opinión extraoficial era que por lo menos se había deshecho de quince personas. ¡Quince personas! ¡Quince personas!

—Exacto. Por lo tanto, esas cosas suelen suceder.

—Sí; pero las menos de las veces.

—¿Cómo lo sabes? Puede que ocurran más a menudo de lo que crees.

—¡Habla el espíritu policíaco! ¿No puedes olvidarte de que eres un policía ahora que estás retirado?

—Cuando se ha sido policía se sigue siéndolo siempre —dijo Lucas—. Ahora escucha, Jaime. Suponiendo que antes de que Abercrombie hubiese cometido la equivocación de ejecutar sus crímenes ante las narices de la policía hubiera ido una anciana charlatana a contárselo a las autoridades, ¿crees que la habrían escuchado?

Jaime sonrió.

—¡Ni pensarlo!

—¿Lo ves? Hubieran dicho que tenía la cabeza llena de pájaros. Lo mismo que tú dijiste. O «demasiada imaginación», como dije yo. *Y los dos nos hubiéramos equivocado*, Jaime.

Lorrimer meditó unos segundos y luego dijo:

—¿Cuál es, a tu parecer, la situación exacta?

Lucas habló despacio.

—El caso es el siguiente. Me cuentan una historia… poco probable, pero no imposible. Una prueba evidente: la muerte del doctor Humbleby. Existe otro factor insignificante. La señorita Pinkerton se dirigía a Scotland Yard a contar su leyenda. *Pero no llegó a su destino*. Fue atropellada y muerta por un coche que no se detuvo.

Jaime objetó:

—Tú ignoras si llegó. Puede ser que la matasen después y no antes de su visita.

—Puede ser… aunque no lo creo.

—Eso son meras suposiciones. Y esto destruiría este… melodrama… en que tú crees.

Lucas alzó la cabeza con violencia.

—No. Yo no digo eso. Lo que digo es que es un caso que debería investigarse.

—En otras palabras. ¿Vas a dirigirte a Scotland Yard?

—No. No he llegado a eso… todavía. Como dices, la muerte de ese Humbleby puede ser una extraña coincidencia.

—Entonces, ¿puedo preguntarte qué piensas hacer?

—Pues ir a ese pueblo y ver lo que pasa.

—¿Conque eso es lo que quieres hacer?

—¿No estás de acuerdo conmigo en que es lo único sensato?

Jaime le miró antes de decir:

—¿Has tomado en serio este asunto, Lucas?

—Absolutamente en serio.

—¿Y si todo esto fuera agua de borrajas?

—Sería lo mejor que pudiera suceder.

—Sí, claro —Jaime frunció el entrecejo—. Pero tú no crees que lo sea, ¿verdad?

—Mi querido amigo, trato de ver las cosas con imparcialidad.

Jaime no habló durante un rato. Luego quiso saber:

—¿Tienes algún plan? Me refiero a que tendrás que alegar alguna *razón* para presentarte en este pueblo tan de improviso.

—Sí, supongo que sí.

—No. No lo supones. ¿No te das cuenta de lo que es un pueblo? ¡Todo el mundo se conoce!

—Tendré que adoptar otra personalidad —dijo Lucas sonriendo —. ¿Qué me sugieres? ¿Artista? Es difícil… ni siquiera sé dibujar.

—Puedes ser un artista moderno —sugirió Jaime—. Así no importará.

—¿Y un novelista? Los novelistas van a otras comarcas para escribir. Puede que sí, quizás un pescador… pero tendría que saber si pasa un río por allí cerca. ¿Y un inválido que tuviera que hacer

reposo? No. Casi todo el mundo va a un hospital o una clínica. Puedo estar buscando una casa en aquellos parajes… No. No me convence tampoco. Que me aspen, Jaime. Debe de existir *alguna razón* plausible para que un forastero visite un pueblecito.

Jaime dijo:

—Espera un segundo… dame el periódico.

Y cogiéndolo volvió a leer la esquela antes de anunciar triunfalmente:

—¡Me lo imaginaba, Lucas!, te lo diré en pocas palabras. Te lo puedo arreglar a las mil maravillas. ¡Y en un abrir y cerrar de ojos!

Lucas sorprendiéndose.

—¿Qué?

Jaime continuaba con orgullo:

—¡Ya decía yo que me sonaba! ¡Claro, Wychwood-under-Ashe! ¡El mismísimo sitio!

—¿Tienes algún amigo que conozca al inspector de ese pueblo?

—No. Mucho mejor que eso, muchacho. Ya sabes que la naturaleza me ha dotado de gran cantidad de tías y primos… mi padre tuvo trece hermanos. Ahora escucha esto. ¡*Tengo un pariente en Wychwood-under-Ashe*!

—¡Jaime, eres maravilloso!

—No está mal, ¿verdad? —dijo Jaime con tono de modestia.

—Cuéntame quién es él.

—No, es una prima. Se llama Brígida Conway. Durante estos dos últimos años fue la secretaria de lord Whitfield.

—¿El propietario del único periódico de ese pueblecito?

—Eso es. ¡Es un hombre poco agradable! ¡Fatuo! Ha nacido en Wychwood-under-Ashe, y es de esa especie que no cesa de hablar de su nacimiento y educación y de que se ha hecho a sí mismo. Regresó a su pueblo natal y compró la única casa grande de la vecindad (a propósito, esta casa había pertenecido a la familia de Brígida) y se preocupa en que aquel lugar sea un «pueblo modelo».

—¿Y tu prima es su secretaria?

—Lo fue —dijo Jaime—. Ahora ha ascendido. ¡Es su prometida!

—¡Oh! —repuso Lucas bastante sorprendido.

—Es un buen partido. Nada en la abundancia. Brígida estuvo bastante enamorada de un sujeto y por culpa del dinero se deshizo

su noviazgo. Me atrevo a asegurar que éste saldrá bien. Ella le tratará con dulzura, pero también con firmeza y él comerá en la palma de su mano.

—¿Y cuándo entro yo en escena?

Jaime replicó prontamente:

—Tú vas allí a pasar unos días… puedes ser otro de nuestros primos. Brígida tiene tantos que uno más o menos no importa. Lo arreglaré, y me pondré de acuerdo con ella. Y en cuanto a la razón de tu estancia… pues brujería.

—¿Brujerías?

—Costumbres populares supersticiosas… todas esas cosas. Wychwood-under-Ashe es popular por ello. Es uno de los pocos sitios que celebraron aquelarres los sábados por la noche, donde quemaban a las brujas… y todas esas tradiciones. Tú estarás escribiendo un libro, ¿comprendes? Comparando las costumbres de Mayang Straits y el viejo folklore inglés… sus puntos de contacto, etc. Ya sabes cómo se hace. Te vas por todo el pueblo con un librito de notas en la mano y te dedicas a interrogar a los habitantes más ancianos sobre las costumbres y tradiciones. Ya están acostumbrados, y al estar en la Casa de los Fresnos te abrirán las puertas.

—¿Y qué opinará lord Whitfield?

—Pues nada. Es completamente analfabeto y crédulo… cree lo que publica en sus periódicos. De todas formas Brígida le convencería. Es buena chica. Respondo de ella.

—Lucas, parece como si fuese muy fácil. Eres maravilloso. Si de veras puedes arreglarlo todo con tu prima…

—Todo saldrá bien. Déjame a mí.

—Nunca podré pagártelo.

—Todo lo que te pido es que ya que vas a la caza de un asesino, me lo comuniques cuando lo cojas —repuso Jaime, y añadió—: ¿En qué piensas?

Lucas repuso lentamente:

—En algo que dijo aquella mujer. Le dije que era duro de tragar que pudieran cometerse tantas muertes impunemente y me contestó que estaba equivocado… que asesinar es muy fácil… —se detuvo y luego concluyó—: ¿Será cierto, Jaime? Quisiera saber si es…

—¿Qué?
—… Fácil asesinar.

CAPÍTULO III

UNA BRUJA SIN ESCOBA

Bajo un sol brillante, Lucas descendió por la colina de Wychwood-under-Ashe. Había adquirido hacía poco un cochecito de segunda mano y lo detuvo unos momentos en la cumbre.

Era un día de verano muy caluroso. Ante él extendíase el pueblo tranquilo a pesar de los últimos acontecimientos, pacífico e inocente. Su calle principal se prolongaba hasta la cima de la colina de los Fresnos.

Se le veía lejos e impecable. Lucas pensó: «Probablemente estoy loco. Es todo tan fantástico».

¿Había ido allí a detener a un asesino sólo por las charlatanerías de una anciana y una esquela mortuoria?

Movió la cabeza.

«Con seguridad que esas cosas no ocurren —murmuró—, ¿o sí? Lucas, muchacho, debes averiguar si eres el más tonto de los crédulos, o si tu nariz de policía ha olfateado un rastro seguro».

Puso el motor en marcha y deslizóse por la pendiente y zigzagueante carretera que se unía a la calle principal.

Wychwood consistía, puede decirse, en esa calle. En ella había tiendas, casitas georgianas, lindas y aristocráticas, de escalones limpios y llamadores relucientes y también villas pintorescas con sus jardines llenos de flores.

Y un poco más allá estaba la posada «Cascabeles y Arlequín». Había un prado y un estanque con patos, y presidiendo todo esto una gran mansión georgiana que Lucas tomó por su destino: La Casa de los Fresnos, pero al aproximarse pudo apreciar un gran letrero que decía: «Museo y Biblioteca». Más allá se alzaba un edificio

moderno contrastando por su austeridad con la alegre despreocupación del resto del lugar. Era el Instituto y Club de los muchachos.

Y fue en aquel sitio donde paró para preguntar el camino que debía seguir.

Le dijeron que la Casa de los Fresnos estaba a una media milla y que podría verla a la derecha.

Lucas prosiguió su viaje. Encontró las verjas con facilidad, éstas eran nuevas y de hierro forjado; pasando a través de ellas distinguió el edificio de ladrillo entre los árboles y, al volver el último recodo del camino, quedó estupefacto ante aquella masa, semejante a un castillo, que le daba la bienvenida.

Mientras contemplaba aquella visión de pesadilla, el sol se ocultó tras una nube. Y de pronto se percató de la amenaza que pesaba sobre la Casa de los Fresnos. Una ráfaga de viento sacudió las hojas de los árboles y una muchacha hizo su aparición por una esquina de la mansión castellana.

Sus cabellos negros revoloteaban alrededor de su rostro a impulsos de la brisa y a Lucas le recordó un cuadro de Nevinson: la *Bruja*, por su rostro alargado y fino, y sus flotantes cabellos negros. Podía imaginársela volando sobre una escoba hacia la luna.

Ella fue derecha a él.

—Usted debe ser Lucas Fitzwilliam. Yo soy Brígida Conway.

Estrechó la mano que le tendía, y pudo verla como era en realidad… y no un rapto de imaginación. Alta, esbelta, de rostro delicado en el que se marcaban ligeramente los pómulos… cejas irónicas y oscuras… como los ojos y el pelo. Era un delicioso aguafuerte… acerbo y hermoso.

Durante su viaje de regreso a Inglaterra llevaba en su mente la imagen de una muchacha sonrosada y tostada por el sol, acariciando el cuello de un caballo, parándose a cortar una hierba del camino o sentada con las manos extendidas hacia el fuego de la chimenea. Fue una visión encantadora.

Ahora… No sabía si le gustaba o no Brígida Conway, pero ante su presencia, la imagen se desvanecía tornándose tonta y sin sentido…

Le dijo:

—¿Cómo está? Debo pedirle perdón por invadir su casa de esta manera. Jaime me dijo que no la molestaría.

—Oh, claro que no. Estaremos encantados —y sonrió—, Jaime y yo siempre nos hemos llevado bien. Si está escribiendo un libro no ha podido usted encontrar un sitio mejor. Está lleno de leyendas y cuentos pintorescos.

—¡Espléndido! —repuso Lucas.

Y caminaron juntos hacia la casa. Lucas la observó de nuevo descubriendo trazos sobrios de la época de la reina Ana, suavizados con florida magnificencia. Recordó que Jaime había dicho que aquella casa había pertenecido a la familia de Brígida. Entonces no debió de estar tan adornada, pensó mirando el perfil y las manos largas y bellas de la joven.

Debía tener unos veintiocho o veintinueve años. Y era inteligente, una de esas personas de quien no se sabe absolutamente nada hasta que ellas lo juzgan oportuno.

El interior de la casa era confortable y de buen gusto… del gusto de un decorador de primera categoría. Brígida Conway le condujo hasta una habitación con librerías y cómodos butacones donde se hallaban dos personas sentadas ante una mesa de té.

Ella dijo:

—Gordon, éste es Lucas, una especie de primo de un primo mío.

Lord Whitfield era un hombre de corta estatura, bastante calvo, y su cara redonda e ingenua, de ojos saltones y labios gordezuelos. Iba vestido como un campesino y con desaliño… lo que no le sentaba bien pues tenía bastante estómago.

Recibió a Lucas con amabilidad.

—Celebro conocerle. He oído decir que acaba de llegar del Este. Es un lugar interesante. Brígida me dijo que va a escribir un libro. Dicen que se escriben demasiados, pero yo no opino así, siempre hay lugar para un buen libro.

—Mi tía, la señora Anstruther —le presentó Brígida, y Lucas estrechó la mano de una mujer de mediana edad con una boca graciosa.

Mistress Anstruther, como Lucas supo muy pronto, era muy aficionada a la jardinería. No sabía hablar de otra cosa y se ocupaba constantemente de las plantas que iba a agregar a su jardín.

Tras corresponder a la presentación, siguió su conversación.

—Gordon, ya sabes que el mejor sitio para plantar flores entre las rocas es detrás de la rosaleda, y luego podrías tener un jardín acuático maravilloso ahí en el arroyo.

Lord Whitfield se acomodó mejor en su butaca.

—Arréglalo todo a tu gusto con Brígida —le dijo con prontitud —. Yo creo que las plantas de roca son muy insignificantes… pero eso no importa.

—Las plantas de roca no son suficientes para ti, Gordon — repuso Brígida.

Sirvió una taza de té a Lucas y luego lord Whitfield habló plácidamente:

—Es cierto. No las considero de valor. Unas pequeñeces que apenas se ven. Me gustan la gran variedad de flores de invernadero o algunos arriates de geranios rojos.

La señora Anstruther, que poseía el don *par excelence* de seguir con su tema sin que le distrajeran los comentarios de los demás, continuó:

—Yo creo que esas nuevas rosas de roca crecerán muy bien en este clima —a continuación se absorbió en la lectura de los catálogos.

Dejándose caer sobre el respaldo de su sillón lord Whitfield sorbió su té estudiando detenidamente a Lucas sin reparos.

—Así que es escritor —murmuró.

Lucas sintióse algo nervioso, y se disponía a dar explicaciones, cuando comprendió que no era eso lo que el lord buscaba.

—He pensado muchas veces —dijo Su Señoría— que me gustaría escribir un libro.

—¿Sí? —repuso Lucas.

—Le advierto que podría, y por cierto había de ser muy interesante. Me he cruzado con personas muy complejas. La dificultad estriba en que no he tenido tiempo. Soy un hombre muy ocupado.

—Desde luego debe serlo.

—No se imagina la tarea que pesa sobre mis espaldas —dijo lord Whitfield—. Me intereso personalmente por todas nuestras publicaciones. Me considero responsable de la formación de la

mentalidad del público. La semana que viene millones de seres pensarán y sentirán exactamente como yo he querido que piensen y sientan. Es una seria consideración, y de responsabilidad. Pues bien, a mí no me asusta ni la temo. *Puedo afrontar* esa responsabilidad.

Lord Whitfield irguió su pecho, tratando de contener su estómago, y miró a Lucas con simpatía.

—Eres un gran hombre, Gordon —Brígida habló con ligereza—. Toma un poco más de té.

—Soy un gran hombre —repuso simplemente—. No. No quiero más té.

Luego, tras descender de sus alturas olímpicas hasta los mortales preguntó a su huésped:

—¿Conoce a alguien de esta parte del globo?

Lucas negó con la cabeza. Y pensando que cuanto antes empezara su trabajo mejor, agregó:

—Pero vive aquí una persona a la que he prometido visitar, amigo de un amigo. Se llama Humbleby. Es médico.

—¡Oh! —Lord Whitfield irguióse en su butaca—. ¿El doctor Humbleby? ¡Qué lástima!

—¿Por qué es una lástima?

—Hace una semana que murió —dijo el lord.

—¡Dios mío! —repuso Lucas—. ¡Cuánto lo siento!

—No creo que le hubiese tomado simpatía —dijo lord Whitfield —. Era un estúpido, obstinado y dañino.

—Lo que significa —intervino Brígida— que no estaba de acuerdo con Gordon.

—Por cuestión de nuestros depósitos de agua —dijo lord Whitfield—. Puedo decirle que soy un hombre entregado por entero al público. Y he tomado muy en serio la prosperidad de este pueblo. Yo nací aquí. Sí, en esta ciudad campesina.

Lucas se percató de que se habían desviado del tópico del doctor Humbleby para derivar hacia el de lord Whitfield.

—No me avergüenzo de ello, ni me importa que se sepa —proseguía el caballero—. No poseo ninguna de sus ventajas naturales. Mi padre tenía una zapatería sí, una zapatería, y yo despaché en esa tienda cuando era joven. Yo me levanté con mi propio esfuerzo, Fitzwilliam, y me propuse salir de la rutina y lo

conseguí. La perseverancia, el trabajar firme y la ayuda de Dios lo hicieron. Esas cosas han hecho de mí lo que soy en la actualidad.

Y lord Whitfield se extendió en detalles y más detalles de su carrera en honor de Lucas, concluyendo:

—Y aquí me tiene, todo el mundo se alegra al conocer cómo he llegado hasta aquí. No me avergüenzo de mis comienzos, no, señor, y he vuelto a mi pueblo natal. ¿Sabe lo que han construido en lo que fue la tienda de mi padre? Pues un hermoso edificio patrocinado por mí para Instituto de muchachos donde todo está a la orden del día. ¡Contraté al mejor arquitecto del país! Debo confesar que hizo un trabajo muy sencillo… parece una prisión o un hospicio, pero dicen que está bien… y supongo que debe estarlo.

—Alégrate —dijo Brígida—. ¡En esta casa has hecho tu gusto!

Lord Whitfield rióse complacido.

—Sí, quisieron llevarme la contraria, y continuar el estilo primitivo del edificio, pero yo les dije: «¡Voy a vivir en esta casa y quiero que sea algo digno de mi posición!». Cuando un arquitecto no hacía lo que yo quería, buscaba otro. El último interpretó mis deseos a las mil maravillas.

—Hizo realidad tus pésimos gustos —dijo Brígida.

—Ella quería que lo dejase como estaba —le acarició una mano —. No hay que vivir en lo pasado, querida. Esos antiguos no sabían nada. Yo no quería una casa sencilla. Siempre soñé con un castillo… así que di *carte blanche* a un buen decorador para el interior y debo confesar que no lo hicieron del todo mal… aunque algunas cosas son un poco deslazadas y confusas.

—Bueno —dijo Lucas cuando pudo tomar la palabra—, es una gran cosa saber lo que se quiere.

—Y acostumbro conseguirlo —dijo el otro riendo.

—Aunque por poco no lo consiguen cuando los planos del agua —le recordó Brígida.

—¡Oh, eso! Humbleby era un estúpido. Esos hombres mayores tienen tendencia a la testarudez. No atienden a razones.

—El doctor Humbleby era un hombre de pocas palabras, ¿verdad? —Lucas se aventuró a decir—. Y supongo que por eso tendría muchos enemigos:

—No. No creo que podamos decir eso —refunfuñó lord Whitfield

frunciendo la nariz—. ¿No es así, Brígida?

—Era muy popular —dijo Brígida—. Sólo le vi una vez que me torcí un tobillo, pero me pareció muy agradable.

—Sí; era muy popular entre todo el mundo —admitió Gordon—. Aunque yo sé de dos personas que no le podían ver. También por su testarudez.

—¿Viven aquí esas personas?

Lord Whitfield asintió.

—Hay muchos grupos y enemistades en un sitio como éste.

—Lo supongo —repuso Lucas sin saber cómo proseguir—. ¿Qué clase de gente vive aquí principalmente?

—La mayoría viudas —dijo Brígida—. Hijas de pastores protestantes, y sus hermanas y esposas. Unas seis mujeres para cada hombre.

—¿Pero hay algunos hombres? —aventuróse Lucas.

—Oh, sí, el señor Abbot, procurador, el joven doctor Thomas, colega del señor Humbleby, mister Wake, el doctor… y, ¿quién más, Gordon? ¡Ah! El señor Ellworthy, dueño de la tienda de antigüedades y que es tan, tan amable. Y el comandante Horton y sus perros *bulldogs*.

—Creo que debe de haber alguien más —dijo Lucas—, pues mis amigos me hablaron de una anciana muy simpática que charlaba por los codos.

Brígida se echó a reír.

—Ésa es la descripción de la mitad de los habitantes de este pueblo.

—¿Cuál era su nombre? Ya me acuerdo. Pinkerton.

Lord Whitfield dijo con risa contenida:

—La verdad es que no tiene usted suerte. También ha fallecido. La atropellaron el otro día en Londres.

—Parece que ha habido muchas defunciones —dijo Lucas.

—En absoluto —rechazó en el acto lord Whitfield—. Éste es uno de los lugares más saludables de Inglaterra. Los accidentes son cosa corriente, y ya nadie se fija en ellos. Pueden sucederle a cualquiera.

—A decir verdad, Gordon —dijo Brígida muy pensativa—, hemos tenido muchas muertes este último año. Siempre estamos de funerales.

—¡Qué tontería, querida!

—¿El doctor Humbleby también murió de accidente? —preguntó Lucas.

Lord Whitfield negó con la cabeza.

—¡Oh, no! Murió de un ataque de septicemia como corresponde a un médico. Se hizo un rasguño en el dedo con un clavo herrumbroso… no le dio importancia y se le infectó. Falleció a los tres días.

—Sí, los médicos acostumbran ser así —repuso Brígida—. Y claro, están muy expuestos a una infección si no toman las debidas precauciones. Fue una lástima. Su esposa está inconsolable.

—De nada sirve revelarse contra la Providencia —sentenció lord Whitfield.

«Pero, ¿fue la Providencia quien decretó su muerte?».

Lucas se hizo esta pregunta mientras se vestía para la cena. ¿Septicemia? Podía ser. Aunque de todos modos fue una muerte muy repentina.

Y en su cabeza martillearon las palabras de Brígida: «Han ocurrido muchas muertes este año».

CAPÍTULO IV

LUCAS EMPIEZA SU TAREA

Lucas había preparado su plan de campaña con sumo cuidado y se dispuso a ponerlo en práctica cuando bajó a su habitación a desayunarse a la mañana siguiente.

La tía jardinera brillaba por su ausencia, pero lord Whitfield estaba tomando un plato de riñones y su taza de café, y Brígida Conway, que ya había concluido, se hallaba en pie junto a la ventana.

Después de intercambiar los «Buenos días» de rigor y una vez sentado ante un apetitoso plato de huevos con jamón, les habló así:

—He de comenzar mi trabajo. Lo difícil es hacer hablar a la gente. Ya saben a qué me refiero… no a las personas como usted y Brígida. (Se acordó a tiempo de no decir la señorita Brígida). Ustedes me dicen lo que saben…, pero el caso es que ignoran lo que yo deseo saber… que son las supersticiones de este lugar. No me creerían si les contase la cantidad de supersticiones que aún existen en algunas partes del mundo. Por ejemplo, en un pueblecito de Devonshire el párroco tuvo que hacer demoler unos menhires de granito que se hallaban cerca de la iglesia porque la gente seguía dando vueltas a su alrededor cada vez que alguien moría. Es extraordinario cómo persisten algunos viejos ritos.

—Creo que tiene usted razón —repuso lord Whitfield—. Lo que la gente necesita es educación. ¿Le dije que he fundado una biblioteca en esta localidad? Era una casa antigua, y ahora es una de las mejores bibliotecas…

Lucas procuró que la conversación girara en torno a las actividades de lord Whitfield.

—¡Espléndido! —dijo de corazón—. Ése es un buen trabajo. Veo que ha comprendido la ignorancia en que aquí viven. Claro que desde mi punto de vista es eso lo que quiero… Viejas costumbres… consejos… y una ligera idea de los antiguos ritos, tales como…

Y en este punto les repitió, casi al pie de la letra, un escrito que había estudiado para el caso.

—Los fallecimientos son una buena fuente informativa —concluyó Lucas—, los ritos y costumbres funerarias perduran más que otros. Además, no sé por qué razón los pueblos gustan de hablar de muertes y tragedias…

—Y les divierten los funerales —agregó Brígida desde la ventana.

—Creo que comenzaré por ahí —continuó Lucas—. Si puedo conseguir una lista de las últimas defunciones pienso visitar a los familiares y hacerles hablar sobre el particular, y no dudo de que pronto tendré una pista de lo que ando buscando. ¿No creen que el señor párroco podrá darme los datos?

—Seguramente le interesará el señor Wake —dijo Brígida—. Es una persona encantadora y muy aficionado a las antigüedades. Creo que puede servirle de ayuda en este caso.

Lucas estuvo unos momentos en silencio, durante los cuales deseó que el sacerdote no fuese capaz de dárselos, y en voz alta dijo:

—Bien. Ustedes no tendrán idea de las personas que murieron este pasado año, imagino.

Brígida murmuró:

—Déjeme pensar. Carter, sí, claro, era el hostelero de un tabernucho que hay cerca del río, el de las «Siete Estrellas».

—Era un borrachín —dijo lord Whitfield—. Uno de esos socialistas ofensivos. Nos libramos de un indeseable.

—Y la señora Rosa, la lavandera —prosiguió Brígida—. Luego Tomás Pierce…, que si tú quieres era un muchacho antipático. Ah, y aquella chica, Ana… como se llame.

Su voz cambió ligeramente de tono al pronunciar este nombre.

—¿Ana? —preguntó Lucas.

—Ana Gibbs. Fue nuestra doncella, pero luego, se marchó a casa de la señorita Waynflete. Hubo investigaciones sobre su muerte.

—¿Por qué?

—Porque la muy tonta se confundió de botella en la oscuridad —dijo lord Whitfield.

—Y se tomó barniz de sombreros en vez del jarabe para la tos —aclaró Brígida.

Lucas alzó las cejas.

—Una tragedia.

Brígida repuso:

—Existía la creencia de que se lo había tomado adrede. Por un escándalo que dio a causa de un hombre.

Habló despacio… casi de mala gana.

Se hizo un silencio. Lucas sintió instintivamente la presencia de un sentimiento del que no le hablaban.

Y pensó:

«¿Ana Gibbs? Sí, ése es uno de los nombres que oí mencionar a la señorita Pinkerton».

También le había hablado de un muchacho… Tomás. No se qué… que, era evidente, no tuvo en buen concepto (en esto por lo visto coincidía con Brígida). Y si… también estaba casi seguro de haberle oído mencionar a Carter.

Poniéndose en pie, les dijo:

—Esta conversación me hace sentir un poco vampiro…, aunque sólo actúo en los cementerios. Las ceremonias nupciales también son interesantes…, pero es muy difícil hablar de ello sin conocer a las personas.

—Me figuro que sí —repuso Brígida con una leve sonrisa.

—Las desavenencias y deslices son otro punto interesante —prosiguió Lucas intentando demostrar entusiasmo—. En estos lugares se encuentran con frecuencia. ¿Saben de algún chisme de esta clase?

Lord Whitfield negó lentamente con la cabeza, y Brígida repuso:

—No acostumbramos escuchar ciertas cosas…

Lucas interpretó su idea antes de que concluyera:

—No lo dudo, tendré que moverme en otro ambiente para conseguir lo que deseo. Primero iré a la vicaría para ver lo que puedan decirme allí. Luego tal vez visite la taberna esa… de las «Siete Estrellas». ¿No se llama así? ¿Y qué me dicen del muchacho

antipático? ¿Ha dejado parientes?

—La señora Pierce tiene un estanco y papelería en la calle Alta.

—Esto es poco menos que providencial —dijo Lucas—. Me pilla de camino.

Brígida se apartó de la ventana con graciosos movimientos.

—Si no le molesta iré con usted —le dijo.

—Claro que no.

Habló con toda la sinceridad posible, pero se había dado cuenta de que le había pillado por sorpresa.

Le hubiese sido más fácil su entrevista con el sacerdote sin la presencia de una inteligencia como la de Brígida.

«Está bien —pensó para sí—. Tendré que representar mi papel de un modo convincente».

Brígida le decía en aquel momento:

—Lucas, ¿quiere esperar a que me cambie de zapatos?

El oírle pronunciar su nombre de pila con tal naturalidad le produjo un sentimiento muy dulce, y sin embargo, ¿cómo debía haberlo llamado si no? Puesto que habían acordado hacerse pasar por su primo, es natural que no le llamase señor Fitzwilliam. Y de pronto se preguntó: «¿Qué pensará ella de todo esto?».

Era extraño que no se hubiese ocupado hasta ahora. La prima de Jaime había sido una solución… abstracta. No pensó en ella, se limitó a aceptar la opinión de su amigo cuando dijo: Brígida lo arreglará todo a su gusto.

Se la había imaginado…, como una de esas secretarias rubias… lo suficientemente lista como para pescar a un hombre rico.

En vez de esto era voluntariosa, inteligente, poseía un cerebro privilegiado e ignoraba lo que pensaba de él. Se dijo: *No es una persona fácil de engañar*.

—Ya estoy lista.

Se había aproximado tan silenciosamente que no se dio cuenta de ello. Iba sin sombrero y con el cabello suelto. Al salir de la casa el viento que soplaba en la esquina del edificio castellano lo alborotó alrededor de su rostro.

Le dijo sonriendo:

—¿Me necesita para que le enseñe el camino?

—Es muy amable —repuso por cumplido.

¿Era imaginación suya? Le pareció verla sonreír con ironía.

Mirando la casa que dejaban a sus espaldas, comentó:

—¡Qué detestable! ¿Es que nadie consiguió impedírselo?

—Para un inglés su casa es su castillo —repuso Brígida—, éste es el caso de Gordon, y está encantado con ella.

Consciente de que su comentario iba a ser de mal gusto, pero sin poderse contener, dijo:

—Era la casa de sus antepasados, ¿verdad? ¿A usted también le encanta verla así?

Ella le miró divertida.

—No quisiera desilusionarle —murmuró—. Pero me fui de ella a los dos años y ni siquiera recuerdo cómo era.

—Tiene usted razón —dijo Lucas—. Perdone mi error.

La muchacha se echó a reír.

—La verdad es que es usted muy romántico.

Y hubo en su voz una ironía que le sorprendió, haciéndole enrojecer bajo su piel tostada, aunque comprendía que no iba dirigida a él, sino a su propia amargura. Lucas guardó silencio, pero hubiese querido saber muchas cosas de Brígida Conway…

Cinco minutos tardaron en llegar a la iglesia y pasaron a la vicaría, donde encontraron al párroco.

Alfredo Wake era un hombrecillo menudo de ojos azules e inocentes. Pareció complacido por la visita un tanto inesperada.

—El señor Fitzwilliam se hospeda con nosotros en la Casa de los Fresnos —le dijo la joven—, y desea consultarle sobre un libro que está escribiendo.

Mister Wake dirigió su mirada hacia Lucas, que empezó a explicarse. Estaba muy nervioso, en primer lugar porque aquel hombre debía de saber mucho más sobre folklore y ritos supersticiosos que lo poco que él había aprendido en la rápida lectura de unos cuantos libros, y en segundo lugar, porque Brígida estaba a su lado escuchando interesada.

Lucas sintióse aliviado al saber que la especialidad del párroco eran las ruinas romanas, y al oírle confesar que entendía muy poco de costumbres medievales y brujerías. Mencionó algunos hechos ocurridos en Wychwood, y se ofreció a acompañarlo hasta una colina determinada donde decían se celebraban los aquelarres, pero

lamentándose de no poder prestarle su colaboración personal.

Lucas, disimulando su satisfacción, procuró parecer desilusionado y se dispuso a hacerle algunas preguntas sobre supersticiones mortuorias.

Mister Wake movió la cabeza.

—Me temo que soy la última persona que puede informarle sobre este particular. Mis feligreses procuran que no llegue a mis oídos nada que atente contra la religión.

—Claro, es lógico.

—Pero, sin embargo, tenga la certeza de que aún existen muchas supersticiones. Estos pueblecitos viven bastante atrasados.

Lucas prosiguió:

—Le he pedido a la señorita Conway una lista de las últimas defunciones. Creo que de este modo podré obtener algunos datos. Tal vez usted pueda dármela, y así podré escoger los más apropiados.

—Sí, eso puede arreglarse. Gil, el sepulturero, le ayudará; es un buen hombre, aunque muy sordo. Déjeme que piense. Ha habido bastantes fallecimientos, demasiados, ya lo creo: tuvimos una primavera muy mala y un invierno muy crudo… y muchos accidentes. Hemos tenido una racha de mala suerte.

—Algunas veces se atribuye mala suerte a la presencia de una persona determinada.

—Sí. Recuerde la historia de Jonás. Mas yo no creo que hubiese ningún forastero… ni nadie que se destacase en ese sentido; tampoco he oído ningún rumor a este respecto; pero repito, eso puede pasarme inadvertido. Déjeme ver… hace poco murió el doctor Humbleby y la pobre Lavinia Pinkerton… una bellísima persona el doctor Humbleby…

Brígida intervino:

—El señor Fitzwilliam conoce bastante a un amigo suyo.

—¿Es cierto? ¡Qué pena! Su muerte se sentirá mucho. Tenía muchos amigos.

—Pero seguramente también tendría enemigos —dijo Lucas—. Me pareció oírselo decir a mi amigo —declaró rápidamente.

El señor Wake suspiró.

—Era un hombre que decía lo que pensaba… podríamos decir

que no tenía mucho tacto, y eso no es del agrado de todo el mundo. Pero era muy querido entre las clases humildes, a las que atendía generosamente.

Lucas dijo con sumo cuidado:

—¿Sabe?, yo creo que uno de los factores con que hay que contar en esta vida es que cada muerte reporta un beneficio para alguien… no me refiero sólo monetariamente.

El vicario asintió pensativo:

—Sí, comparto su punto de vista. Leemos en las esquelas que sus deudos están desconsolados, pero me temo que eso raramente es cierto. En el caso del doctor Humbleby es innegable que su colega, el doctor Thomas, mejorará de posición.

—¿A qué se debe?

—Thomas, según creo, vale mucho, por cierto que Humbleby siempre lo decía, pero aquí no le van muy bien las cosas. Me figuro que Humbleby le hacía sombra, pues era un hombre con una atracción definida. A su lado su colega parecía perder personalidad, y por otra parte no impresionaba a sus pacientes. Esto le preocupaba y le hacía peor, más nervioso y reservado. A decir verdad, ya he notado una gran diferencia. Tiene más aplomo, más personalidad. Creo que ha recobrado la confianza en sí mismo. Muchas veces no se ponían de acuerdo. Thomas era partidario de los tratamientos modernos y en cambio Humbleby prefería el sistema antiguo. Más de una vez tuvieron discusiones…, pero yo no debo hablar tanto.

Brígida dijo con claridad:

—Pero yo creo que a mister Fitzwilliam le gustaría que hablase.

Lucas le dirigió una mirada inquieta.

El párroco movió la cabeza sin saber qué partido tomar, y al fin prosiguió sonriendo:

—Me temo que uno acostumbra tomar demasiado interés en los asuntos de sus vecinos; Rosa Humbleby es una muchacha muy bonita; no es de extrañar que Geofredo Thomas perdiera la cabeza por ella. El punto de vista de Humbleby era incomprensible. La muchacha es muy joven y no tuvo oportunidad de ver muchos hombres, retirada en este apartado lugar.

—¿Se oponía? —dijo Lucas.

—Ya lo creo. Decía que eran muy jóvenes. Y naturalmente, a la gente joven le disgusta que se lo digan. Entre los dos hombres existía una tirantez evidente. Pero me atrevo a asegurar que el doctor Thomas tuvo un gran disgusto cuando murió su colega.

—De septicemia, tengo entendido.

—Sí… un rasguño sin importancia que se le infectó. Los médicos corren muchos riesgos en su carrera, señor Fitzwilliam.

—Sí, desde luego —repuso Lucas.

Mister Wake tuvo un sobresalto.

—Pero nos hemos apartado de la cuestión. Soy un viejo charlatán. Estábamos hablando de los ritos paganos y de las últimas muertes. Sí, también murió Lavinia Pinkerton, una de nuestras mejores feligresas. Luego esa pobre muchacha Ana Gibbs… puede que le interese, señor Fitzwilliam, ¿sabe?, sospecharon que pudo haberse suicidado…, existen unos ritos supersticiosos especiales para estos casos. Tiene una tía, no demasiado simpática y poco amante de su sobrina, aunque muy charlatana.

—Es un dato valioso —replicó Lucas.

—Luego Tomás Pierce… había formado parte del coro… una bonita voz… angelical, pero él no lo era tanto, por desgracia. Tuvimos que librarnos de él porque revolucionaba a los otros niños. Pobre chico, me parece que en ninguna parte era bien recibido. Le despidieron de la oficina de Correos, donde le encontramos trabajo como repartidor de telegramas. Estuvo algún tiempo en la oficina del señor Abbot, pero también fue despedido…, creo que por retener unos documentos confidenciales. Luego trabajó en la Casa de los Fresnos de jardinero. ¿No es cierto, señorita Conway? Y lord Whitfield tuvo que despedirle por su impertinencia. Yo lo sentí por su madre…, una mujer honrada y trabajadora. La señorita Waynflete le dio un empleo. Consistía en limpiar los cristales de las ventanas, fue muy amable. Al principio se opuso lord Whitfield, pero al fin cedió… y es una lástima que lo hubiera hecho.

—¿Por qué?

—Porque el chico murió. Estaba limpiando las ventanas de la biblioteca e intentó bailar no sé qué danza estúpida en un repecho o algo parecido… perdió el equilibrio, o le daría vértigo, y cayó… ¡Qué desgracia! No volvió a recobrar el conocimiento y murió pocas

horas después de llevarle al hospital.

—¿Le vieron caer? —preguntó Lucas, interesado.

—No. Estaba en la parte del jardín… no en la parte delantera. Se cree que permanecería en el suelo una media hora hasta que lo encontraron.

—¿Quién lo descubrió?

—La señora Pinkerton. ¿Recuerda? La dama que como le dije murió en un accidente de circulación el otro día. Pobre mujer. Estaba trastornada. ¡Vaya un hallazgo! Había obtenido un permiso para cortar algunas plantas y se encontró al muchacho tal como había caído.

—Debió ser un choque terrible —dijo Lucas meditativo.

«Ya lo creo —se dijo para sí—, más de lo que se figura…».

—Ver truncada una vida joven es muy desagradable —seguía diciendo el sacerdote—. Muchos de los defectos de Thomas puede que debiéramos atribuirlos a las personas mayores.

—Era muy impertinente —dijo Brígida—. Usted sabe que es cierto, señor Wake. Siempre estaba atormentando a los gatos y cachorros y pinchando a los otros muchachos.

—Lo sé, lo sé —el párroco meneó la cabeza con tristeza—. Pero usted ya sabe, mi querida señorita Conway, que algunas veces la crueldad no es innata, sino el resultado de una inteligencia retrasada. Por eso, si usted imagina a un hombre adulto con la mentalidad de un niño, comprenderá que la malicia y la brutalidad de un lunático son completamente desconocidas para ese hombre. Estoy convencido que un desarrollo deficiente es la raíz de la estupidez y crueldad del mundo hoy en día. Deben dejarse a un lado los infantilismos…

Brígida dijo con voz súbitamente enronquecida:

—Sí, tiene usted razón. Sé lo que quiere decir. Un hombre que sea tan sólo un niño es lo peor del mundo…

Lucas la miraba con curiosidad, convencido de que se refería a alguna determinada persona, y aunque en algunos aspectos lord Whitfield era muy infantil, no creía que fuese él.

Y Lucas Fitzwilliam se preguntó muchas veces quién sería esa persona.

CAPÍTULO V

UNA VISITA A LA SEÑORITA WAYNFLETE

El señor Wake seguía musitando algunos nombres.

—Veamos quién más…, la pobre señora Rosa, el viejo Bell y el niño de los Elkins… y Enrique Carter. Hizo un mes de marzo tan frío que se llevó al pobre Benjamín Stanbury; ya tenía noventa y dos años por lo menos.

—En abril murió Ana Gibbs —dijo Brígida.

—Sí, pobre muchacha…, cometió una equivocación lamentable.

Lucas alzó los ojos, encontrándose con los de Brígida, que le observaban. Al verse sorprendida, los bajó rápidamente.

«Aquí hay algo que tengo que averiguar —pensó el joven contrariado—, y que se relaciona con Ana Gibbs».

Una vez se hubieron despedido del vicario y estuvieron en el exterior, le dijo:

—¿Quién era Anna Gibbs?

Brígida tardó unos momentos en contestar, y luego dijo con voz contrariada:

—Ana era una de las doncellas más ineptas que he conocido.

—¿Y por eso la despidieron?

—No. Se pasaba las horas hablando con un hombre. Gordon tiene unos principios muy morales y anticuados. Según él los pecados se cometen sólo después de las once de la noche. Así se lo dijo y ella se puso muy impertinente.

Lucas quiso saber:

—¿Era bonita?

—Mucho.

—¿Es la que confundió el barniz de sombreros con el jarabe para

la tos?

—Sí.

—Es una cosa bastante tonta —dijo Lucas.

—Una estupidez.

—¿Ella lo era?

—No, era una muchacha muy aguda.

Lucas estaba perplejo. Sus respuestas tenían todas el mismo tono indiferente. Mas, detrás de sus palabras, ocultaba algo que no decía. En aquel momento la joven se detuvo para hablar con un hombre alto que, quitándose el sombrero, la saludó efusivamente.

Tras intercambiar unas palabras, le presentó a Lucas.

—Éste es mi primo, el señor Fitzwilliam, que pasa una temporada en Los Fresnos. Ha venido para escribir un libro. El señor Abbot.

Lucas le contempló con interés. Era el abogado que había empleado a Tomás Pierce.

Lucas tenía un prejuicio especial contra los leguleyos en general por su costumbre de no comprometerse. Sin embargo, el señor Abbot no pertenecía al tipo corriente; no era ni delgado ni reservado, sino un hombre corpulento, vestido elegantemente, de unos modales corteses y una efusiva jovialidad. Sus ojos estaban rodeados de pequeñas arrugas y parecían más perspicaces vistos de cerca.

—¿Conque escribiendo un libro? ¿Una novela?

—Costumbrista —repuso Brígida.

—Entonces, ha dado usted con el sitio adecuado —dijo el procurador—. Esta parte del globo es muy interesante.

—Eso tengo entendido —dijo Lucas—. Creo que pueden ayudarme mucho. Deben de tener muchos ritos curiosos… o conocer algunas costumbres interesantes.

—Pues yo no sabría decirle…, pero puede que…

—¿Creen en los espíritus? —le preguntó Lucas.

—La verdad es que no lo sé.

—¿Hay casas encantadas?

—No.

—Existe la superstición, ya debe conocerla —dijo Lucas—, del niño muerto. Si un niño muere de muerte violenta… dicen que

sigue andando indefinidamente…, pero si es una niña, no. Interesante superstición, ¿verdad?

—Mucho —dijo el señor Abbot—. No lo había oído decir nunca.

No era extraño, puesto que Lucas lo acababa de inventar.

—Parece ser que tuvo empleado en su oficina a Tomás no sé cuántos. Tengo razones para creer que piensan que *sigue* andando.

El rostro ya de por sí enrojecido del señor Abbot se tornó purpúreo.

—¿Tomás Pierce? Un mequetrefe inútil, espía y entrometido.

—Los espíritus siempre hacen travesuras. Los buenos ciudadanos, cuando mueren, no vuelven a molestar a este mundo.

—¿Qué significa esa historia? ¿Quién le ha visto?

—Estas cosas son difíciles de explicar —dijo Lucas—. La gente no lo pregona con aseveraciones, pero es algo que se palpa en la atmósfera.

—Sí, sí, claro.

Lucas cambió de tema.

—La persona más indicada para ayudarme es el doctor de la localidad. Los médicos se enteran de muchas cosas cuando visitan en ciertas barriadas. De toda clase de supersticiones, filtros amorosos y demás extravagancias.

—Debe usted ver al doctor Thomas, es un buen muchacho muy del día. No como el pobre Humbleby.

—Algo refractario, ¿verdad?

—Muy testarudo…, una cabeza dura en el peor sentido de la palabra.

—Tuvieron una discusión por causa del proyecto del agua, ¿verdad?

Otra vez enrojeció mister Abbot.

—Humbleby se oponía a los adelantos del progreso. No quiso aprobar el proyecto. Me dijo cosas muy desagradables. No me importan sus palabras, por las que pude haberle procesado.

Brígida murmuró:

—Pero los abogados nunca recurren a la ley. Ellos saben más, ¿verdad?

Abbot echóse a reír. Su enojo cesó tan pronto como había venido.

—¡Muy bueno, señorita Brígida! No anda muy equivocada. Los que estamos siempre entre leyes sabemos demasiado. ¡Ja, ja…! Bueno, debo continuar. Telefonéeme si cree que puedo ayudarle en algo, señor…

—Fitzwilliam —dijo Lucas—. Gracias; así lo haré.

Siguieron andando y Brígida comentó:

—Por lo menos, veo que su método consiste en dar las cosas por hechas y ver las reacciones que provocan.

—Lo que usted quiere decir es que mis métodos no son muy exactos. ¿No es eso?

—Es lo que he notado.

Con ligero desasosiego pensó lo que iba a decirle, pero antes de que pudiera hablar lo hizo ella:

—Si le interesa saber más acerca de Ana Gibbs puedo acompañarle a ver una persona que puede ayudarle.

—¿Quién es?

—La señorita Waynflete. Ana trabajó allí cuando dejó Los Fresnos, y fue en esa casa donde murió.

—Ah, ya… —estaba algo sorprendido—. Me parece bien… muchas gracias.

—Vive aquí mismo.

Hallábanse en el prado del pueblecito, y Brígida, inclinando la cabeza para indicarle la gran casa georgiana que Lucas observara el día anterior, le dijo:

—Esto es Wich Hall. Ahora está convertido en biblioteca.

Al lado se alzaba una casita que, comparada con la otra, parecía de juguete. Los blancos escalones resplandecían de limpios, sus picaportes brillaban y las cortinas de las ventanas eran un primor.

Brígida empujó la puertecita del jardín y subió los escalones de la entrada. Antes de que llamara se abrió la puerta, dando paso a una mujer de algunos años.

Lucas la consideró el modelo tipo de solterona. Cubría su cuerpo delgado con una falda y chaqueta de lana y una blusa de seda gris, y llevaba el sombrero encasquetado en su bien formada cabeza. Su rostro era agradable y sus ojos denotaban inteligencia a través de los cristales de sus gafas. A Lucas le recordó esos chivos negros que se ven en Grecia. Su mirada expresaba ingenua sorpresa.

—Buenos días, señorita Waynflete —le dijo Brígida—. Éste es el señor Fitzwilliam —Lucas saludó—. Está escribiendo un libro… sobre los fallecimientos y costumbres de un pueblo y relatos espeluznantes.

—¡Oh, Dios mío, qué interesante!

Y le contempló con admiración, mientras Lucas pensaba en la señorita Pinkerton.

—He pensado —dijo Brígida, y de nuevo notó en su voz un matiz de indiferencia— que usted podría decirle algunas cosas sobre la muerte de la pobrecita Ana.

—¡Ah! —exclamó la señorita Waynflete—. ¿De Ana? Sí.

Observó una nueva expresión en su rostro, y al fin, como si hubiese tomado una decisión, les introdujo en el vestíbulo.

—Entren, hagan el favor. Yo puedo salir más tarde. No, no —dijo en respuesta a las protestas del joven—. En realidad no tengo nada que hacer con urgencia. Sólo unas compras.

La salita era reducida, pero muy aseada y con un ligero aroma de lavanda. Sobre la repisa de la chimenea había varias figuritas representando pastores y pastorcillas de linda sonrisa. Unos cuadritos a la acuarela y otros dos bordados a mano adornaban las paredes, junto con retratos de sobrinos y sobrinas. Algunos muebles eran buenos…, un escritorio Chippendale, una mesita de palisandro… y un sofá victoriano bastante incómodo.

La señorita Waynflete les ofreció sendas sillas para que se sentaran y luego dijo a modo de disculpa:

—Como yo no fumo, no tengo cigarrillos para ofrecerles, pero pueden fumar si lo desean.

Lucas no hizo uso del permiso, pero Brígida sacó en seguida un cigarrillo y lo encendió.

La señorita Waynflete, sentada muy tiesa en una silla, estudió a sus invitados por unos instantes hasta que bajó los ojos satisfecha de su examen.

—¿Desea saber la desgracia ocurrida a Ana Gibbs? Fue una trágica equivocación.

—¿No fue… suicidio? —preguntó Lucas.

—No, no, no puedo pensarlo ni un momento. Ana no era de las de ese tipo.

—¿A qué tipo pertenecía? Me gustaría saber muchas cosas de esa chica.

—Pues la verdad es que *no* era una buena doncella; pero hoy en día uno se conforma con tener *alguien*. Descuidaba su trabajo y siempre estaba dispuesta a salir… claro que era joven y ahora todas las chicas son así. No comprenden que su tiempo pertenece a sus señoras.

Lucas la miró con simpatía y la señorita Waynflete se dispuso a desarrollar su tema.

—No era de esas muchachas por las que hay que inquietarse (era bastante *atrevida*), aunque no quiero hablar mal de ella ahora que ha muerto. No es cristiano, aunque no veo la razón para ocultar la verdad.

Lucas asintió, pensando que la señorita Waynflete se diferenciaba de la señorita Pinkerton en que tenía más lógica y pensaba más las cosas.

—Deseaba verse admirada —proseguía la señorita Waynflete—, y siempre estaba pendiente de su persona. El señor Ellworthy, el que tiene la tienda de antigüedades, pero es todo un caballero (es aficionado a las acuarelas), hizo uno o dos bocetos de la cabeza de la muchacha. Yo creo que esto le dio otras *ideas*. Siempre se estaba peleando con su prometido… Santiago Harvey. Es mecánico, trabaja en el garaje y la quería mucho.

Hizo una pausa antes de proseguir:

—Nunca olvidaré aquella horrible noche. Ana estuvo indispuesta… tenía mucha tos (con esas medias de seda y esos zapatos prácticamente de papel que llevan las jóvenes de hoy en día no es de extrañar que pillen resfriados) y aquella tarde fue a ver al médico para que le recetase algo.

Lucas preguntó con rapidez:

—¿El doctor Humbleby o el doctor Thomas?

—El doctor Thomas. Y él le dio la botella de jarabe para la tos, completamente inofensivo, según creo. Se acostó temprano, y aproximadamente a la una de la madrugada empecé a oír unos horribles lamentos. Me levanté y fui hasta su cuarto, pero tenía la puerta cerrada por dentro. La llamé, pero no respondió. La cocinera estaba conmigo y las dos nos asustamos mucho. Nos fuimos a la

puerta de la casa y por suerte pasaba por allí en aquel momento Reed, nuestro alguacil, y le llamamos. Dio la vuelta a la casa y se las arregló para subirse hasta su ventana, y como estaba abierta pudo entrar y abrirnos la puerta. Pobre chica. Fue terrible. No pudimos hacer nada por ella y murió pocas horas después en el hospital.

—¿Y fue por ese… barniz de sombreros?

—Sí. Dijeron que murió envenenada por ácido oxálico. La botella era aproximadamente del mismo tamaño que la de jarabe. Ésta estaba en su lavabo y la del barniz al lado de la cama. Debió cogerla por equivocación y la dejó allí para poderla tomar a oscuras si se encontraba mal. Ésa fue la teoría del jurado.

La señorita Waynflete hizo una pausa. Sus ojillos de cabra inteligente le miraron con cierto significado oculto. Tuvo el presentimiento de que no le contaba toda la historia… pues por algún motivo quería mantenerle ajeno al resto de sus conocimientos.

Hubo un silencio… largo y violento. Lucas se sentía como un actor que ha olvidado su papel; al fin dijo sin demasiada firmeza:

—¿Y usted cree que no fue suicidio?

—Desde luego. Si hubiese decidido matarse, lo más probable es que hubiese comprado algún veneno. Esta botella hacía años que debía de tenerla. Y, de todas formas, ya le he dicho que no era de esa *clase* de chicas.

—Entonces, ¿qué es lo que usted cree? —dijo Lucas bruscamente.

—Creo que fue una desdichada equivocación.

Apretó los labios y le miró con interés.

Cuando Lucas pensaba que debía decir algo lo antes posible, se oyó rascar en la puerta y un maullido lastimero.

La señorita Waynflete se levantó para abrir la puerta, por la que entró un magnífico gato persa, que se paró para observar a los visitantes y luego sentóse sobre el brazo del sillón de la señorita Waynflete.

—Dime, *Wonky-fu*, ¿dónde ha estado mi *Wonky-fu* toda la mañana?

Aquel nombre hizo vibrar una cuerda en su memoria. ¿Dónde

había oído algo de un gato persa llamado *Wonky-fu*?

—Es un gato muy bonito. ¿Hace mucho tiempo que lo tiene?

La señorita Waynflete meneó la cabeza.

—Oh, no, pertenecía a una antigua amiga mía, la señorita Pinkerton. La atropello uno de esos horribles automóviles y, claro, no pude consentir que *Wonky-fu* fuese a parar a manos extrañas. Lavinia se hubiera disgustado. Le adoraba… y es bonito, ¿no es cierto?

Lucas contemplaba el gato con seriedad.

La señorita Waynflete le advirtió:

—Tenga cuidado con sus orejas… Hace poco le dolían mucho.

Lucas lo acarició con cuidado, mientras Brígida se ponía en pie.

—Debemos marcharnos.

La señorita Waynflete estrechó la mano de Lucas.

—Tal vez nos volvamos a ver pronto —le dijo.

—Así lo espero —repuso Lucas con jovialidad.

Y le pareció que ella estaba algo desconcertada. Miró a Brígida interrogadoramente y Lucas pensó que había algo entre las dos mujeres que él ignoraba, pero se propuso averiguarlo pronto.

La señorita Waynflete salió con ellos. Lucas se detuvo unos momentos antes de bajar los escalones de la entrada para contemplar el impecable verdor del prado y el estanque de los patos.

—Este lugar está maravillosamente intacto —dijo en voz alta.

El rostro de la señorita Waynflete se iluminó.

—Sí, es cierto. Está igual como lo recuerdo desde que era niña. ¿Sabe?, vivíamos en el Hall. Pero cuando lo heredó mi hermano no quiso vivir allí… Como tampoco podía sostenerlo, lo puso en venta. Un constructor que quería «explotar el país» hizo una oferta. Por suerte adquirió la propiedad lord Whitfield y la salvó, convirtiéndola en museo y biblioteca… la verdad es que prácticamente está intacta. Yo trabajo de bibliotecaria dos veces por semana… claro que sin sueldo, y puedo decirle el placer que se siente al estar en un sitio como éste y saber que no lo han convertido en una cueva de ladrones. Y la verdad es que es perfecto. Debe visitar nuestro pequeño museo, señor Fitzwilliam. Hay algunas cosas muy interesantes.

—Desde luego, pienso verlo, señorita Waynflete.

—Lord Whitfield ha sido un gran bienhechor para Wychwood —dijo la señorita Waynflete—. Y lo que me apena es que hay personas muy desagradecidas.

Sus labios se unieron hasta formar una línea delgada. Lucas no hizo preguntas y se despidió de nuevo.

Cuando atravesaron la verja, Brígida preguntó complaciente:

—¿Quiere continuar las averiguaciones o volver a casa por el camino del río? Es un paseo muy agradable.

Lucas no tenía intención de seguir investigando en su compañía y repuso en el acto:

—Desde luego, prefiero volver por el río.

Caminaron a través de la Calle Alta. Una de las últimas casas ostentaba el letrero en letras doradas con la palabra «Antigüedades». Lucas se detuvo y metió la cabeza por una de las ventanas para curiosear el frío local.

—Veo un plato de porcelana bastante bonito —observó—. Le gustaría a una de mis tías. ¿Cuánto cree usted que puede valer esa pieza?

—¿Quiere que entremos a preguntarlo?

—¿No le importa? Me gusta husmear en los anticuarios. Algunas veces se encuentran verdaderas gangas.

—Pues aquí no creo que las encuentre —dijo Brígida con frialdad—. Ellworthy conoce el valor de todos sus objetos.

La puerta estaba abierta. En la tienda veíanse sillas y canapés con diversos objetos colocados sobre ellos. A ambos lados había dos habitaciones repletas de cachivaches.

Lucas entró en la de la derecha y cogió el plato de porcelana. En aquel preciso momento apareció el propietario de la tienda, que cuando entraron se hallaba sentado en su escritorio estilo reina Ana.

—¡Oh, querida señorita Conway, cuánto celebro verla!

—Buenos días, señor Ellworthy.

El señor Ellworthy era un hombre joven y atractivo, vestido de color castaño, de rostro alargado y boca femenina. Llevaba el cabello largo y sus andares eran afectados.

Brígida los presentó, y en seguida dedicó su atención a su cliente.

—Auténtica porcelana antigua. Delicioso, ¿verdad? Adoro todo lo que hay en mi tienda y siento que alguien lo compre. Siempre soñé con vivir en el campo y tener una tiendecita. Wychwood es un sitio maravilloso… tiene ambiente. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Temperamento artístico —murmuró Brígida, y Ellworthy se volvió hacia ella.

—No, por favor. No emplee esa frase, señorita Conway. No, no, se lo suplico. No me diga que soy todo arte y gusto porque no puedo soportarlo. Claro que yo no vendo ropas ni nada de eso; ya lo saben; pero soy un tendero, eso es, sólo un tendero.

—Pero usted es un artista, ¿verdad? —dijo Lucas—. Quiero decir que usted pinta acuarelas, ¿eh?

—¿Quién le ha dicho eso? —exclamó el señor Ellworthy juntando las manos—. Este lugar es maravilloso, no se puede guardar un secreto. Por eso me gusta, es tan distinto de ese inhumano «ocúpese en sus asuntos, que yo cuidaré de los míos» de las ciudades. Los chismes y los escándalos son deliciosos si uno los toma por el lado bueno.

Lucas se contentó con responder a la pregunta de Ellworthy haciendo caso omiso de sus vulgares comentarios.

—La señorita Waynflete nos dijo que había hecho bocetos de esa muchacha… Ana Gibbs.

—¡Oh, Ana! —Dio un paso atrás e hizo rodar un barrilito de cerveza, mientras lo observaba cuidadosamente. Luego dijo—: ¿Sí? ¡Oh, sí!, supongo que debí hacérselos.

Parecía algo sobresaltado.

—Era una muchacha muy bonita —dijo Brígida.

El señor Ellworthy había recobrado su aplomo.

—Ah, ¿usted cree? Yo la encontraba muy vulgar —repuso. Y prosiguió, dirigiéndose a Lucas—: Tengo un par de pájaros de porcelana preciosos.

Lucas fingió un ligero interés por los pájaros y preguntó el precio del plato.

Ellworthy nombró una cifra.

—Gracias —dijo Lucas—; pero no creo que vaya a privarle de su posesión de momento.

—¿Sabe que siempre me alegro de no vender un objeto? Qué

tontería, ¿verdad? Mire, se lo dejo por una guinea menos. A usted le ha gustado. Me he dado cuenta… y eso es distinto. Después de todo, esto es una *tienda*.

—No, gracias —dijo Lucas.

El señor Ellworthy los acompañó hasta la puerta, desde donde saludó con la mano… por cierto desagradable. Las manos de aquel hombre eran tan blancas que tenían más bien un tinte verdoso.

—¡Qué desagradable es el señor Ellworthy! —dijo Lucas una vez estuvieron fuera de la tienda.

—Mejor diría que lo son su mentalidad y sus costumbres —dijo Brígida.

—¿Por qué habrá venido a un sitio como éste?

—Creo que practica la magia negra. La reputación de este pueblo le sirve de ayuda.

Lucas dijo bastante sorprendido:

—¡Dios mío… me parece que ésta es la clase de tipo que necesito! Debí haberle hablado de mis propósitos.

—¿Usted cree? Sabe bastantes cosas.

Lucas repuso bastante inquieto:

—Le veré otro día.

Brígida guardó silencio. Ya estaban fuera de la población. Siguieron un sendero y pronto llegaron al río.

Allí encontraron a un hombrecillo de tieso bigote y ojos saltones. Llevaba consigo tres perros bulldog y a ellos se dirigía por turno.

—*Nero*, ven aquí; *Nelly*, deja eso. Tíralo. Oye lo que te digo. *Augusto*… *Augusto*… te digo…

Se interrumpió para quitarse el sombrero y saludar a Brígida y mirar con asombro a su acompañante, hasta que satisfecha su curiosidad prosiguió sus amonestaciones.

—¿Es el comandante Horton y sus perros? —preguntó Lucas.

—Precisamente.

—Vaya, hemos visto a todos los miembros importantes de este pueblo, ¿eh?

—Casi.

—Me siento violento —prosiguió Lucas—. Me figuro que deben notar que soy forastero a una milla de distancia —agregó recordando los comentarios de Jaime Lorrimer.

—El comandante Horton nunca disimula su curiosidad —le dijo Brígida.

—Es un hombre que no puede negar que ha sido militar —dijo Lucas.

Brígida exclamó de pronto:

—¿Vamos a sentarnos un poquito? Tenemos tiempo de sobra.

Se sentaron sobre un tronco caído que hacía las veces de banco y Brígida prosiguió así:

—Sí. El comandante Horton tiene un aire muy castrense y un tanto autoritario. No lo querrá creer, pero hace un año era un hombre dominadísimo por su esposa, antipática y tiránica.

—¿Quién, ese individuo?

—Sí. Tenía por esposa a la mujer más desagradable que he conocido nunca. Además, tenía dinero y nunca se recataba de recordárselo en público.

—Pobre… me refiero a Horton.

—Él la trataba muy bien… siempre ha sido caballeroso. Personalmente no sé por qué no se separaba un instante de ella.

—No debía ser muy bien vista por aquí, me figuro.

—Nadie la apreciaba. Se enfadó con Gordon y conmigo y en todas partes molestaba su presencia y su insolencia.

—Pero supongo que la Providencia le libraría de ella.

—Sí, hará cosa de un año. Gastritis aguda. Fue un infierno para su esposo, el doctor Thomas y las dos enfermeras, pero al fin se murió. En el acto se alegraron los perros.

—¡Inteligentes animalitos!

Se hizo un silencio. Brígida cortaba briznas de hierba y Lucas contemplaba la orilla opuesta sin verla. Una vez más se preguntaba el motivo de su misión. ¿Cuáles eran los hechos… y cuál es el fruto de su imaginación? ¿No era un error estudiar a todas las personas que encontraba como si fuesen posibles asesinos? Este punto de vista era algo degradante.

«¡Maldita sea! —pensó—. ¡He sido policía demasiado tiempo!».

Le sacó de su abstracción la voz fría de Brígida, que le decía:

—Señor Fitzwilliam. Dígame la verdad, ¿a qué ha venido usted aquí?

CAPÍTULO VI

BARNIZ DE SOMBREROS

A Lucas le había sorprendido la pregunta en el momento de acercar una cerilla encendida a su cigarrillo. Su inesperada observación le paralizó la mano y le hizo permanecer inmóvil hasta que se quemó.

—¡Maldición! —dijo Lucas arrojando la cerilla—. Le ruego me perdone. Me he sobresaltado —y le sonrió con tristeza.

—¿Sí?

—Sí. Oh, está bien, supongo que cualquiera que sea inteligente tiene que haber leído a través de mí, y me figuro que no habrá creído, ni por un instante, que estoy escribiendo una novela de costumbres populares.

—Después que le hube visto, no.

—¿Y lo creyó entonces?

—Sí.

—De todas formas no era un buen ardid —dijo Lucas—. Claro que cualquiera puede querer escribir una novela, pero el hecho de venir aquí y hacerme pasar por su primo, ¿no le hizo sospechar que había gato encerrado?

Brígida meneó la cabeza.

—No. Le encontré una explicación… por lo menos eso creí. Presumí que debía ser muy presuntuoso… muchos de los amigos de Jaime y míos son así… y creí que le había sugerido la idea de hacerse pasar por primo para… bueno, podríamos decir para salvar su orgullo.

—Pero cuando llegué mi aspecto denotaba tal opulencia que al instante descartó esa explicación, ¿verdad?

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¡Oh, no! —le dijo—. No fue por eso. Sino porque usted no era la persona adecuada.

—¿Quiere decir que no le parecí lo suficiente inteligente como para escribir un libro? No hiera mis sentimientos.

—Usted podría escribirlo, pero no sería un libro *así*… sobre antiguas supersticiones… tratando de descubrir lo pasado… ¡Nada de eso! No es de esos hombres para quien lo pasado representa mucho… puede que ni siquiera le preocupe el futuro… tan sólo piensa en lo presente.

—¡Hum! Ya comprendo —hizo una mueca—. ¡Maldita sea! Desde que he llegado no ha dejado de ponerme nervioso. Es usted demasiado inteligente.

—Lo siento —repuso la joven—. ¿Qué es lo que usted esperaba encontrar?

—Pues… la verdad, no lo había pensado detenidamente.

Ella continuó con calma:

—¿Una joven rubia… con un cerebro capaz de realizar su sueño de casarse con el jefe?

Lucas hizo un gesto indefinible. Ella le dirigió una mirada divertida.

—Lo comprendo. Está bien, no me enfado.

Lucas procuró mostrar su desenvoltura.

—Pues… tal vez fuese algo parecido; pero no pensé mucho en ello.

—No, no pensó nada —le dijo ella—. Usted es de los que no abre una puerta hasta estar seguro que va a pasar por ella.

Mas Lucas repuso, evasivo:

—¡Oh, ya me doy cuenta de que debí representar pésimamente mi papel! ¿Lo ha adivinado también lord Whitfield?

—¡Oh, no! Si le dijera que ha venido a estudiar la vida de los escarabajos, le creería lo mismo. ¡Tiene una mentalidad muy crédula!

—De todas formas debí hacerlo muy mal. No fui demasiado convincente.

—Vi que estaba representando una comedia —dijo Brígida—. Y me temo que casi me divirtió.

—¡Oh, ya me lo figuro! Las mujeres inteligentes acostumbran a ser frías y crueles.

Brígida susurró:

—En esta vida hay que tomar las diversiones cuando se presentan. —Hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Para qué ha venido, señor Fitzwilliam?

Habían vuelto al punto inicial de la conversación. Lucas ya imaginaba qué sucedería. Durante los últimos instantes había tratado de tomar una determinación. La miró a los ojos… vio en ellos una serenidad que no esperaba encontrar.

—Lo mejor será —dijo, pensativo— no decirle más mentiras.

—Mucho mejor.

—Pero la verdad es difícil de explicar… Veamos. ¿Ha formado alguna idea… quiero decir si se le ha ocurrido alguna explicación que justifique mi presencia?

Ella meneó la cabeza lenta y pensativamente.

—¿Cuál era? ¿No quiere decírmelo? Puede que me sirviera de ayuda.

Brígida repuso con serenidad:

—Pensé que había venido por algo relacionado con la muerte de esa muchacha, Ana Gibbs.

—¡Entonces era eso! Es lo que yo vi… y sentía… cada vez que la nombraba. *Sabía* que había algo. ¿Así que pensó que vine por eso?

—¿No es así?

—En cierto modo, sí.

Él estaba callado… frunciendo el ceño. La muchacha, junto a él, tampoco hablaba para no distraer sus pensamientos.

Al fin se decidió:

—He venido por una mera suposición fantástica y probablemente absurda. Ana Gibbs es sólo una parte, pero tengo interés en saber de qué murió exactamente.

—Sí, eso es lo que pensé.

—Pero confiéselo todo. ¿*Por qué* lo pensó? ¿Qué hubo en su muerte que despertase su tan desmedido interés?

—Siempre he creído que hubo algún error. —Brígida contestó—: Por eso le llevé a la señorita Waynflete.

—¿Por qué?

—Porque ella también piensa como yo.

—¡Oh! —Lucas recordó, comprendiendo ahora las insinuaciones de la inteligente solterona—. ¿Piensa como usted, que… que hubo algo extraño?

Brígida asintió.

—Y exactamente, ¿qué?

—En primer lugar, el barniz de sombreros.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pues que hace unos veinte años la gente barnizaba sus sombreros… una temporada lo llevaba color rosa y la siguiente compraba una botella de barniz y lo convertía en azul oscuro… y luego otra botellita y negro. Pero hoy no se hace. Los sombreros son baratos y cuando se pasan de moda se desechan.

—¿Incluso las chicas como Ana Gibbs?

—¡Antes lo hubiese pintado yo que ella! El economizar no se estila. Y además hay otra cosa. El barniz era *rojo*.

—¿Y bien?

—Ana Gibbs tenía el pelo rojo… zanahoria.

—¿Quiere decir que no le iba bien ese color?

Brígida asintió.

—Si una tiene el pelo rojo no se pondrá nunca un sombrero de ese color… pero…

—No… un *hombre* no lo comprendería. Para nosotros lo que sienta bien a una sienta bien a todas.

—Jaime tiene algunos amigos en Scotland Yard —dijo Brígida—. Usted no es…

—Yo no soy un detective oficial… ni privado, con un hermoso despacho en la calle Baker, etc., etc. Soy simplemente lo que Jaime le dijo… un policía que ha vuelto licenciado. Y estoy investigando a causa de una conversación muy curiosa que sostuve en el tren durante el viaje de regreso del Este.

Y le hizo un breve resumen de su charla con la señorita Pinkerton y los acontecimientos que siguieron y que le habían llevado hasta Wychwood.

—Así que ya ve usted… —concluyó—. Es todo tan fantástico. Estoy buscando a un hombre… un asesino secreto… que está aquí en Wychwood considerado y respetado. Si la señorita Pinkerton

tuvo razón y usted y esa señorita no sé cuántos también… ese hombre asesinó a Ana Gibbs.

Brígida limitóse a contestar:

—Ya.

—Claro que pudiera hacerlo desde fuera, ¿no le parece?

—Sí. Me figuro que sí —repuso Brígida lentamente—. Reed, el alguacil, subió hasta su ventana abierta. Era un poco difícil, pero un hombre normalmente ágil podía escalarla sin dificultad.

—¿Y qué haría después?

—Sustituiría con la botella de barniz de sombreros la del jarabe.

—Con la esperanza de que hiciera exactamente lo que hizo… despertarse, beberlo y que todos pensasen que se había equivocado o que se suicidó.

—Sí.

—¿Y durante el juicio no hubo sospechas de que todo hubiese sido tramado de antemano? ¿Se supuso premeditación?

—No.

—¿Se mencionaron sus observaciones sobre el barniz de sombreros durante el proceso?

—No.

—¿Entonces se le ocurrió a usted?

—Sí.

—¿Y a la señorita Waynflete? ¿Han hablado de esto las dos?

Brígida sonrió ligeramente.

—Oh, no, en ese sentido no. La verdad es que no sé lo que ella habrá pensado. Yo diría que estaba angustiada… y cada vez lo estaba más. Es muy inteligente, ¿sabe?, no tiene la imaginación limitada como la mayoría de las personas de este pueblo. Desde luego es indudable que vale mucho.

—Me figuré que la señorita Pinkerton tenía la mente algo retrasada —dijo Lucas—. Por eso no creí que su historia pudiera ser cierta.

—Siempre la consideré muy astuta —repuso Brígida—. La mayoría de estas ancianas son algunas veces más agudas que clavos. ¿Y dice usted que mencionó otros nombres?

Lucas afirmó con la cabeza.

—Sí. Un muchachito llamado Tomás Pierce. Lo recordé en

cuanto oí hablar de él. Y estoy casi seguro que también nombró a Carter.

—Carter, Tomás Pierce, Ana Gibbs, doctor Humbleby —dijo Brígida, pensativa—. Como usted dice es demasiado fantástico para ser verdad. ¿Quién iba a querer matar a toda esa gente? ¡Eran tan distintos!

Lucas quiso saber:

—¿Tiene alguna idea de quién pudo desear la muerte de Ana Gibbs?

Brígida meneó la cabeza.

—No puedo imaginármelo.

—¿Y qué me dice de Carter? A propósito, ¿cómo murió?

—Se cayó al río y se ahogó, cuando regresaba a su casa. Era una noche de niebla y estaba borracho. El puentecillo tiene barandilla sólo a un lado. Se dio por hecho que debió perder pie y caerse.

—Pero ¿alguien pudo haberle empujado?

—¡Oh, sí!

—¿Y cualquiera pudo empujar también a Tomás Pierce cuando limpiaba las ventanas?

—Sí, también.

—Así que los hechos nos conducen a ver lo fácil que resulta deshacerse de tres seres humanos sin levantar sospechas.

—La señorita Pinkerton sí sospechó —le recordó la joven.

—Sí. Dios la bendiga. No eran cosas de su imaginación.

—A menudo me decía que el mundo era un lugar lleno de maldad.

—¿Y supongo que usted sonreiría con sorna cuando lo dijo?

—¡Con aire de suficiencia!

—En este juego el que gana es el que sea capaz de creer seis cosas imposibles antes de haberse desayunado.

—Me imagino que será inútil preguntarle —prosiguió Lucas— si ha visto algo fuera de lo corriente. ¿No hay nadie en Wychwood que le haga estremecer cuando le ve, o que tenga una mirada extraña, o que ría como un maniático?

—Todo el mundo que conozco me ha parecido muy sano, respetable y normal.

—Temía que me dijera eso —lamentóse Lucas.

—¿Usted cree que ese hombre tiene que estar loco?

—Oh, lo aseguraría. Desde luego es un lunático… pero muy astuto. La última persona de quien sospecharía…; probablemente un pilar de la sociedad como el director del Banco.

—¿El señor Jones? No puedo imaginarlo cometiendo todos esos asesinatos.

—Entonces ése es el hombre que buscamos.

—Puede ser cualquiera —repuso Brígida—. El carnicero, el panadero, el tendero, un hortelano, un picapedrero o el que nos trae la leche…

—Sí… puede que sí. Pero me parece que nuestro campo es algo más reducido.

—¿Por qué?

—La señorita Pinkerton me habló de su mirada cuando escogía su próxima víctima. Por el modo en que habló saqué la conclusión, le hago observar que es sólo una impresión, de que ese hombre pertenecía a su misma esfera social por lo menos. Claro que puedo equivocarme.

—¡Lo más probable es que esté en lo cierto! En esas minucias uno no suele equivocarse.

—¿Sabe que me siento aliviado ahora que usted lo sabe todo? —le confesó el policía.

—Así no tendrá que seguir representando una comedia y es probable que pueda ayudarle.

—Su ayuda me será muy valiosa. ¿De veras quiere continuar investigando conmigo?

—Pues claro.

Lucas le dijo con ligero embarazo:

—¿Y qué pensará lord Whitfield? ¿Usted cree…?

—No le diremos ni una palabra —le interrumpió Brígida.

—¿Quiere decir que no lo iba a creer?

—Oh, claro que sí. ¡Gordon se lo cree todo! Se emocionaría y ordenaría a seis de sus mejores hombres que vigilasen la vecindad. ¡Estaría encantado!

—En ese caso es mejor no decírselo.

—Sí. No podemos permitirle que se deje llevar de sus impulsos.

Lucas la miró dispuesto a decirle algo, pero cambió de opinión y

se puso a mirar el reloj.

—Sí —le dijo Brígida—, debemos volver a casa.

Y se puso en pie. Y entre los dos se alzó un muro de reserva como si las palabras que Lucas no había pronunciado flotasen en el ambiente.

Y silenciosos desanduvieron el camino hasta la casa.

CAPÍTULO VII

POSIBILIDADES

Lucas se hallaba en su habitación. A la hora de la comida contestó a un interrogatorio de la señora Anstruther sobre qué flores tenía en su jardín de Mayang Straits. Le dijo las que podían cultivarse allí. También escuchó hasta saciarse «las charlas para hombres jóvenes sobre mi persona», de lord Whitfield. Ahora, por fin, se hallaba a solas. Cogió una hoja de papel y escribió en ella una lista de nombres en la forma siguiente:

Doctor Thomas.
Señor Abbot.
Comandante Horton.
Señor Ellworthy.
Señor Wake.
Señor Jones.
El novio de Ana Gibbs.
El carnicero, el panadero, el cerero, etc.

Luego en otra hoja encabezó una nueva lista con la palabra: VÍCTIMAS. Y escribió debajo:

Ana Gibbs: Envenenada.
Tomás Pierce: Arrojado desde una ventana.
Enrique Carter: Caído desde el puente. ¿Bebido? ¿Empujado?
Doctor Humbleby: Envenenamiento de la sangre.
Señorita Pinkerton: Atropellada por un automóvil.

Y agregó:

¿Señora Rosa? ¿El viejo Ben?

Y tras dejar un espacio:

¿Señora Horton?

Se puso a considerar las series de nombres, mientras fumaba un cigarrillo; luego cogió su lápiz una vez más para escribir:

Doctor Thomas: Posibilidades contra él.

Con motivos definitivos para desear la muerte del doctor Humbleby. Modo de proporcionar la muerte de este último a su alcance, por ejemplo, envenenamiento científico de ciertos gérmenes. Ana Gibbs le visitó la tarde de su fallecimiento. ¿Hubo algo entre ellos? ¿Chantaje?

¿Tomás Pierce? Sin relación conocida. (¿Conocía Tomás alguna relación entre él y Ana Gibbs?).

¿Enrique Carter? Sin relación conocida.

¿Estuvo ausente el doctor Thomas el día que la señorita Pinkerton fue a Londres?

Lucas suspiró y puso otro encabezamiento.

Señor Abbot: Posibilidades contra él.

(Un abogado es siempre una persona sospechosa. Posibles prejuicios míos). Su personalidad, carácter, etc… serían muy sospechosos en una novela…, siempre se recela de los hombres con genialidad. Objeción: esto no es una novela, sino la realidad.

Motivos para asesinar al doctor Humbleby: Evidente rivalidad existente entre ellos. Humbleby desafió al señor Abbot. Motivo suficiente para un cerebro perturbado. Sus desavenencias pudieron ser observadas con facilidad por la señorita Pinkerton.

¿Tomás Pierce? ¿Revolvió entre los papeles del señor Abbot? ¿Encontró algo que no debía haber sabido?

¿Enrique Carter? Sin relación directa.

¿Ana Gibbs? Sin relación conocida. El barniz de sombreros muy apropiado para una mentalidad como la de Abbot… anticuada.

¿Estuvo ausente el señor Abbot el día que mataron a la señorita

Pinkerton?

Comandante Horton: Posibilidades contra él.
Sin relación conocida con Ana Gibbs, Tomás Pierce o Carter. ¿Qué hizo cuando murió su esposa? Su muerte pudo ser producida por arsénico. De ser así otras muertes pudieron ser el resultado de ésta… ¿Chantaje? Nótese bien. El doctor Thomas la asistía. (Más sospechas sobre Thomas).

Señor Ellworthy: Posibilidades contra él.
Tiene montones de cachivaches… practica la magia negra. Puede tener el temperamento de un asesino sediento de sangre. Relacionado con Ana Gibbs. ¿Y con Tomás Pierce? ¿Y Carter? Se ignora. ¿Humbleby? Pudo haber descubierto las condiciones mentales de Ellworthy. ¿Y la señorita Pinkerton? ¿Estuvo lejos del pueblo el señor Ellworthy el día en que falleció dicha señorita?

Señor Wake: Posibilidades contra él.
Muy poco probable. ¿Una posible manía religiosa? ¿Una misión que cumplir? En las novelas los religiosos ancianos son todos santos, pero (como dije antes) esto es realidad.
Nota. Carter, Tomás, Ana, todos ellos de mal carácter. ¿No juzgó mejor eliminarlos?

Señor Jones:
Datos: ninguno.

El novio de Ana.
Probablemente tenía razones para matarla…, pero parece inverosímil sobre el terreno.

¿Los etcéteras?
No los imagino.

Releyó lo que acababa de escribir, murmurando por lo bajo:
—¡Lo cual es absurdo! ¡Qué bien resolvía las cosas Euclides!
Rompió las listas y las quemó, diciéndose para sí:

«Este caso no va a ser fácil precisamente».

CAPÍTULO VIII

EL DOCTOR THOMAS

El doctor Thomas recostóse en su butaca y pasó su mano delicada por sus rubios cabellos. Era un hombre joven, aunque su aspecto lo era aún más. A primera vista podría creérsele todavía en los veinte e incluso menos. Su expresión ingenua, sus rebeldes cabellos rubios y su tez sonrosada le daban una apariencia infantil. Podía parecer joven, pero, sin embargo, su diagnóstico sobre el reuma de la rodilla de Lucas coincidía casi exactamente con el emitido por un eminente especialista de la calle Harley hacía tan sólo una semana.

—Gracias —dijo Lucas—. Me alegra saber que ese tratamiento de corrientes eléctricas que me recomienda acabará con mi dolencia. No quisiera quedarme cojo a mi edad.

El doctor Thomas exhibió una sonrisa de niño.

—Oh, no creo que haya peligro de eso, señor Fitzwilliam.

—Bueno, me ha quitado un peso de encima. Pensaba ir a que me viera un especialista, pero ahora estoy seguro de que no hay necesidad.

El doctor volvió a sonreír.

—Vaya usted si eso le tranquiliza. Después de todo, siempre es conveniente conocer la opinión de un experto.

—No, no. Tengo plena confianza en usted.

—Con franqueza: no es un caso complicado. Si sigue mis consejos, estoy seguro de que no volverá a molestarle.

—Me ha tranquilizado usted, doctor. Ya creía que iba a volverme artrítico y que pronto no podría ni moverme.

El doctor Thomas meneó la cabeza con benevolencia. Lucas

prosiguió rápidamente:

—¿Se ha fijado con qué facilidad perdemos el dominio de los nervios hoy en día? A veces creo que el médico tiene que sentirse un poco «hechicero»… una especie de mago con la mayoría de los enfermos.

—La fe es muy necesaria.

—Lo sé. «El doctor me dice» es una frase que se repite siempre con reverencia.

El doctor Thomas encogióse de hombros.

—¡Vaya usted a saber! —y prosiguió—: Está escribiendo un libro sobre magia, ¿verdad, señor Fitzwilliam?

—¿Cómo lo sabe? —exclamó Lucas con una sorpresa un tanto exagerada.

El doctor Thomas pareció divertido.

—Oh, querido amigo, las noticias corren muy de prisa en un sitio como éste. ¡Tenemos tan pocas cosas de qué hablar!

—Y seguramente le habrán exagerado, y puede que le hayan dicho que estoy convocando a los espíritus de esta comarca y emulando a la bruja de Endor.

—Es bastante curioso que diga eso.

—¿Por qué?

—Porque ha corrido el rumor de que ha hecho resurgir el espíritu de Tomás Pierce.

—¿Pierce? ¿Pierce? ¿Ese muchacho que se cayó desde una ventana?

—Sí.

—Pues no sé cómo… claro que le hice unos comentarios al abogado… ¿Cómo se llama? Abbot.

—Sí, la historia empezó ahí.

—¿Y no dijeron que he convertido a un abogado testarudo en un creyente espiritista?

—Entonces, ¿usted cree en los espíritus?

—Por su tono deduzco que usted no, doctor. No. No me atreveré a decir «creo en fantasmas»… Pero he sabido de varios fenómenos curiosos en casos de muerte violenta. Pero estoy más interesado en las supersticiones concernientes a estas muertes, por ejemplo, como la de que un hombre asesinado no puede reposar en su tumba.

Existe una creencia muy interesante, dicen que la sangre de un muerto vuelve a manar si su asesino la toca.

—Muy curioso —dijo Thomas—. Pero no creo que haya muchas personas que lo recuerden actualmente.

—Más de las que usted supone. Claro que no creo que aquí haya muchos asesinos… así que es difícil de comprobar.

Lucas había sonreído al pronunciar estas palabras, mientras sus ojos escrutaban el rostro de su interlocutor. Mas el doctor Thomas permaneció inmutable y le devolvió la sonrisa.

—No, no recuerdo que haya habido ningún asesino desde… Oh, hace muchísimos años… desde luego no en mi tiempo.

—No. Éste es un lugar tranquilo. Nadie obra de mala fe. A menos que alguien empujase a Tomás cómo se llame para que cayese desde la ventana.

Lucas rió, y de nuevo el doctor Thomas repuso con una sonrisa… completamente natural, llena de ingenuo regocijo:

—Muchas personas hubiesen deseado retorcer el pescuezo de ese chicuelo. Pero no creo que llegasen al extremo de arrojarle por una ventana.

—Parece ser que fue un chiquillo muy impertinente… El librarse de él pudo ser considerado como un beneficio para la localidad.

—Es una lástima que no pueda aplicarse esa teoría más a menudo.

—Siempre he pensado que unos cuantos asesinos al por mayor serían muy beneficiosos para la Humanidad —dijo Lucas—. Por ejemplo, un miembro molesto de un club, ¿no podría ser eliminado con una copa de coñac envenenado? Luego existe el tipo de mujer que critica a sus mejores amigas. Solteronas anticuadas, corazones endurecidos que se oponen al progreso. ¡Si pudiéramos suprimirlas sin dolor, cómo cambiaría en absoluto el ambiente social!

La sonrisa del doctor convirtióse en mueca.

—En resumen, usted aprueba el crimen en gran escala.

—Justa eliminación. ¿No cree usted que resultaría beneficioso?

—¡Oh!, sin duda alguna.

—Ah, pero usted no habla en serio —dijo Lucas—. Yo tampoco. No tengo el respeto por la vida humana de los ingleses normales. Todo hombre que es un estorbo en el camino del progreso debería

ser eliminado. Ésta es mi opinión.

Pasándose la mano por sus cortos cabellos rubios, el doctor repuso:

—Sí, pero ¿quién es el llamado a juzgar si un hombre es un estorbo?

—Ahí está la dificultad, naturalmente —admitió Lucas.

—Los conservadores considerarían que un comunista debía morir…, el rojo sentenciaría a muerte al sacerdote, y el médico al paciente, el pacifista al soldado, y así todos.

—Tendríamos que tener un hombre de ciencia por juez. Alguien con una mentalidad muy amplia… un médico, por ejemplo; puestos a decir, creo que usted sería un buen juez, doctor.

—¿Para decidir los que debieran conservar la vida?

—Sí.

El doctor Thomas meneó la cabeza.

—Mi trabajo consiste en arreglar lo que funcione mal. He de admitir que a veces es una tarea muy dura.

—Sigamos con mi argumento —dijo Lucas—, consideremos a Enrique Carter…

El doctor repuso:

—¿Carter? ¿Se refiere al tabernero de las «Siete Estrellas»?

—Sí, ése mismo. No lo conocí, pero mi prima, la señorita Conway, estuvo hablando con él. Parece ser que fue un pillo redomado.

—Sí —dijo el otro—, se emborrachaba, maltrataba a su mujer y tenía amedrentada a su hija. Era pendenciero y camorrista y se había peleado con la mitad de los habitantes de este pueblo.

—En resumen, que el mundo ha mejorado desde que él murió.

—Convengo en que sí.

—En suma, si una persona le hubiese empujado para que cayese al río en vez de su amable elección de caer por su propio acuerdo, esa persona hubiera actuado en favor del público.

—Esos métodos que usted define —dijo el doctor— los puso en práctica en… ¿cómo dijo…? ¿Mayang Straits?

Lucas echóse a reír.

—Oh, no. Son teorías que nunca puse en práctica.

—No. No creo que tenga madera de asesino.

—¿Por qué no? —le preguntó Lucas—. He sido bastante franco al exponerle mis puntos de vista.

—Exacto. Demasiado franco.

—¿Quiere usted decir que si fuese de los que se toman la justicia por su mano no expondría tan libremente mi opinión?

—Eso es.

—Pero pudiera ser mi evangelio y ser un fanático.

—Incluso en este caso, su sentido de autodefensa le protegería.

—Es decir, que para encontrar a un asesino hay que buscar al tipo de hombre incapaz de matar a una mosca.

—Quizás exagere un poquito —repuso el doctor Thomas—, pero no está lejos de la verdad.

—Dígame… me interesa, ¿ha tropezado alguna vez con alguien que usted considerase un asesino?

—¡Es que es una pregunta extraordinaria! —repuso el doctor Thomas.

—¿Sí? Después de todo, un médico tiene que conocer tantos caracteres, y puede descubrir, por ejemplo, los síntomas de manía homicida antes de que se manifiesten exteriormente en el individuo.

Thomas contestó bastante impaciente:

—Usted tiene la idea general del maniático homicida, que va corriendo con un cuchillo en la mano y echando espumarajos por la boca. Permítame decirle que esa manía es la más fácil de pronosticar. Su apariencia puede ser la de cualquier otra persona sana… incluso un hombre que se asuste con facilidad… que le diga, tal vez, que tiene enemigos. Ni más, ni menos, un individuo inofensivo y pacífico.

—¿De veras?

—Claro que sí. Un lunático con la idea de homicidio a menudo mata, según él, en defensa propia. Pero claro que muchos asesinos son seres tan sanos como usted o como yo.

—Doctor, ¡usted me alarma! Figúrese si usted descubriera que tengo cinco o seis muertes en mi haber.

El doctor Thomas sonrióse.

—No lo creo probable, señor Fitzwilliam.

—¿No? Le devuelvo el cumplido. Yo tampoco lo creo capaz de haber cometido cinco o seis asesinatos.

—¿No cuenta mis fracasos profesionales? —dijo alegremente.

—Me temo que le he hecho perder mucho tiempo —dijo a modo de disculpa.

—¡Oh!, no estoy ocupado. Wychwood es un lugar muy saludable. Es un placer charlar con alguien de fuera.

—Me gustaría saber… —empezó a decir Lucas, pero se detuvo.

—Diga.

—La señorita Conway me dijo, cuando me envió a verle, que era usted… un hombre… bueno… muy superior. Me pregunto si no se siente como enterrado aquí. No es un lugar adecuado para su talento.

—¡Oh!, para empezar no va mal un poco de práctica general. Es una experiencia muy valiosa.

—Pero ¿usted no se contentará en vivir aquí toda la vida? Su socio, el malogrado doctor Humbleby, era un hombre sin ambición, según he oído… se resignaba con la práctica que hacía. Creo que llevaba muchos años aquí, ¿verdad?

—Prácticamente toda su vida.

—Me dijeron que deja una hija muy bonita —dijo Lucas. Y tuvo el placer de ver cómo el color sonrosado del doctor Thomas pasaba al rojo oscuro.

—Oh…, creo… sí —dijo.

Lucas le miró con simpatía. Le satisfizo poder borrar al doctor Thomas de la lista de sospechosos. Este último recobróse antes de contestar bruscamente:

—Hablando de crímenes, puedo prestarle un buen libro, puesto que le interesa este particular. Está traducido del alemán. Es de Kreurhammer y se titula *Inferioridad y crimen*.

—Gracias —respondió Lucas.

El doctor buscó en uno de los estantes y al cabo sacó el libro en cuestión.

—Aquí lo tiene. Algunas teorías son algo desconcertantes y, claro, aunque sólo son teorías, resultan interesantes. Por ejemplo, los primeros años de Menzheld, el carnicero de Francfort, como le llamaban, y el capítulo de Ana Hedm, la criadita asesina, son extraordinariamente interesantes.

—Según tengo entendido, mató a doce niños encomendados a su

cargo antes de que la descubrieran —dijo Lucas.

—Sí. Tenía una personalidad muy atrayente… le gustaban mucho los niños… y aparentemente se le partía el corazón a cada una de sus muertes. Esta psicología es sorprendente.

—Lo sorprendente es cómo esa gente puede deshacerse de las personas —dijo Lucas con admiración.

Estaban ya en la puerta y el doctor salió con él.

—No me sorprende —dijo el médico—. Ya sabe que es muy sencillo.

—¿El qué?

—El deshacerse de las personas —sonreía de nuevo con su sonrisa infantil—. Si uno tiene cuidado. Sólo hay que ser cuidadoso… eso es todo. Y un hombre listo, si es cuidadoso, no comete ningún error. Eso es todo lo que hay que hacer.

Y volviendo a sonreír entró en la casa.

Lucas permaneció unos momentos inmóvil. Hubo algo de condescendencia en la sonrisa del doctor. Durante su conversación se consideró un hombre en plena madurez ante un joven muy ingenioso.

En aquel momento los papeles se cambiaban. La sonrisa del doctor había sido la de un adulto divertido ante la precocidad de una criatura.

CAPÍTULO IX

HABLA LA SEÑORA PIERCE

En una tienda pequeñita de la calle Alta, Lucas estaba comprando un paquete de cigarrillos y un ejemplar del semanario *Juerga*, que proporcionaba a lord Whitfield una buena parte de sus rentas. Al pasar a la sección deportiva, Lucas se lamentó en voz alta de haber perdido ciento veinte libras en las apuestas de fútbol. La señora Pierce, dueña de la tienda, le demostró su simpatía explicándole las desilusiones que por este motivo sufría su esposo. Una vez establecidas las relaciones amistosas por este sencillo procedimiento, no encontró dificultad en prolongar la conversación.

—Mi esposo tiene mucha afición al fútbol —le dijo la señora Pierce—. Lee los resultados antes de las noticias, y, como le digo, ¡sufre cada desilusión! Todo el mundo no puede ganar, es lo que yo le digo, y no se puede hacer nada contra la suerte.

Lucas se unió de corazón a sus sentimientos y procedió a hacer una pequeña transacción para pasar a otros temas de más profundidad, diciendo que los males nunca vienen solos.

—Ah, no, es bien cierto, señor. Lo sé muy bien —y la señora Pierce exhaló un suspiro—. Y cuando una mujer tiene marido y ocho hijos… seis vivos y dos enterrados… bien puede decir que sabe perfectamente lo que son pesares.

—Desde luego supongo que debe saberlo… —dijo el policía—. ¿Y dice que se le murieron dos?

—Uno de ellos no hará más de un mes —dijo la señora Pierce con melancolía.

—¡Dios mío, cuánto lo siento!

—Fue más que triste, señor. ¡Ocurrió tan de repente! Cuando me

lo dijeron no podía creerlo. Nunca pensé que pudiera sucederle una cosa así a Tomás, bien puede usted decirlo, porque aunque me daba trabajo, no es natural pensar que iba a llevársemelo. Y mi Emma Juana, tan buenecita como era. «No podrás criarla», me decía. «Es demasiado buena para vivir». Y era verdad, señor. El Señor conoce a los suyos.

Lucas se apresuró a pasar de la santa Emma Juana, al no santo Tomás.

—¿Y su hijo murió hace tan poco? ¿Fue un accidente?

—De accidente, sí, señor. Estaba limpiando las ventanas del antiguo Ayuntamiento, que es ahora biblioteca, y debió perder el equilibrio y caer… eran las ventanas superiores.

Mistress Pierce se extendió un poco más sobre los detalles del accidente.

—¿No se dice por ahí… —dijo Lucas con suma cautela— que le vieron bailando en el repecho de una ventana?

La señora Pierce dijo que ya se sabe lo que son los niños, y sin duda hizo volver la cabeza al comandante Horton a pesar de ser un hombre que siempre caminaba de prisa.

—¿El comandante Horton?

—Sí, señor; el caballero de los perros *bulldog*. Después de ocurrido el accidente dijo por casualidad que había visto a Tomás haciendo cosas muy extrañas… y claro, eso quiere decir, que si algo le había sorprendido repentinamente pudo haberse caído con facilidad. Alegría, señor, ése era el problema de Tomás. En muchos sentidos era una carga para mí, pero sus únicos defectos eran la excesiva alegría y vivacidad como cualquier otro muchacho. Puedo asegurarle que no había nada malo en él.

—No, no, claro que no, pero a veces, ya sabe usted, señora Pierce, que la gente… sobre todo las personas de mediana edad, olvidan que también ellas han sido jóvenes.

La señora Pierce suspiró.

—No sabe cuánta verdad hay en sus palabras, señor. Pero no puedo dejar de desear que algunos caballeros, que no nombro, tengan remordimiento de cómo trataron al pobre niño… sólo porque era demasiado alegre.

—Les gastaba algunas jugarretas a sus jefes, ¿verdad? —

preguntó Lucas sonriendo con indulgencia.

La madre del niño fallecido repuso en el acto:

—Esa era toda su diversión. Tomás era un buen imitador. Nos hacía desternillar de risa cuando remedaba al señor Ellworthy en su tienda de antigüedades… o al viejo señor Hobbs, el sacristán… y una vez que estaba imitando a Su Señoría en la Casa de los Fresnos ante el regocijo de los dos jardineros, apareció él en persona y le despidió. Naturalmente, era de esperar, y después de todo Su Señoría no le guardó rencor y le ayudó a encontrar otro empleo.

—Pero otras personas no fueron tan magnánimas, ¿verdad?

—No, señor. Y no nombro a nadie. Nunca lo pensaría al ver al señor Abbot, tan amable y siempre con un chiste o una palabra cariñosa a flor de labios.

—¿Tomás se disgustó con él?

—Estoy segura de que mi hijo no llevaba mala intención —repuso la señora Pierce—. Y después de todo si un papel es un documento de interés y no quieren que sea visto, no debieron dejarlo sobre una mesa… es lo que yo digo.

—¡Oh, cierto! —dijo Lucas—. Los documentos de importancia deben guardarse con sumo cuidado, sobre todo en el despacho de un abogado.

—Eso mismo, señor. Ésa es mi opinión y la de mi marido. Y además Tomás apenas pudo leer nada.

—¿De qué se trataba… alguna factura? —quiso saber Lucas.

Pensó (con bastante lógica) que el preguntar sobre la condición del documento levantaría las sospechas de la señora Pierce. Pero su directa pregunta tuvo inmediata respuesta.

—Oh, no, señor, nada de eso. En realidad no tenía importancia. Era una carta particular… de una señora… pero Tomás ni siquiera pudo leer el nombre. Tanto revuelo por nada, es lo que yo digo.

—El señor Abbot debe ser de esos hombres que se ofenden con facilidad —dijo Lucas.

—Y no lo parece, ¿verdad? Como ya le dije, siempre tiene una conversación tan agradable… Pero es bien cierto que es un hombre difícil de manejar, y que él y el doctor Humbleby disputaron poco antes de que muriera el pobre. No debió ser muy agradable para el señor Abbot. Porque cuando hay una muerte, uno quisiera olvidar

las palabras que dijo y poder retirarlas.

Lucas meneó la cabeza asintiendo y murmuró:

—Cierto, muy cierto —y prosiguió—. ¡Qué coincidencia! Tuvo unas palabras con el doctor Humbleby y éste muere, se enfada con Tomás… y también fallece. Me atrevo a decir que esta experiencia hará que en adelante el señor Abbot tenga cuidado con su lengua.

—Y además, Enrique Carter, el de las «Siete Estrellas» —le dijo la señora Pierce—. Tuvieron una discusión muy violenta y antes de una semana Carter se ahogó… aunque no hay que echarle la culpa al señor Abbot. La ofensa fue por parte de Carter… se fue a casa del señor Abbot en plena borrachera, y a voz en grito le insultó. La pobre señora Carter tuvo un gran disgusto, y su muerte ha sido un gran alivio por lo que a ella respecta.

—Dejó una hija, ¿verdad?

—Ah —dijo la señora Pierce—. No me gustan las habladurías.

Esta salida era inesperada, pero prometedora. Lucas aguzó el oído y aguardó.

—Yo no digo que sean sólo habladurías. Lucía Carter era una muchacha muy bonita, en su estilo, y a no ser por su posición no hubiese habido ninguna diferencia. Pero se habló mucho, y uno no puede negarlo… sobre todo después que Carter se fue a su casa gritando y maldiciendo.

Lucas trató de asimilar el significado de aquel confuso discurso.

—El señor Abbot parece capaz de apreciar la belleza de una muchacha —le dijo.

—Es corriente en los hombres —dijo la señora Pierce—. Eso no significa nada… sólo una palabra o dos al pasar por su lado, pero la gente es como es, y lo observaron. Sólo podía suceder en un sitio como éste.

—Es un lugar muy bonito —le dijo él— e inmaculado.

—Eso es lo que dicen todos los artistas, pero creo que estamos algo atrasados. No tenemos ni un solo edificio digno de mención. En Ashevale, por ejemplo, tienen muchas casas nuevas y encantadoras, algunas con tejados verdes y vidrieras de colores.

—Tienen ustedes un gran instituto —le dijo Lucas.

—Dicen que es un edificio muy bonito —dijo la mujer con gran entusiasmo—. Claro está que Su Señoría ha hecho mucho por el

pueblo. Todos conocemos su buena voluntad.

—Pero ¿usted no cree que sus esfuerzos hayan tenido mucho éxito? —dijo Lucas, regocijado.

—Pues bien, señor, claro que él no pertenece a la clase elevada como la señorita Waynflete o la señorita Conway, por ejemplo. Aunque el padre de lord Whitfield tuvo una zapatería, casi todo el mundo lo ignora. Mi madre le recuerda despachando en la tienda. Claro que ahora es lord y muy rico… pero no es lo mismo, ¿verdad, señor?

—Evidentemente que no —repuso su interlocutor.

—Me perdonará que le diga una cosa. Ya sé que vive en la Casa de los Fresnos, y que está escribiendo un libro, pero es primo de la señorita Brígida, y eso es distinto. Estaremos muy satisfechos de volverla a ver dueña de su antigua casa.

—Me alegro —dijo Lucas.

Pagó el importe de los cigarrillos con bastante brusquedad.

Pensó en su interior: «¡El vulgo! Uno *debe* apartarse de él. Diablos, estoy aquí para atrapar a un criminal. ¿Qué me importa a mí que se case o no se case esa bruja de cabellos negros? Ella no entra en este asunto para nada».

Caminó despacio por la calle, y haciendo un esfuerzo apartó a Brígida de sus pensamientos.

«Ahora veamos —díjose—. Abbot. Probabilidades contra Abbot. Le he relacionado con tres de las víctimas. Tuvo una pelea con Humbleby, Carter y Tomás… y los tres murieron. ¿Qué hubo entre él y Ana Gibbs? ¿Era de ella la carta que vio el endiablado chiquillo? ¿Supo de quién era? ¿O no? Pudo habérselo ocultado a su madre. Supongamos que sí. Supongamos que Abbot juzgase necesario cerrarle la boca. ¡Eso pudo ser! Eso es todo lo que puedo decir: ¡Que pudo ser así! ¡No es bastante!».

Lucas apresuró el paso, mirando a su alrededor con repentina exasperación.

—Este condenado pueblo me saca de quicio. Tan sonriente y pacífico… tan inocente… y con un loco criminal suelto por ahí. ¿O seré yo el loco? ¿Estaría loca Lavinia Pinkerton? Después de todo… pudieron ser coincidencias. Sí, la muerte de Humbleby… y todo lo demás…

Volvió la cabeza para mirar la calle Alta en toda su extensión y le asaltó un sentimiento de irrealidad.

Se dijo a sí mismo:

—Esas cosas no acostumbran a suceder…

Luego alzó los ojos, dirigiendo su mirada hacia la colina Ashe… y la sensación desapareció. Aquella colina estaba allí… con un significado extraño; aquelarres, crueldad y ritos endiablados…

Tuvo un sobresalto. Vio a dos figuras que paseaban por la ladera, y las reconoció fácilmente… eran Brígida y Ellworthy. El joven gesticulaba con sus manos extrañas y repugnantes, inclinando su cabeza hacia Brígida. Parecían dos personajes salidos de un sueño. Daba la sensación de que no hacían ruido al caminar. Pudo ver su cabello negro ondeando al viento, y de nuevo sintióse preso de su poder mágico.

«Embrujado, eso es, estoy embrujado», se dijo interiormente.

Y quedó inmóvil, preso de una extraña sensación, mientras pensaba con tristeza:

«¿Quién romperá el hechizo? Nadie».

CAPÍTULO X

ROSA HUMBLEBY

Oyó un ligero ruido a sus espaldas que le hizo volverse rápidamente. Hallóse ante una muchacha, muy hermosa por cierto, de cabellos castaños y rizosos y ojos azules, de tímido mirar, que antes de hablar enrojeció.

—¿Es usted el señor Fitzwilliam? —preguntó.

—Sí. Yo…

—Yo soy Rosa Humbleby. Brígida me ha dicho… que usted conoció a unos amigos de mi padre.

Lucas tuvo el acierto de sonrojarse bajo su tostada piel.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo con bastante embarazo—. Le… conocieron en su juventud… antes de su matrimonio.

—¡Ah, ya!

Rosa Humbleby pareció algo desilusionada, pero prosiguió:

—Está escribiendo un libro, ¿verdad?

—Sí. Tomo notas para mi próxima novela sobre supersticiones.

—Ya. Me parece muy interesante.

—Probablemente será muy aburrida.

—¡Oh, no! Estoy segura que no.

Luego le dirigió una sonrisa mientras pensaba: «El doctor Thomas es un hombre de suerte».

—Existen ciertas personas —dijo en voz alta— capaces de convertir el tema más apasionante en insoportable. Me temo que soy una de ellas.

—¿Por qué había de serlo?

—No lo sé. Tengo esa convicción.

—Usted debe ser de los que convierten un tema aburrido en uno

terriblemente apasionante.

—Ésa es una opinión muy gentil. Gracias.

Rosa Humbleby le preguntó con una sonrisa:

—¿Usted cree en supersticiones?

—Ésa es una pregunta difícil de contestar. Uno puede interesarse por ciertas cosas y no creer en ellas.

—Sí. Puede ser que sí —repuso la joven, pensativa.

—¿Es supersticiosa?

—No… no. No creo. Pero opino que los acontecimientos vienen a rachas.

—¿Cómo dice?

—Quiero decir que hay temporadas de buena o mala suerte. Creo que Wychwood está bajo el signo de la desgracia, desde un tiempo a esta parte. La muerte de mi padre, el atropello de la señorita Pinkerton y ese muchacho que se cayó de la ventana. Empiezo a sentir… como si odiase este lugar… como si *debiera* marcharme.

Su respiración se aceleró mientras Lucas la contemplaba pensativo.

—¿Sí?

—¡Oh, sé que parece una tontería! Supongo que debe ser consecuencia de la repentina muerte de mi padre… fue tan rápida. —Se estremeció—. Y luego la señorita Pinkerton. Ella dijo…

La muchacha hizo una pausa.

—¿Qué es lo que dijo? Era una dama muy simpática. Muy parecida a una tía mía.

—Oh, ¿usted la conocía? —El rostro de Rosa se iluminó—. Yo la apreciaba mucho y ella a mi padre. Pero a veces me pregunto si no sería lo que vulgarmente se dice «un pájaro de mal agüero».

—¿Por qué?

—Porque… es extraño… parecía temerosa de que fuese a sucederle algo a papá. Casi me *previno*. Sobre todo que tuviese cuidado con los accidentes. Y aquel mismo día (el anterior al que fue a la ciudad) se mostró tan alterada que incluso temblaba. Creo sinceramente, señor Fitzwilliam, que era una de esas personas que presienten lo que va a suceder. *Sabía* lo que iba a sucederle, y también debió saber lo que le pasaría a papá. ¡Me asustan tanto esas

cosas!

La muchacha se aproximó un poco más a él.

—Algunas veces uno puede prever lo futuro —dijo Lucas—; pero eso no es siempre cosa sobrenatural.

—No. Puede ser que sea natural… una facultad de la que carece la mayoría de la gente. Pero aunque así sea, inquieta sobremanera…

—No debe angustiarse —dijo Lucas con gentileza—. Recuerde que ya pasó todo. ¿De qué sirve mirar hacia atrás? Sólo hay que mirar para el porvenir.

—Lo sé; pero aún hay más, ¿sabe?… —Rosa vacilaba—. Hay algo más… algo que se refiere a su prima.

—¿Mi prima? ¿Brígida?

—Sí. La señorita Pinkerton estaba angustiada por ella. Siempre me preguntaba cosas… Creo que también temía por ella…

Lucas se volvió en redondo, escudriñando la ladera de la colina. Le embargaba un sentimiento de temor. ¡Brígida se hallaba sola con el hombre cuyas manos tenían el tinte verdoso de la carne en descomposición! ¡Imaginaciones, todo imaginaciones! Ellworthy era un inofensivo aficionado que jugaba a ser tendero.

Como si leyera sus pensamientos, Rosa preguntó:

—¿Le gusta a usted el señor Ellworthy?

—Categóricamente, no.

—A Geofredo… ya sabe, el doctor Thomas, tampoco.

—¿Y a usted?

—¡Oh, no…, es terrible! —Ella se aproximó más—. Hay mucho que hablar sobre él. Me dijeron que hubo una extraña ceremonia en el prado de las brujas… muchos de sus amigos vinieron de Londres… son gente muy rara, y Tomás Pierce hizo una especie de monaguillo.

—¿Tomás Pierce? —preguntó Lucas.

—Sí. Llevaba sobrepelliz y sotana roja.

—¿Cuándo fue?

—Oh, hace mucho tiempo, creo que en marzo.

—Parece ser que Tomás Pierce estaba mezclado en todos los acontecimientos de este pueblo.

—Era muy entrometido. Siempre tenía que saber lo que se hacía.

—Probablemente cuando murió sabría muchas cosas —dijo con tristeza.

Rosa no captó el exacto significado de las palabras.

—Era un niño bastante antipático. Le gustaba hacer travesuras y maltratar a los perros.

—Vaya, de esos niños que casi hay que celebrar su desaparición.

—No, eso no. Fue muy doloroso para su madre.

—Creo que le quedan cinco más para consolarla. Tiene buena lengua esa mujer.

—¿Verdad que habla mucho?

—Después de comprarle unos cigarrillos, creo que me sé la vida y milagros de cada habitante de este lugar.

Rosa dijo tristemente:

—Eso es lo peor de un sitio así. Todo el mundo conoce la vida de los demás.

—¡Oh, no! —repuso Lucas.

Ella le miró interrogadoramente y él aclaró:

—Ningún ser humano conoce a fondo todo lo referente a otra persona.

El rostro de Rosa ensombrecióse y un ligero estremecimiento recorrió su cuerpo.

—No —dijo despacio—. Creo que tiene mucha razón.

—Ni siquiera de las más cercanas y las más queridas —prosiguió Lucas.

—Ni siquiera… —hizo una pausa—. Oh, sí, es cierto, pero preferiría que no dijera esas cosas que me asustan, señor Fitzwilliam.

—¿La he asustado?

Ella asintió con la cabeza y luego dijo:

—Debo marcharme. Si… si no tiene nada mejor que hacer… quiero decir si puede… venga a vernos. A mi madre le gustará… le gustará verle, ya que ha conocido a amigos de mi padre.

Y lentamente, con la cabeza inclinada, como si algún pesar la obligara a hacerlo, tomó el camino de regreso.

Lucas la miraba marchar mientras una oleada de ternura le invadía, comunicándole el deseo de cuidar y proteger a aquella muchacha.

«¿Contra qué?». Haciéndose esta pregunta, sacudió la cabeza con un movimiento de impaciencia. Era cierto que Rosa Humbleby acababa de perder a su padre, pero tenía madre y estaba prometida para casarse a un hombre joven y atrayente plenamente facultado para cuidar de ella. Entonces, ¿por qué él, Lucas Fitzwilliam, veíase asaltado por aquel complejo de protección?

«Viejo sentimentalismo de vuelta a la actualidad —pensó Lucas —. ¡La mujer necesitada de protección! Lo que estuvo de moda durante la época victoriana y la del rey Eduardo, y todavía daba muestras de vida durante lo que nuestro amigo lord Whitfield llamaría la prisa y vorágine de la vida moderna».

«De todas formas —se dijo a sí mismo al subir la ladera de la colina— esa chica me agrada. Es demasiado buena para Thomas… Ese diablo frío y engreído».

El recuerdo de la última sonrisa del doctor vino a su memoria. ¡Decididamente fue presuntuosa y complacida!

Un rumor de pasos, un poco más arriba, le distrajo de sus meditaciones. Alzó los ojos y vio al señor Ellworthy que bajaba de la colina. Tenía la mirada baja y sonreía. Su expresión impresionó desagradablemente a Lucas. Ellworthy caminaba como si llevase en su cerebro una idea diabólica. Su sonrisa era una extraña contracción de sus labios, que le daba un aspecto muy desagradable.

Lucas se había detenido. Ellworthy no le vio hasta que estuvo ante él. Sus ojos, inquietos y maliciosos, se encontraron con los del otro hombre y pasaron unos instantes antes de que le reconociera.

Entonces se operó un cambio completo en él, o por lo menos eso le pareció a Lucas. Donde unos momentos antes viera la maldad de un sátiro, quedó sólo un hombre afeminado y pedante.

—Buenos días, señor Fitzwilliam.

—Buenos días —contestó Lucas—. ¿Ha estado usted admirando las maravillas de la Naturaleza?

Las manos largas y pálidas del señor Ellworthy se alzaron en un gesto raro.

—¡Oh, no, no! Desde luego que no. Aborrezco la Naturaleza. ¡Qué cosa más vulgar! Siempre he sostenido que no se puede gozar de la vida hasta que se deja la Naturaleza en su sitio.

—¿Y cómo dice usted que se hace?

—¡De muchas maneras! —repuso el señor Ellworthy—. En un sitio como éste, deliciosamente provinciano, existen muchas otras diversiones deliciosas si uno tiene *goút*. Yo disfruto de la vida, señor Fitzwilliam.

—Y yo también —repuso Lucas.

—*Mens sana in corpore sano* —dijo Ellworthy con ligera ironía—. Creo que éste debe ser su lema. ¿No es cierto?

—Hay cosas peores.

—¡Mi querido amigo! La salud es un fastidio terrible. Uno debe estar loco… deliciosamente loco… perverso… o ligeramente desviado… entonces es cuando se ve la vida desde un ángulo nuevo y fascinante.

—En ángulo indirecto —sugirió Lucas.

—Ah, muy bueno, muy bueno… muy ingenioso. Pero tiene algo, ¿sabe? Un punto de mira muy interesante, mas no debo entretenerle. Está usted haciendo ejercicio… hay que hacer ejercicio… eso enseñan en las escuelas públicas.

—Como guste —dijo Lucas, y con una inclinación de cabeza prosiguió su camino, pensando: «Me estoy volviendo demasiado imaginativo. Este individuo es un estúpido, eso es todo».

Pero una inexplicable sensación le hizo apresurar el paso. La sonrisa extraña, triunfante, que viera en el rostro de Ellworthy, ¿era sólo producto de su imaginación? ¿Y de la subsiguiente impresión de su naturaleza en el momento que viera aproximarse a Lucas? Y pensó con desasosiego:

«¿Y Brígida? ¿Estará a salvo? Antes los vi juntos y ahora bajaba él solo».

Echó a correr. El sol, que había salido mientras estaba hablando con Rosa Humbleby, se ocultaba ahora de nuevo. El cielo aparecía triste y amenazador, y el viento soplaba a ráfagas intermitentes. Era como si hubiese escapado de la vida normal y entrado en un extremo mundo encantado, de cuya existencia tuvo conocimiento desde que vino a Wychwood.

Dobló un recodo y llegó hasta el prado de hierba verde que le habían mostrado desde abajo, y que llevaba el nombre de Prado de las Brujas. Allí era donde, según la tradición, celebraron sus orgías

la noche víspera de Todos los Santos.

Un suspiro de alivio brotó de sus labios. Brígida estaba allí sentada, con la espalda apoyada en una roca, y la cabeza, entre las manos.

Casi corriendo se acercó a ella. El césped parecía más verde y más fresco.

—¡Brígida!

Alzó su rostro, un rostro ausente que le turbó. Parecía despertar de un sueño remoto, y como si le costase adaptarse al mundo que la rodeaba.

Lucas le dijo, con bastante inoportunidad:

—¿Está usted… bien?, ¿no es cierto?

Pasaron unos momentos antes de su respuesta… como si todavía no hubiese despertado del todo. Lucas sintió que sus palabras venían de muy lejos antes de llegar a él.

—Claro que estoy bien. ¿Por qué no había de estarlo?

Su voz denotaba una frialdad casi hostil.

—Que me ahorquen si lo sé. De pronto se me ocurrió pensarlo.

—¿Por qué?

—Principalmente por la atmósfera de melodrama en que vivo en la actualidad. Todo me parece fuera de lo normal. Si la pierdo de vista durante unas horas me imagino que la voy a encontrar muerta en una cuneta. Eso pasa en las comedias y en las novelas.

—La protagonista nunca muere —dijo Brígida.

—No, pero…

Lucas se detuvo a tiempo.

—¿Qué es lo que iba a decir?

—Nada.

Gracias a Dios que había callado a tiempo. No debe decirse nunca a una mujer joven y bonita: «Pero usted no es la protagonista».

Brígida proseguía:

—Son secuestradas o hechas prisioneras, se las dejaba expuestas a morir con un escape de gas, o en un sótano lleno de agua… pero nunca les pasa nada.

—Ni siquiera adelgazan —dijo Lucas, y continuó—. ¿Con que éste es el Prado de las Brujas?

—Sí.

Y la miró.

—Sólo le falta una escoba —le dijo con gentileza.

—Gracias. El señor Ellworthy dijo lo mismo.

—Le acabo de encontrar —le explicó.

—¿Ha hablado con él?

—Sí. Creo que intentó molestarme.

—¿Y lo ha conseguido?

—Su método es bastante infantil —hizo una pausa antes de continuar con brusquedad—. Es un individuo muy extraño. Unas veces parece que es estúpido y otras me pregunto si no será algo más.

—¿También usted piensa así?

—¿Entonces usted también es de mi opinión?

—Sí.

Lucas esperó.

—Hay algo raro en él —dijo la muchacha—. ¿Sabe? Yo también quisiera saber… La otra noche me desperté pensando en todo este asunto. Me pareció… que si aquí hay un asesino, *yo debiera* saber quién es. Quiero decir, por vivir en este lugar. Y pensé, y pensé hasta llegar a esta conclusión. *Si existe* ese asesino, *debe* de estar loco.

Recordando lo que le dijera el doctor Thomas, Lucas preguntó:

—¿No cree que un criminal pueda estar tan sano como usted y yo?

—Esa clase de asesino, no. Según yo lo veo, *tiene* que estar loco. Y naturalmente, eso me llevó a pensar en Ellworthy. De todas las personas que conozco, él es el más extraño. ¡Eso no puede negarse!

Lucas repuso, vacilando:

—Existen muchos como él, aficionados, fanáticos, pedantes, por lo general completamente inofensivos.

—Sí, pero yo creo que es algo más que todo eso. ¡Tiene unas manos tan repulsivas!

—¿Lo ha notado? ¡Qué curioso! Yo también.

—No son blancas… sino verdosas.

—Producen ese efecto. De todas formas, no se puede pensar que sea un asesino sólo por el color de sus manos.

—Oh, es muy cierto. Lo que necesitamos son pruebas.

—¡Pruebas! —repitió Lucas—. Precisamente eso es lo que no tenemos. Ha ido con mucho cuidado. ¡Un asesino *cauteloso*! ¡Un lunático *prevenido*!

—He tratado de ayudarle —dijo Brígida.

—¿Se refiere a su conversación con Ellworthy?

—Sí. Creí que tal vez me dijera más cosas que a usted, y lo estuve intentando.

—Cuénteme.

—Pues bien, parece ser que tiene una especie de peña… una pandilla de amigos indeseables. De cuando en cuando vienen aquí a celebrar.

—¿Se refiere a eso que llaman orgías anónimas?

—Anónimas, no sé, pero desde luego, les llaman orgías. En la actualidad eso suena a tontería e infantilismo.

—Supongo que adoran al diablo y que danzan ritos mortuorios.

—Algo por el estilo.

—Yo puedo añadir algo —dijo Lucas—. Tomás Pierce tomó parte en una de esas ceremonias como acólito. Llevaba una sotana roja.

—¿Así que él lo sabía?

—Sí. Y acaso eso explique su muerte.

—¿Insinúa que habló de ello?

—Sí… o que tal vez intentara una especie de chantaje.

Brígida repuso pensativa:

—Sé que todo parece fantástico… pero si se aplica a Ellworthy, no tanto.

—No, de acuerdo, parece posible en vez de irreal.

—Hemos encontrado relación entre dos de las víctimas —dijo la muchacha—: Tomás Pierce y Ana Gibbs.

—Pero ¿y Humbleby y el tabernero?

—Por el momento no veo conexión ninguna.

—El tabernero no, pero puedo suponer un motivo que justificase la muerte de Humbleby. Era médico y pudo haber descubierto el estado mental de Ellworthy.

—Sí, es posible.

Brígida se echó a reír.

—Esta mañana he representado muy bien mi papel. Mi físico me ha ayudado mucho, cuando le dije que una de mis tatarabuelas había escapado de milagro de ser quemada en la hoguera acusada de brujería. Casi temo que me invite la próxima vez que se reúnan a celebrar sus satánicas diversiones.

Lucas dijo:

—Brígida, por lo que más quiera, tenga cuidado.

Ella le miró sorprendida, mientras Lucas se ponía en pie.

—Acabo de ver a la hija de Humbleby. Estuvimos hablando de la señorita Pinkerton. Y me dijo que la señorita Pinkerton estaba angustiada por usted.

Brígida, que se disponía a levantarse, quedó inmóvil, como privada de movimiento, como paralizada.

—¿Cómo dice? ¿La señorita Pinkerton angustiada por *mí*?

—Eso es lo que me dijo Rosa Humbleby.

—¿Eso dijo?

—Sí.

—¿Y algo más?

—No.

—¿Está seguro?

—Completamente.

Hubo una pausa y al fin Brígida dijo:

—Ya.

—La señorita Pinkerton estuvo inquieta por Humbleby, y falleció. Y ahora, al oír decir que también temía por usted…

Brígida echóse a reír, inclinando la cabeza hacia atrás, con lo que sus cabellos flotaron alrededor de su cabeza.

—No se inquiete por mí —le dijo—. El diablo protege a los suyos.

CAPÍTULO XI

LA VIDA HOGAREÑA DEL COMANDANTE HORTON

Lucas acomodóse contra el respaldo de la butaca que ocupaba ante la mesa del director del Banco.

—Bien, creo que todo está arreglado —dijo—. Temo haberle entretenido demasiado.

El señor Jones hizo un gesto con la mano, al mismo tiempo que en su rostro aparecía una expresión satisfecha.

—De ninguna manera, señor Fitzwilliam. Éste es un lugar tranquilo, ya sabe. Siempre nos complace hablar con un forastero.

—Es un pueblo que me fascina —repuso Lucas—. ¡Tiene tantas supersticiones!

El señor Jones suspiró, diciendo que se precisaba mucho tiempo para que la educación desarraigara las supersticiones, y Lucas le hizo observar que la educación de la actualidad resultaba muy cara, cosa que sorprendió al señor Jones.

—Lord Whitfield ha sido un gran bienhechor en esta localidad —le dijo—. Comprende las desventajas que él mismo tuvo que soportar durante su infancia, y quiere que la juventud de hoy en día esté bien educada.

—Esas desventajas no le han impedido amasar una gran fortuna —comentó Lucas con aplomo.

—No, ha sido muy hábil… mucho.

—O ha tenido suerte —objetó Lucas.

El señor Jones pareció extrañarse.

—La suerte es lo único que cuenta —dijo el policía—. Tomemos por ejemplo a un asesino. ¿Qué es lo que hace que logre pasar sin ser visto? ¿Su destreza o su maldita suerte?

El señor Jones tuvo que admitir que probablemente su suerte.

Lucas prosiguió:

—Consideremos a ese hombre, Carter, el tabernero. Se emborrachaba seis días de cada siete…, llega una noche en que se cae desde el puente al río. Mala suerte.

—Para algunas personas fue buena suerte —dijo el director del Banco.

—¿Qué quiere decir?

—Que fue una suerte para su mujer y su hija.

Un empleado llamó con los nudillos a la puerta y entró portando unos papeles. Lucas puso un par de firmas y le entregaron un talonario de cheques. Acto seguido se puso en pie.

—Bueno, celebro que esté todo arreglado. He tenido algo de suerte en las carreras este año. ¿Usted no juega?

El señor Jones repuso sonriendo que él no acostumbraba apostar, y agregó que su mujer tenía muy mala opinión de las carreras de caballos.

—Entonces supongo que no irá al magnífico Derby.

—Desde luego que no.

—¿Va mucha gente de aquí?

—El comandante Horton, que es un jinete consumado. Y el señor Abbot ese día siempre hace fiesta. Aunque me parece que nunca acierta.

—No creo que acierten muchos —repuso Lucas, y salió a la calle, tras intercambiar las frases rituales de despedida.

Al salir del Banco encendió un cigarrillo. No veía razón, aparte de su teoría «la persona menos probable», para conservar al señor Jones en la lista de los sospechosos. No mostró ninguna reacción interesante ante las preguntas del policía. Parecía casi imposible considerarle un criminal. Además, no estuvo ausente el día del Derby. No había malgastado el tiempo, puesto que le había proporcionado ciertas informaciones. El comandante Horton y el abogado señor Abbot se ausentaron de Wychwood el día de la gran carrera. Y por lo tanto, cualquiera de los dos pudo haber estado en Londres en el preciso momento en que la señorita Pinkerton moría atropellada por un automóvil.

A pesar de no sospechar del doctor Thomas, hubiese preferido

saber positivamente que este último estuvo ocupado en los trabajos de su profesión en aquel preciso día, y mentalmente se propuso comprobarlo.

Quedaba Ellworthy. ¿Habría estado en el Derby? De ser así, se debilitaban sus suposiciones de que fuera asesino. Era posible que la muerte de la señorita Pinkerton no fuese ni más ni menos que un accidente. En el acto rechazó esta teoría. Su defunción fue demasiado oportuna para ser casual.

Lucas montó en su coche, que le aguardaba al lado de la acera, y en él se dirigió al garaje Pipwell, situado al otro extremo de la calle Alta. Quería que le arreglasen algunos defectillos de su motor.

Un mecánico joven y de buen aspecto le atendió. Su rostro pecoso denotaba inteligencia. Levantaron el *capot* y se absorbieron en una discusión técnica.

Una voz llamó:

—Jaime, ven un momento.

El mecánico de cara pecosa obedeció.

Jaime Harvey. Exacto. Jaime Harvey, el novio de Ana Gibbs. Volvía ya, disculpándose, y reanudaron la conversación técnica. Lucas se avino a dejar el coche en el garaje.

—¿Qué tal le ha ido el Derby esta temporada? —preguntó cuando ya se marchaba.

—Mal, señor. Aposté por *Clarigold*.

—No hubo muchos que apostaran por *Jujube II*, el ganador.

—Desde luego, señor. Ni creo que ningún periódico le nombrara como posible ganador.

Lucas meneó la cabeza.

—Las carreras son un juego de azar. ¿Ha estado alguna vez en el Derby?

—No, señor, y me gustaría. Este año le pedí fiesta al patrón. Pusieron un billete barato de ida y vuelta a la ciudad, pero no quiso ni oír hablar de ello. Estábamos faltos de personal, ésa es la verdad, y aquel día tuvimos mucho trabajo.

Lucas asintió y esta vez se fue.

Jaime Harvey fue también eliminado de su lista. Aquel muchacho de cara simpática no podía ser un oculto asesino… ni pudo haber matado a Lavinia Pinkerton.

Regresó a casa por el camino del río, donde, como la otra vez, se encontró al comandante Horton con sus perros. El comandante seguía dando órdenes a sus bulldogs: «*Augusto, Nelly…, Nelly*, ¿no oyes? *Nero…, Nero…, Nero*».

Y también esta vez le asustaron sus ojos saltones… y otras cosas. El militar dijo:

—Perdóneme, señor Fitzwilliam, ése es su nombre, ¿verdad?

—Sí.

—Yo soy Horton… el comandante Horton. ¿Sabe? Mañana nos veremos en la Casa de los Fresnos. Jugaremos al tenis. La señorita Conway ha tenido la gentileza de invitarme. Es prima suya, ¿verdad?

—Sí.

—Eso pensé. En un sitio como éste en seguida se nota una cara nueva, ¿sabe?

Al llegar a este punto sufrieron una interrupción. Los dos perros se habían acercado a otro chucho callejero.

—*Augusto…, Nero*. Venid aquí os digo.

Cuando los dos bulldogs obedecieron su mandato de mala gana, el comandante Horton reanudó la conversación. Lucas acariciaba a *Nelly*, que le miraba tristemente.

—Hermoso animal, ¿no le parece? Me gustan los perros —dijo el comandante—. Siempre tengo alguno. Los prefiero a cualquier otro animal. Mi casa está cerca, venga conmigo, le invito a una copa.

Lucas aceptó, y los dos hombres caminaron juntos mientras el comandante Horton desarrollaba el tema de los canes que había tenido y que prefería.

Lucas supo de los premios que había ganado *Nelly*, del injusto comportamiento de un juez que sólo le dio una medalla a *Augusto* y de los triunfos de *Nero*.

Ya habían llegado a la casa del comandante. Éste abrió la puerta principal, que no estaba cerrada con llave, y entraron. Tras acompañarle hasta la salita, que olía a perro, el comandante preparó las bebidas. Lucas miró a su alrededor. La habitación tenía varias estanterías de libros, fotografías de canes, ejemplares del *Field* y *Country Life* y un par de cómodos sillones. Sobre las librerías veíanse varios trofeos de plata y un gran cuadro sobre la chimenea.

—Es mi mujer —dijo el comandante al notar la dirección de la mirada de Lucas—. Una mujer extraordinaria. Puede leerse en su rostro que tenía mucho carácter. ¿No le parece?

—Sí, desde luego —repuso Lucas mirando a la malograda señora Horton.

El pintor la había representado vestida de raso color rosa y con un ramo de lirios silvestres entre sus manos. Sus cabellos castaños estaban partidos sobre la frente, y los labios fuertemente apretados. Sus ojos, grises y fríos, parecían mirar airados y retadores.

—Una mujer extraordinaria —repitió el comandante, tendiendo un vaso a su invitado—. Murió hace un año. Desde entonces soy otro hombre.

—¿De veras? —dijo Lucas, sin saber qué decir.

—Siéntese —invitó el otro, indicándole uno de los butacones.

Y ocupando él otra butaca tomó un sorbo de whisky con sifón.

—No —volvió a decir—; no he vuelto a ser el mismo de antes.

—Debe echarla mucho de menos —dijo Lucas.

El comandante meneó la cabeza tristemente.

—El hombre necesita un esposa que le haga discutir —dijo—. De otro modo se vuelve uno débil. Sí, débil. Uno se abandona por completo.

—Pero seguramente…

—Muchacho, sé de lo que hablo. Tal vez el matrimonio sea un poco duro al principio. Uno se dice: ¡Maldita sea, no puedo hacer lo que me viene en gana! Pero se acostumbra. Es cuestión de disciplina.

Lucas pensó que la vida doméstica del comandante Horton debió ser más parecida a una batalla campal que a un idilio arrobador.

—Las mujeres —seguía diciendo el comandante— son muy extrañas. Aparentemente nada las satisface. Pero ¡voto al diablo!, saben conservar a raya a los hombres.

Lucas guardó un silencio respetuoso.

—¿Es usted casado? —le preguntó con curiosidad el militar.

—No.

—¡Ah, ya se casará! Y como le digo, muchacho, no hay cosa mejor que el matrimonio.

—Es consolador oír hablar a alguien bien de ese estado —dijo

Lucas— especialmente en estos tiempos de tantos divorcios.

—¡Bah! —repuso el comandante—. Los jóvenes me crispan los nervios. No tienen fibra… ni paciencia. No son capaces de soportar nada. ¡Carecen de *entereza*!

Lucas estuvo a punto de preguntar por qué se requería una entereza especial, pero se contuvo.

—Como le decía —seguía diciendo Horton—, Lydia era una mujer entre mil…, ¡entre mil! Todo el mundo la quería y respetaba.

—¿De veras?

—No podía soportar ninguna impertinencia. Tenía un modo tan particular de mirar a la gente… que la persona en cuestión acababa por marcharse con el rabo entre piernas. Esas muchachas medio tontas que se hacen llamar doncellas creen que pueden permitirse ciertas insolencias, pero Lydia pronto supo meterlas en cintura. ¿Sabe usted cuántas cocineras y camareras tuvimos en un año? ¡Quince!

Lucas pensó que no era precisamente un tributo a la señora Horton por el buen gobierno de su casa, pero viendo que su anfitrión no pensaba así, se abstuvo de hacer comentarios.

—Si no eran de su agrado las despedía en el acto.

—¿Siempre sucedía así? —preguntó Lucas con interés.

—Pues verá, algunas veces eran ellas las que querían irse. ¡Un trabajo menos, como decía Lydia!

—Pero, ¿no le resultaba algo molesto? —preguntó Lucas.

—¡Oh! A mí no me importaba hacer las cosas —dijo Horton—. Soy bastante buen cocinero y sé encender un fuego mejor que nadie. No me importa lavar los platos cuando hay que hacerlo…, no hay más remedio.

Lucas asintió. Luego quiso saber si la señora Horton era diestra en las tareas domésticas.

—Yo no soy de esos hombres que consienten que sus mujeres trabajen para ellos. Y de todas formas, Lydia era demasiado delicada para hacer las faenas de la casa.

—¿No era muy fuerte?

El comandante Horton negó con la cabeza.

—Tenía un alma maravillosa. ¡Lo que sufrió la pobre! Ni siquiera tuvo la simpatía de los médicos. Son unos brutos. Sólo

comprenden las dolencias físicas. Cualquier cosa que se salga de lo corriente está fuera de sus conocimientos. Humbleby, por ejemplo, todo el mundo *cree* que era un buen médico. No obstante no comprendió a mi esposa.

—¿Usted no…?

—Este hombre era completamente ignorante. Desconocía los adelantos modernos. ¡Dudo que hubiese oído hablar de neurosis! Supongo que entendía de huesos rotos, sarampión y paperas, pero nada más. Al fin tuve una discusión con él. No entendía el caso de Lydia. Se lo dije y no le gustó. Dijo que mandase a buscar otro médico, y desde entonces nos visitó el doctor Thomas.

—¿Les gustaba más?

—Desde luego es un hombre muy inteligente. Si alguien hubiese podido curar su última enfermedad hubiese sido el doctor Thomas. A decir verdad estaba ya mucho mejor, pero de repente sufrió una incomprensible recaída.

—¿Fue muy dolorosa su enfermedad?

—¡Hum! Sí. Gastritis. Dolores agudos, mareos… y demás. ¡Cuánto sufrió la pobrecita! Fue una mártir. ¡Y tuvimos un par de enfermeras de lo más antipático! «La paciente esto, la paciente lo otro…». ¡No podían olvidar que no estaban en un hospital! —el comandante meneó la cabeza y bebió un poco de whisky—. ¡Y tan presumidas! Lydia tenía la obsesión de que la estaban envenenando. Claro que no era cierto, sino una fantasía propia de su debilidad. El doctor Thomas dijo que pasa muchas veces… pero había mucho de verdad… aquellas mujeres la odiaban. Eso es lo peor de las mujeres, que odian a las de su propio sexo.

—Supongo —dijo Lucas tratando de desviar la conversación— que la señora Horton tendría buenas amistades en Wychwood.

—La gente fue muy amable con ella —dijo el comandante de mala gana—. Whitfield nos mandaba uvas y melocotones de su invernadero, y Honoria Waynflete y Lavinia Pinkerton solían venir a hacerle compañía.

—¿Venía a menudo la señorita Pinkerton?

—Sí. ¡Era bastante mayor, pero muy agradable! Estaba muy angustiada por mi esposa. Acostumbraba preguntar qué medicinas tomaba y qué régimen seguía. Todo con mucha amabilidad, ¿sabe?,

pero a pesar de su buen carácter yo la encontraba algo *impertinente*.

Lucas asintió, comprensivo.

—No puedo soportar tanto ajetreo —dijo el comandante—. Con tantas mujeres en mi casa era imposible organizar una partida de golf.

—¿Y el joven de la tienda de antigüedades? —dijo Lucas.

—No juega al golf.

—¿Hace mucho que vive en Wychwood?

—Hará unos dos años. Es un individuo muy desagradable. Odiaba a las dos buenas mujeres. Aunque le parezca raro, Lydia le apreciaba. No se puede confiar en el juicio de las mujeres para conocer a los hombres. Se reunían con otras personas alegres, pero muy extrañas. Incluso quiso tomarse no sé qué bebedizo curalotodo hecho por él en un vaso rojo con signos del Zodíaco. Es de suponer que las hierbas habrían sido cogidas una noche de luna llena. Tonterías, pero las mujeres se lo tragan todo… todo se lo tragan…, ja…, ja…

Lucas cambió bruscamente de tema, pensando acertadamente que el comandante no se percataría de ello.

—¿Qué clase de individuo es Abbot, el procurador? ¿Entiende mucho de leyes? Necesito que me aconseje en un asunto y he pensado en verle.

—Dicen que es muy astuto. Yo no lo sé. Tuve una pelea con él. No he vuelto a verle desde que vino a hacer el testamento de Lydia poco antes de que muriera. En mi opinión es un pesetero, pero eso no quiere decir que no sea buen abogado.

—No, claro que no —dijo Lucas—. Aunque parece un hombre muy pendenciero. Por lo que he oído se ha peleado con mucha gente.

—Lo que pasa es que es muy testarudo —dijo Horton—. Se cree todopoderoso, y el que no es de su opinión ofende a *lése majesté*. ¿Le han contado su discusión con Humbleby?

—Tuvieron discrepancias, ¿verdad?

—Una pelea de primera. Aunque a mí no me sorprende. ¡Humbleby era un estúpido!

—Fue una lástima que muriera.

—¿Quién? ¿Humbleby? Sí, quizá sí. No tuvo cuidado. El

envenenamiento de la sangre es una cosa muy peligrosa. Siempre que me corto me pongo yodo. Simple precaución. Humbleby, que era médico, no lo hizo. Eso demuestra su modo de ser.

Lucas se puso en píe, mirando su reloj.

—¿Tiene que ir a comer? —le dijo el comandante Horton—. Bien, celebro haber podido charlar con usted. Me gustan los hombres que han corrido mundo. Tenemos que vernos en otra ocasión. ¿Dónde estuvo destinado? ¿En Mayang Straits? Nunca estuve allí. He oído decir que escribe un libro sobre supersticiones.

—Sí…, yo…

Pero el comandante continuaba:

—Puedo contarle muchas cosas interesantes. Cuando estuve en la India… de eso hace ya bastantes años…

Lucas logró escapar unos instantes después de soportar las usuales historias de faquires.

Al salir al aire libre y oír la voz del comandante que llamaba a *Nero*, se maravilló de la vida matrimonial. El comandante Horton parecía verdaderamente apenado por haber perdido una mujer que, a todas luces, debió ser una verdadera devoradora de tigres.

«¿No sería un inteligente ardid?», preguntóse Lucas de pronto.

CAPÍTULO XII

HOSTILIDADES

Afortunadamente, la tarde del partido de tenis fue espléndida. Lord Whitfield estaba del mejor humor, y representaba el papel de anfitrión muy satisfecho. Con frecuencia hizo alusión a su humilde origen. Los jugadores eran ocho. Lord Whitfield, Brígida, Lucas, Rosa Humbleby, el señor Abbot, el doctor Thomas, el comandante Horton y Enriqueta Jones, una joven muy animada, que era hija del director del Banco.

En el segundo partido, Lucas, de pareja con Brígida, jugó contra lord Whitfield y Rosa Humbleby. Rosa era muy diestra y su *drive* potente y rápido. Esto compensaba los fallos de lord Whitfield; y Brígida y Lucas, que no eran demasiado buenos, pudieron igualar su juego. Estaban tres *games* iguales, y Lucas, en una racha de buena suerte, logró, con Brígida, adelantarlos por cinco a tres.

Entonces pudo observar que lord Whitfield perdía el dominio de sus nervios. Discutió por una pelota que había dado en la línea, dijo que un saque era malo, a pesar de que Rosa lo había aceptado, y comportóse como un chiquillo mal educado. Estando treinta a cero, Brígida falló una pelota muy fácil que fue a parar a la red e inmediatamente sirvió dos saques malos. El juego se había igualado. Enviaron la pelota al centro de la pista, y Lucas, al querer devolverla, tropezó con su compañera. Dos saques más fallados por Brígida y habían perdido aquel *game*.

La muchacha se disculpó:

—Lo siento, estoy muy cansada.

Parecía ser cierto. Los golpes de raqueta de la muchacha eran débiles y no daba una. El partido terminó con la victoria de lord

Whitfield y su pareja por ocho a seis.

Hubo unos momentos de discusión por los que debían tomar parte en el próximo partido. Al fin Rosa volvió a jugar, esta vez de pareja con el señor Abbot y contra el doctor Thomas y la señorita Jones.

Lord Whitfield sentóse para secarse el sudor de su frente, con sonrisa complacida. Volvía a estar de buen humor. Charló con el comandante Horton de una serie de artículos que preparaba su periódico.

—Enséñeme el huerto —le pidió Lucas a Brígida.

—¿Por qué el huerto?

—Estoy buscando coles.

—¿No serían lo mismo guisantes?

—Sí, me irán de primera.

Se alejaron del campo de tenis hasta llegar al cercado del huerto. Como era sábado por la tarde, no había ningún jardinero y aparecía tranquilo y apacible bajo la luz del sol.

—Aquí tiene los guisantes —le dijo Brígida.

Lucas hizo caso omiso del objeto de su visita.

—¿Por qué diablos les ha regalado el partido?

—Lo siento. Estaba rendida y mi juego no es constante.

—¡Pero no tanto! Esos dobles saques no engañan ni a una criatura. ¡Y esas pelotas lanzadas sin tino…!

—Eso es porque soy mala jugadora —repuso Brígida con calma —. Si fuese un poco mejor, lo hubiera hecho más disimulado. Pero si quiero que una pelota vaya fuera justita, da en la línea y trabajo perdido, por eso tengo que tirar lejos.

—Entonces, ¿lo admite?

—Evidentemente, querido Watson[2].

—¿Y la razón?

—Igualmente evidente. A Gordon no le agrada perder.

—¿Y yo? Suponga que a mí me gusta ganar.

—Me temo, mi querido Lucas, que no sea tan importante.

—¿Quiere explicarse un poquito mejor?

—Desde luego, si usted me lo pide. No hay que enojarse con quien representa para una el pan de cada día. Gordon es mi pan. Usted no.

Lucas exhaló un profundo suspiro. Pero al fin dijo sin poder contenerse:

—¿Por qué diablos quiere casarse con ese absurdo hombrecillo? ¿Por qué?

—Porque como su secretaria gano seis libras a la semana, y siendo su esposa tendré cien mil a mi nombre, un joyero lleno de perlas y diamantes, una hermosa renta y otros requisitos del estado matrimonial.

—¡Pero por un trabajo muy distinto!

—¿Es que siempre hay que tomar actitudes melodramáticas ante cualquier circunstancia de la vida? Gordon, como puede haber comprendido, es un niño grande. Lo que necesita es una madre y no una esposa. Desgraciadamente perdió la suya cuando tenía cuatro años. Lo que desea es una persona con quien poder fanfarronear, que le reafirme en sus opiniones y que esté preparada para escucharle desarrollar perpetuamente su tema preferido, que es siempre invariable: hablar de sí mismo.

—Está usted muy amargada, ¿verdad?

—No creo en cuentos de hadas —repuso airada la muchacha—, si es eso a lo que se refiere. Soy una mujer joven con algo de inteligencia, ambiciones moderadas y sin dinero. Intento ganarme honradamente la vida. Mi empleo de esposa de Gordon no se diferenciará en nada del de secretaria. Cuando haya pasado un año, dudo que se acuerde de besarme antes de acostarse. La única diferencia es el sueldo.

Se miraron a los ojos. Los dos estaban pálidos de rabia. Brígida continuó:

—Siga. Es usted bastante anticuado, señor Fitzwilliam, ¿verdad? Diga que me vendo por dinero…, aunque no lo considero cosa despreciable.

—¡Es usted una diablesa sin corazón!

—Lo que es mejor que ser tonta y tenerlo.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Sé lo que es querer a un hombre! ¿Conoce a Juan Cornis? Pues fui su prometida tres años. Era encantador, le adoraba… le

quise tanto que hasta me dolía el corazón. Pues bien, me dejó para casarse con una viuda de acento norteño con tres sotabarbas y una renta de mil libras al año. ¿No cree que una cosa así cura de romanticismos?

Lucas se volvió con un gemido ahogado.

—Quizá.

—¡Ya lo creo!

Hubo una pausa. El silencio pesaba como una losa. Brígida fue la primera en romperlo con voz que expresaba vacilación.

—Espero que comprenda que no tiene derecho a hablarme como lo ha hecho. ¡Está viviendo en casa de Gordon y es una muestra de mal gusto!

Lucas había recobrado su compostura.

—¿Y eso no es anticuado?

Brígida enrojeció.

—¡Pero es cierto!

—No lo es. Tengo derecho.

—¡Eso son ganas de discutir!

Lucas la miró. Su rostro estaba pálido como el que sufre un dolor físico, y le dijo:

—Tengo derecho. El derecho que me da quererte… ¿Qué dices ahora…? ¡De quererte tanto que me duele el corazón!

Ella dio un paso atrás.

—¿Tú…?

—Sí. Divertido, ¿verdad? Es de esas cosas que deben hacerte reír. Vine aquí para trabajar y tú sales de detrás de esa casa y… ¿cómo te diría…? ¡Me hechizaste! Eso es lo que pasó. Hace poco has mencionado los cuentos de hadas. Tú me embrujaste. Sentí que si me señalabas con el dedo diciendo: «Conviértete en rana», hubiera empezado a andar dando saltos.

Se acercó a ella.

—Te quiero con locura, Brígida Conway. Y queriéndote como te quiero, no esperarás que me conforme a verte casada con un hombrecillo ridículo que pierde el dominio de sus nervios si no gana un partido de tenis.

—¿Y qué puedo hacer, si no?

—¡Casarte conmigo! Pero seguramente esta solución te

producirá un ataque de risa.

—La risa es muy escandalosa.

—Exacto. Bueno, ahora ya sabemos a qué atenernos. ¿Quieres que volvamos a la pista? ¡Puede que ahora me encuentres una pareja que sea capaz de ganar!

—La verdad —dijo Brígida dulcemente— es que me parece que te molesta perder tanto como a Gordon.

Lucas la cogió fuertemente por los hombros.

—¿No te parece que tienes una lengua muy larga?

—Me temo que no te gusto mucho a pesar de tu gran pasión.

—Creo que no me gustas nada.

Brígida le dijo sin dejar de mirarle:

—Pensabas casarte cuando regresases a tu país, ¿verdad?

—Sí.

—Pero con una persona muy distinta a mi, ¿eh?

—Nunca imaginé que pudiera parecerse a ti.

—No soy… tu tipo. Sé cuál es.

—¡Eres tan lista, querida Brígida!

—Una chica encantadora…, enteramente inglesa…, amante del campo y los perros… Probablemente la soñaste con una falda de lana, arreglando los troncos de la chimenea con la punta de su zapato.

—La imagen me parece muy atractiva.

—Lo es. ¿Volvemos con los demás? Puedes jugar con Rosa Humbleby. Es tan buena jugadora, que ganarás casi seguro.

—Siendo tan anticuado, es natural que seas tú quien diga la última palabra.

De nuevo se hizo el silencio. Lucas retiró sus manos de sus hombros, y los dos quedaron inmóviles como si aún quedara algo por decir.

Brígida volvióse bruscamente y emprendió el camino de regreso. El partido concluía. Rosa se negaba a volver a jugar.

—He jugado dos partidos seguidos.

—Estoy muy cansada —insistió Brígida—. No quiero jugar más. Tú y mi primo podéis jugar contra la señorita Jones y el comandante Horton.

Mas Rosa siguió en sus trece y se combinó un doble masculino.

Después sirvieron el té.

Lord Whitfield conversaba con el doctor Thomas, refiriéndole con aire importante la visita que hizo a unos importantes laboratorios químicos de Wellerman Wreitz.

—He querido comprobar personalmente los adelantos de los últimos descubrimientos —decía con voz apasionada—. Soy responsable de lo que se publica en mis periódicos. Ésta es una era científica. La ciencia debe ser asimilada con facilidad por las masas.

—La química puede resultar peligrosa —dijo el doctor Thomas.

—Lo que hemos de aprender es la química del hogar —repuso lord Whitfield.

—Y saber manejar los tubos de ensayo —comentó Brígida.

—Me impresionó mucho —dijo lord Whitfield—. Wellerman, el dueño de los laboratorios, me acompañó personalmente. Yo le pedí que me atendiera un empleado, pero no quiso de ninguna manera.

—Es muy natural —dijo Lucas.

Lord Whitfield le miró, agradecido.

—Y me lo explicó todo con la mayor claridad… los procedimientos… los sueros… y se ofreció a colaborar en el primer artículo de la serie.

La señora Anstruther intervino.

—Creo que utilizan conejos de Indias… ¡Qué crueldad!… Aunque peor sería que fueran perros o gatos domesticados.

—Los individuos que emplean perros para sus experimentos deberían ser ahorcados —dijo el comandante Horton con pasión.

—La verdad es, Horton, que usted valora más la vida de un perro que la humana —dijo el señor Abbot.

—¡Eso siempre! —repuso el comandante—. Los perros no se vuelven nunca contra uno. Ni pronuncian palabras malsonantes. Nunca.

—Sólo algún mordisco de cuando en cuando —dijo Abbot—. ¿Verdad, Horton?

—Los canes son buenos jueces del carácter de los hombres —repuso con energía el comandante.

—Uno de los suyos casi me muerde en una pierna la semana pasada. ¿Qué dice a esto, Horton?

—¡Lo mismo que antes!

Brígida, con mucho tacto, se interpuso.

—¿Qué les parece si jugamos otra partida de tenis, caballeros?

Se jugaron otros dos *sets*. Y cuando Rosa Humbleby se dispuso a marchar, Lucas se le acercó.

—La acompañaré a casa —le dijo—. Así le llevaré la raqueta. No ha venido en coche, ¿verdad?

—No, pero está cerca.

—Me gusta andar.

No dijo más, sino que, tomando su raqueta y sus zapatos, echó a andar a su lado sin decir palabra. Rosa inició dos o tres frases triviales; Lucas respondía con monosílabos, aunque ella pareció no darse cuenta.

Al llegar a la puerta de la casa se iluminó el rostro del policía.

—Ahora me siento mejor —le dijo.

—¿Es que no se encontraba bien?

—Es muy amable al pretender que no se había dado cuenta. Usted ha hecho desaparecer mi malestar. Es extraño, pero me siento como si hubiera pasado una nube negra y ahora volviese a lucir el sol.

—Y así ha sido. Estaba nublado cuando salimos de la Casa de los Fresnos y ahora brilla el sol.

—Entonces es cierto en la realidad, lo mismo que en mi estado de ánimo. Bien, bien, el mundo al fin y al cabo es un lugar agradable muchas veces.

—¡Claro que sí!

—Señorita Humbleby, ¿me permite un comentario indiscreto?

—Creo que de usted no puede serlo.

—¡Oh, no esté tan segura! Quiero decirle que considero al doctor Thomas un hombre muy afortunado.

Rosa enrojeció, sonriendo.

—¿Así que se ha enterado?

—¿Es que era un secreto? Lo siento.

—¡Oh! En este pueblo todo se sabe —dijo Rosa, dolida.

—¿Así es cierto que está prometida?

Rosa asintió.

—Sólo que… aún no lo hemos anunciado oficialmente. ¿Sabe?, papá se oponía… y nos parece poco delicado… pregonarlo a los

cuatro vientos ahora que acaba de morir.

—¿Su padre se opuso?

—Bueno, oponerse abiertamente, no; pero yo creo que hubiese llegado a eso.

—¿Creía que eran demasiado jóvenes? —dijo Lucas con simpatía.

—Eso es lo que decía.

—Pero, ¿usted cree que había algo más?

—Sí —Rosa ladeó la cabeza, pensativa—. Me temo que lo que pasaba era que a papá… le disgustaba Geofredo. ¡Vaya usted a saber por qué!

—¿No se llevaban bien?

—A veces creía que era eso… Claro que mi padre tuvo bastantes prejuicios.

—Supongo que debió de estar muy encariñado con usted y no se avendría a la idea de perderla.

Rosa asintió, pero con una sombra de reserva.

—¿O fue más? ¿Le dijo que no quería que se casase con Thomas?

—No. ¿Sabe?, papá y Geofredo eran tan distintos… que chocaban en algunas cosas. Geofredo era muy paciente…, pero el saber que mi padre no aprobaba nuestras relaciones le hacía reservado y tímido… y mi padre no pudo conocerle mejor.

—Los prejuicios son difícil de combatir —dijo Lucas.

—¡Pero si no tenía razón!

—¿Expuso alguna de sus razones?

—¡Oh, no! ¡No las tenía! Quiero decir que no podía decir nada contra Geofredo, a no ser que no le agradaba.

—¿No tenía a qué aferrarse? Quiero decir, si su novio no bebe, o apuesta en las carreras.

—¡Oh, no! Ni siquiera creo que sepa quién ganó el Derby.

—Es extraño —dijo Lucas—; pero juraría que vi al doctor Thomas en Epson el día del Gran Derby.

Por unos momentos tuvo miedo de haber mencionado el día que llegó a Londres, pero Rosa contestó en seguida sin recelos:

—¿Cree haberle visto? ¡Oh, no! No pudo haber estado, por una razón. Estuvo casi todo el día en Ashewold, donde asistió a un parto

muy difícil.

—¡Qué buena memoria tiene!

Rosa echó a reír.

—Lo recuerdo porque me dijo que al niño le llamaron *Jujube* como apodo, claro.

Lucas asintió, distraído.

—De todas formas, Geofredo nunca va a las carreras. Le aburren soberanamente —dijo la muchacha, agregando en otro tono—: ¿Por qué no entra? A mi madre le gustaría conocerle.

—Si usted lo cree así, entraré.

Rosa le condujo a una habitación que a la luz del atardecer le pareció triste. Una mujer se hallaba sentada en una butaca en posición muy extraña.

—Mamá, éste es el señor Fitzwilliam.

La señora Humbleby le miró al estrecharle la mano. Rosa salió de la estancia.

—Celebro conocerle, señor Fitzwilliam. Creo que hace años unos amigos suyos conocieron a mi marido. Rosa me lo contó.

—Sí, señora Humbleby —no le agradaba mentir a la viuda, pero no vio el modo de evitarlo.

—Me gustaría que le hubiese conocido —dijo la señora Humbleby—. Era un gran hombre y un gran médico. Curó a muchas personas que ya habían perdido la esperanza con la fuerza de su personalidad.

—Desde que estoy aquí he oído hablar mucho de él —refirió con marcada amabilidad—. Se acuerdan mucho de él.

No podía ver claramente el rostro de su interlocutora. Su voz era monótona, pero esa misma falta de expresividad parecía probar que disimulaba su emoción.

—El mundo es un lugar maldito, señor Fitzwilliam. ¿No lo cree así? —dijo de repente.

—Sí. Puede que sí.

—Pero, ¿no lo *sabe*? Pues es muy importante. Hay tanta maldad por ahí… Hay que estar preparado para *luchar*. Él lo sabía, y estaba al lado de la razón.

—Estoy seguro —dijo Lucas.

—Conocía la maldad de este *lugar*… Sabía… —y la señora

Humbleby se echó a llorar.

—Lo siento —murmuró el policía.

Ella contuvo sus lágrimas con gran rapidez.

—Debe usted perdonarme —le dijo tendiéndole la mano—. Venga a vernos a menudo mientras esté aquí. A Rosa le gustará. Le aprecia mucho.

—Y yo a ella. Creo que es la muchacha más encantadora que he conocido desde hace mucho tiempo.

—Es muy buena conmigo.

—El doctor Thomas es un hombre de mucha suerte.

—Sí —la señora Humbleby dejó caer su mano sobre su regazo. Su voz perdió de nuevo expresión—. No sé… ¡es todo tan complicado!

Lucas la dejó en pie, retorciéndose las manos, nerviosa.

Mientras caminaba hacia su casa recordaba fragmentos de su conversación con Rosa.

El doctor Thomas había estado ausente buena parte del día del Derby. Y se marchó de Wychwood en su automóvil. Londres distaba sólo treinta y cinco millas. Se suponía que había estado atendiendo un parto. ¿Existían otras pruebas aparte de su palabra? Podía comprobarse. Luego siguió con la señora Humbleby.

¿Qué quiso decir al insistir tanto en aquella frase: «El mundo está lleno de maldad…»?

¿Eran sólo sus nervios y el trastorno por el golpe de la muerte de su esposo? ¿O había algo más?

¿Es que tal vez sabía algo? ¿Algo que conoció el doctor Humbleby bastante antes de morir?

«Tengo que salir adelante —díjose—. Tengo que continuar».

Y con resolución, apartó de su memoria el recuerdo de la escena vivida por él y Brígida.

CAPÍTULO XIII

HABLA LA SEÑORITA WAYNFLETE

A la mañana siguiente Lucas tomó una resolución. Había llegado tan lejos como era posible con sus interrogatorios. Era inevitable que le descubrieran. Llegó el momento de desmentir su papel de escribir y revelar que había ido a Wychwood con un proyecto definido.

Dispuesto a poner en práctica su plan, se dirigió a visitar a Honoria Waynflete. No sólo le había impresionado favorablemente su discreción y aspecto inteligente… sino que tal vez pudiera darle informaciones muy útiles. Ella le contó lo que sabía. Esta vez quería que le dijese lo que *pudo haber* adivinado, pues consideraba que las suposiciones de la señorita Waynflete no andarían muy lejos de la verdad.

Fue a verla al salir de misa.

La señotita Waynflete condujo a Lucas al interior sin mostrar la menor sorpresa. Al verla sentada cerca de él, con las manos enlazadas sobre su regazo, y sus ojos fijos en su rostro, no supo cómo explicar el motivo de su visita.

Al fin le dijo:

—Me atrevo a suponer, señorita Waynflete, que habrá adivinado que la razón de mi presencia en este pueblo no es meramente el escribir un libro costumbrista.

La señotita Waynflete inclinó la cabeza dispuesta a escuchar.

Lucas no tenía la intención de ir directamente al grano. La señorita Waynflete podía ser discreta… por lo menos daba esa impresión; pero según la opinión de Lucas sobre las solteronas, era difícil que resistiera la tentación de confiar una historia tan

excitante a sus amigas más íntimas. Y por lo tanto propuso adoptar una medida intermedia.

—Estoy aquí para investigar la muerte de esa pobre muchacha, Ana Gibbs.

La señorita Waynflete preguntó:

—¿Quiere decir que le ha enviado la policía?

—¡Oh, no! —dijo Lucas con tono risueño—. Yo diría que soy lo que llamamos una especie de investigador privado.

—Ya. ¿Entonces fue Brígida quien le hizo venir?

Lucas vacilaba. Al fin decidió que lo creyera. Era difícil justificar su presencia sin explicar toda la historia Pinkerton. La señorita Waynflete decía con profunda admiración:

—¡Brígida es muy práctica y muy eficiente! Creo que si hubiese tenido que confiar en mi propio juicio, no hubiera hecho nada… Quiero decir que si no se está completamente seguro de una cosa es difícil decidirse a actuar.

—Pero usted está segura, ¿verdad?

—No, señor Fitzwilliam. Éste no es un caso muy claro. Puede que sean sólo imaginaciones. Al vivir sola y sin nadie con quien cambiar impresiones, puede una volverse neurasténica e imaginar cosas sin fundamento.

Lucas asintió a su razonamiento reconociendo su parte de verdad, pero añadió amablemente:

—Pero en su interior no tiene dudas.

Al llegar a este punto, la señorita Waynflete mostróse algo contrariada.

—Espero que no hablaremos siempre en sentido figurado.

Lucas sonrió.

—¿Quiere que lo traduzca en palabras? Muy bien. ¿Cree usted que Ana Gibbs fue asesinada?

Honoria Waynflete se sobresaltó un tanto ante la crudeza de su lenguaje.

—No estoy tranquila por lo que respecta a su muerte. En absoluto. Fue poco clara, según mi opinión.

Lucas repuso pacientemente:

—¿Pero considera su muerte natural?

—No.

—¿No cree que fue un accidente?

—Aún lo considero menos verosímil. Existen tantos… tantos…

Lucas la atajó:

—¿Suicidio?

—Categóricamente, no.

—Entonces —dijo Lucas—, usted cree que fue asesinada.

La señorita Waynflete vaciló, tragó saliva y al fin se resolvió con valentía:

—¡Sí! —repuso—. ¡Eso creo!

—Bien. Ahora podemos continuar.

—Pero en realidad no tengo ninguna *prueba* en que basar mi opinión. ¡Es solamente una *idea*!

—Desde luego. Esto es una conversación privada. Estamos hablando de lo que *suponemos y sospechamos*. Suponemos que Ana Gibbs fue asesinada. ¿De quién sospechamos como asesino?

La señorita Waynflete meneó la cabeza. Estaba muy nerviosa.

—¿Quién tenía motivos para matarla? —dijo Lucas, mirándola.

—Tuvo una discusión con su novio, Jaime Harvey. Es un hombre fuerte y atractivo. A veces, se lee en los periódicos que un muchacho mata a su novia y cosas parecidas, pero la verdad es que no puedo creer que hiciera una cosa así.

Lucas asintió. La señorita Waynflete continuaba:

—Además, tampoco creo que lo hubiese hecho en esta forma. Trepando hasta la ventana para cambiar la botella de jarabe por una que contenía veneno. No me parece…

Lucas intervino cuando ella tomaba aliento.

—¿No le parece propio de un amante enfurecido? De acuerdo. En mi opinión podemos eliminar a Jaime Harvey. Ana fue asesinada (hemos supuesto que lo fue) por alguien que quiso quitarla de en medio y que planteó el crimen con sumo cuidado para que pareciera un accidente. ¿Tiene usted alguna idea… alguna *corazonada*, de quién pudo hacerlo… de quién pudo ser…?

—No… la verdad… no tengo la menor idea.

—¿Está segura?

—Sí, sí.

Lucas observó pensativo. Su negativa había sido poco sincera, pero continuó:

—¿No conoce otros motivos?

—No.

Esta vez fue más categórica.

—¿Estuvo en muchas casas de Wychwood?

—Estuvo un año en casa de los Horton antes de ir a la de lord Whitfield.

Lucas habló con rapidez.

—Entonces, tenemos que alguien quiso eliminar a la muchacha. Por los hechos deducimos: primero, que es un hombre de gustos anticuados (como lo demuestra el barniz empleado), y segundo, que debía ser un hombre ágil, puesto que pudo trepar hasta la ventana de su habitación. ¿Está usted de acuerdo en estos puntos?

—Por completo.

—¿Le importa que vaya a probarlo?

—En absoluto. Creo que es una buena idea.

Le condujo hasta la parte de atrás de la casa. Lucas consiguió llegar al tejado del porche, sin gran trabajo, desde allí asirse al repecho de la ventana y tras un último esfuerzo introducirse en la habitación. Minutos más tarde se reunía con la señorita Waynflete, limpiándose las manos en su pañuelo.

—Es más fácil de lo que parece —le dijo—. Lo que se necesita es músculo. ¿No encontraron algunas huellas?

—No lo creo. Claro que el alguacil subió por el mismo sitio.

—De modo, que si hubiese habido algunas las hubiese confundido con las suyas. ¡Cómo ayudó al criminal! Bueno, eso es todo.

La señorita Waynflete le acompañó de nuevo a la casa.

—¿Dormía muy profundamente su doncella? —le preguntó.

La señorita Waynflete contestó:

—Era muy difícil despertarla por las mañanas. Algunas veces tenía que llamar y llamar, antes de que respondiera. Pero ya sabe, señor Fitzwilliam, que hay un refrán que dice «que no hay peor sordo que el que no quiere oír».

—Es cierto —asintió Lucas—. Bueno, ahora, señorita Waynflete, llegamos a los *móviles*. Comenzando por los más evidentes, ¿cree usted que hubo algo entre Ellworthy y la muchacha? —y se apresuró a añadir—: Sólo le pido su parecer.

—Si es sólo mi opinión lo que pide, creo que sí.

Lucas asintió con un ademán.

—Según usted, ¿pudo Ana Gibbs haber llegado a emplear el chantaje?

—Repito que si es sólo mi opinión, me atrevo a decir que es posible.

—¿Sabe usted si tenía mucho dinero en el momento de su fallecimiento?

La solterona reflexionó unos instantes.

—No creo. Si hubiese tenido más de lo corriente lo hubiese sabido.

—¿No se compró alguna cosa extraordinaria?

—Creo que no.

—Entonces, eso destruye la teoría del chantaje. La víctima acostumbra pagar antes de llegar al asesinato. Existe otra teoría. La muchacha debía saber *algo*.

—¿Qué clase de cosas?

—Pudo tener conocimiento de algo peligroso para alguna persona de Wychwood. Esto es una suposición hipotética. Suponiendo que conociera algo que pudiera perjudicar… digamos, por ejemplo, la profesión del señor Abbot.

—¿El señor Abbot?

Lucas repuso rápidamente:

—O algún descuido o comportamiento poco correcto del doctor Thomas…

La señorita Waynflete comenzó a decir:

—Pero seguramente… —y se detuvo.

Lucas proseguía:

—Ana Gibbs estuvo de doncella, según dice usted, en casa de los Horton cuando murió la señora.

Hubo unos momentos de silencio, luego la señorita Waynflete respondió:

—¿Quiere decirme por qué mezcla a los Horton en este asunto, señor Fitzwilliam? La señora Horton falleció hace un año.

—Sí, y esa chica, Ana Gibbs, estaba en su casa.

—Ya. ¿Qué tienen que ver los Horton con todo esto?

—No lo sé. Estaba haciendo cábalas. La señora Horton murió de

gastritis aguda, ¿verdad?

—Sí.

—¿Fue una muerte inesperada?

—Para mí, sí —repuso la señorita Waynflete despacio—. ¿Sabe?, estaba mucho mejor… parecía en vías de restablecerse… y de pronto, tuvo una recaída y falleció.

—¿Se sorprendió el doctor Thomas?

—No lo sé, pero me figuro que sí.

—Y las enfermeras, ¿qué dijeron?

—Según he podido experimentar, las enfermeras de los hospitales nunca se sorprenden cuando un enfermo empeora. Es la mejoría lo que les parece anormal.

—¿Pero su muerte la sorprendió a usted? —insistió Lucas.

—Sí. El día antes había estado con ella, parecía encontrarse mucho mejor, y charló durante algún tiempo con gran animación.

—¿Qué opinaba de su propia enfermedad?

—Tenía la obsesión de que las enfermeras la estaban envenenando. Había despedido a unas, pero nos dijo que aquéllas eran tan malas como las otras.

—Supongo que usted no le haría mucho caso.

—Pues, no. Creí que eso era propio de su enfermedad. Era una mujer muy desconfiada… puede que no sea muy caritativo decirlo… pero le gustaba darse *importancia*. Ningún médico entendía su caso… lo suyo era muy complicado… debía tener una enfermedad muy difícil o alguien trataba de quitarla de en medio.

—¿Y no sospechaba de su esposo? —Lucas trató de hablar con naturalidad.

—¡Oh, no! ¡Nunca se le ocurrió semejante cosa!

La señorita Waynflete hizo una pausa y luego preguntó:

—¿Es eso lo que usted cree?

—Muchos esposos lo han hecho sin que les descubrieran. ¡A todas luces se ve que la señora Horton era una mujer como para que su marido deseara verse libre de ella! Y tengo entendido que heredó mucho dinero a su muerte.

—Sí, es cierto.

—¿Qué opina usted, señorita Waynflete?

—¿Quiere saber mi opinión?

—Sí, sólo su opinión.

Y ella repuso lenta y deliberadamente:

—Según mi parecer, el comandante Horton estaba muy enamorado de su mujer y nunca imaginó siquiera hacer una cosa así.

Lucas la miró y encontróse con sus ojos de color ámbar que denotaban inocencia.

—Bien —le dijo—. Espero que tenga razón. Probablemente usted lo sabe bien.

La señorita Waynflete se permitió una sonrisa.

—Las mujeres somos muy buenas observadoras, ¿verdad?

—De primera. ¿Cree que la señorita Pinkerton habría pensado como usted?

—No la oí nunca opinar sobre esto.

—¿Qué concepto tenía de lo ocurrido a Ana Gibbs?

Miss Waynflete frunció el ceño como si tratase de recordar.

—Es difícil de decir. Lavinia tenía una opinión muy particular.

—¿Cuál?

—Pensaba que ocurría algo extraño aquí, en Wychwood.

—¿No sería por casualidad que alguien empujó a Tomás Pierce desde la ventana?

—¿Cómo lo sabe, señor Fitzwilliam? —preguntó extrañada.

—Ella me lo dijo. No con estas mismas palabras, pero me lo dio a entender.

—¿Cuándo fue eso, señor Fitzwilliam? —inclinóse hacia delante, interesada.

—El día que fue atropellada —repuso con tranquilidad—. Viajamos juntos hasta Londres.

—¿Qué fue lo que le dijo exactamente?

—Qué habían ocurrido demasiados fallecimientos en Wychwood. Nombró a Ana Gibbs, a Tomás Pierce y ese hombre… Carter. Y también que la próxima víctima sería el doctor Humbleby.

—¿Le dijo quién era el culpable?

—Un hombre con una extraña mirada —respondió Lucas—. Una mirada que no dejaba lugar a dudas, según ella. Y la había visto en sus ojos mientras hablaba con el doctor Humbleby; por eso dijo que sería el próximo que moriría.

—Y así fue —susurró la señorita Waynflete—. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Echóse hacia atrás. Sus ojos tenían una mirada como sorprendida.

—¿Quién es ese hombre? —dijo Lucas—. Vamos, señorita Waynflete, usted lo sabe, *tiene* que saberlo.

—No. No me lo dijo.

—Pero puede adivinarlo —dijo Lucas astutamente—. Debe tener una idea exacta en su mente de quién fue.

De mala gana, la señorita Waynflete asintió con la cabeza.

—Entonces, dígamelo.

Pero ella sacudió la cabeza enérgicamente.

—No, de ninguna manera. ¡Me pide algo imposible! Me pide que *adivine* en quién pudo… sólo *pudo*, haber pensado una amiga que ya *ha muerto*. ¡Yo no puedo hacer una acusación semejante!

—No sería una acusación, sino sólo su parecer.

Pero la señorita Waynflete se mantuvo firme.

—No tengo nada más que decir. Lavinia no me *dijo* nada. Puedo pensar que sé quién es, pero comprenda que podría *equivocarme*. Eso influiría en usted y quizá traería serias consecuencias. Sería una maldad por mi parte mencionar su *nombre*. Puedo estar equivocada. ¡Probablemente lo estoy!

Y apretó los labios mirándole con determinación. Lucas sabía aceptar la derrota cuando era inevitable. Comprendió que el sentido de rectitud de la señorita Waynflete y algo más que no alcanzaba a comprender le impedían hablar.

Aceptó su fracaso de buen grado y se puso en pie para despedirse.

—Es natural que obre como le dicte su conciencia —le dijo—. Gracias por la ayuda que me ha prestado.

La señorita Waynflete pareció no estar tan segura de sí cuando le acompañó hasta la puerta.

—Espero que no crea… —comenzó a decir, pero cambió de frase —. Si puedo hacer algo más por usted, no deje de decírmelo.

—Lo haré. No repita esta conversación. Podría ser muy perjudicial, ¿querrá usted?

—¡Claro que no! No diré ni una palabra a nadie.

Lucas esperó que no le engañase.

—Déle muchos recuerdos a Brígida. Es una muchacha tan encantadora, ¿no le parece? Y muy lista también… Espero… que sea muy feliz.

Y como Lucas la miraba interrogadoramente, aún agregó:

—Quiero decir, cuando se case con lord Whitfield. ¡Se llevan tantos años de diferencia!

—Sí.

—¿Sabe que habíamos sido novios? —soltó de repente.

Lucas la miró atónito. Ella meneaba la cabeza, sonriendo con tristeza.

—Hace muchísimo tiempo. Era todavía un muchacho. Yo le ayudé a educarse. Estaba tan orgullosa de él… y de su espíritu que le llevaba hacia el triunfo.

Suspiró.

—Mi familia, naturalmente, estaba escandalizada. En aquellos tiempos las diferencias de clases eran barreras infranqueables —y siguió tras una pausa—: Siempre he seguido su carrera con interés. Y creo que los míos estaban equivocados.

Luego, con la cabeza hizo una inclinación y entró en la casa.

Lucas trató de ordenar sus pensamientos. Había clasificado a la señorita Waynflete como una «vieja». Ahora comprendía que no llegaba a los sesenta. Lord Whitfield pasaría de los cincuenta. Podía llevarle un año o dos, pero no más.

E iba a casarse con Brígida, que tenía veintiocho años. Brígida, que era joven y llena de vida.

«¡Maldita sea! —díjose Lucas—. No quiero pensar más en eso. Al trabajo. Sigamos con mi trabajo».

CAPÍTULO XIV

REFLEXIONES DE LUCAS

La señora Church, tía de Ana Gibbs, era lo que se dice una mujer repulsiva. Su nariz afilada, sus ojos hundidos y su mala lengua daban náuseas. Lucas adoptó modales corteses y tuvo un éxito inesperado.

—Lo que tiene que hacer —le dijo— es responder a mis preguntas lo mejor que sepa. Si me oculta algo, o me miente, las consecuencias pueden ser muy serias para usted.

—Sí, señor. Ya comprendo. Estoy deseando decirle todo lo que sepa. Nunca me he visto mezclada con la policía…

—Ni quiera estarlo… —concluyó Lucas—. Pues bien, si hace lo que le he dicho no habrá necesidad de eso. Deseo que me hable de su sobrina… qué amigos tenía… el dinero que ganaba… y todo lo que dijo, que pudiera darnos una pista. Empezaremos por sus amistades. ¿Quiénes eran?

La señora Church le dirigió una recelosa mirada por el rabillo del ojo.

—Se refiere a sus *amigos*, ¿verdad?

—¿Tenía amigas también?

—Pues, apenas. Claro que conocía algunas chicas que habían trabajado con ella… pero Ana no las trataba mucho. Verá usted…

—Prefería el sexo masculino. Continúe.

—Últimamente iba con ese muchacho del garaje, Jaime Harvey. Es un chico muy atractivo y fuerte. «No podías haber elegido mejor», le dije muchas veces.

—¿Y los otros? —la atajó Lucas.

De nuevo le dirigió su repulsiva mirada.

—Supongo que se refiere al caballero de la tienda de antigüedades. ¡No me gustaba nada, señor, se lo digo sinceramente! Siempre he sido una mujer muy respetable y no soporto a esos conquistadores. Pero las muchachas de hoy en día no hacen caso de lo que se les dice. Hacen sólo su voluntad, y a menudo tienen que arrepentirse.

—¿Y Ana, tuvo que arrepentirse? —preguntó el policía bruscamente.

—No, señor… eso no lo creo.

—Fue a visitar al doctor Thomas el día de su muerte. ¿No sería por esa razón?

—No, señor. Estoy segura de que no fue. ¡Oh! ¡Puedo jurarlo! Ana no se encontraba bien, pero era un simple resfriado con mucha tos. No era nada de lo que usted sugiere. Estoy segura.

—La creo, si usted lo dice. ¿Hasta dónde habían llegado sus relaciones con Ellworthy?

—No puedo decírselo exactamente, señor. Ana no confiaba en mí.

—¿Pero estaban muy avanzadas?

La señora Church repuso suavemente:

—Ese caballero no tiene muy buena reputación. Cuando vienen sus amigos de la ciudad hacen cosas muy extrañas a medianoche, en el Prado de las Brujas.

—¿Iba también Ana?

—Creo que fue una vez. Pasó toda la noche fuera de casa y Su Señoría se enteró (entonces trabajaba en su casa) y le habló muy severamente, ella le contestó y la despidieron, como era de esperar.

—¿Le hablaba de lo que sucedía en las casas donde estuvo empleada?

—No mucho, señor. Le interesaban más sus propias andanzas.

—Estuvo bastante tiempo en casa del comandante Horton, ¿verdad?

—Cerca de un año.

—¿Por qué se marchó?

—Por mejorar. Había una plaza libre en la Casa de los Fresnos y, naturalmente, el sueldo era mayor.

—¿Estuvo en casa de los Horton cuando murió la señora? —

preguntó Lucas.

—Sí, señor. Y estaba bastante fastidiada… con las dos enfermeras y el trabajo que le daban, las bandejas y unas cosas y otras.

—¿No estuvo en casa del abogado señor Abbot?

—No, señor. El señor Abbot tiene un matrimonio que le cuida. Ana fue a verle una vez a su oficina, aunque ignoro para qué.

Lucas consideró este dato muy interesante. Y aunque era evidente que la señora Church sabía algo más sobre eso, no siguió con el tema.

—¿Había otros caballeros que fuesen amigos suyos?

—Pues ninguno que pueda tomarse en consideración.

—Vamos, señora Church. Recuerde que tiene que decirme la verdad.

—Es que no era un caballero, señor, ni nada parecido. Le dije que se estaba rebajando a sí misma.

—¿Quiere explicarse más claramente, si le es posible, señora Church?

—¿Ha oído hablar de las «Siete Estrellas»? No es un sitio recomendable, y el tabernero, Enrique Carter, un individuo de lo más bajo, que pasaba la mayor parte del día borracho.

—¿Ana era amiga suya?

—Salió de paseo con él un par de veces. No creo que hubiera más, desde luego.

Lucas asintió pensativo y cambió el rumbo de la conversación.

—¿Conoció usted a un muchachito llamado Tomás Pierce?

—¿Quién? ¿El hijo de la señora Pierce? Claro que sí. Siempre estaba haciendo diabluras.

—¿Se metió mucho con Ana?

—Oh, no, señor. Ana le hubiera despachado con un buen tirón de orejas si hubiese intentado hacer de las suyas.

—¿Estaba ella satisfecha de su empleo en casa de la señorita Waynflete?

—Lo encontraba un poco aburrido, y el sueldo no era mucho. Pero después que la despidieron de la Casa de los Fresnos, no era fácil encontrar otro buen empleo.

—Podría haberse marchado a otro sitio.

—¿A Londres, quiere decir?

—O a cualquier otra parte del país.

La señora Church meneó la cabeza, diciendo despacio:

—Ana no quería marcharse de Wychwood… tal como estaban las cosas.

—¿Qué quiere insinuar?

—Me refiero a Jaime y a ese caballero de la tienda de antigüedades.

Lucas asintió, meditativo. La señora Church prosiguió:

—La señorita Waynflete es una mujer muy simpática, si bien tiene algunas manías. Quiere que el metal y la plata estén siempre relucientes, que no haya ni una mota de polvo y que se dé vuelta a los colchones cada día. Ana no hubiese podido soportarla si no se hubiese divertido de otras formas.

—Me lo imagino —dijo Lucas con sequedad.

Repasó sus preguntas en su mente. No veía por dónde seguir. Estaba seguro de que no había sacado todo lo que sabía de la señora Church. Se decidió a hacer una última tentativa.

—Supongo que habrá adivinado el motivo de este interrogatorio. Las circunstancias que rodean la muerte de Ana fueron bastante misteriosas. No estamos convencidos de que fuese un accidente. Si no lo fue, ya sabe lo que debió ser.

—¡Asesinato! —dijo la señora Church con cierto placer.

—Exacto. Ahora, suponiendo que su sobrina fue asesinada, ¿quién cree usted que fue el responsable?

La señora Church se limpió las manos en su delantal.

—Debe de haber una recompensa por dar informaciones que conduzcan a la policía a la verdadera pista —insinuó.

—Puede que la haya —repuso Lucas.

—No quisiera decir nada concreto —la señora Church se pasó la lengua por sus resecos labios—. Pero el caballero de la tienda de antigüedades es muy extraño. Recuerdo el caso Castor… cómo encontraron a la pobre chica hecha pedacitos en la cabaña de Castor, junto al mar, y cómo descubrieron que otras cinco o seis muchachas habían muerto de la misma forma. Puede que el señor Ellworthy sea uno de esos tipos.

—¿Ésa es su opinión?

—Bueno, pudiera ser, ¿no le parece?

Lucas lo admitió antes de decir:

—¿Estuvo ausente el señor Ellworthy el día del Derby? Es un detalle muy importante.

—¿El día del Derby? —se extrañó la señora Church.

—Sí… el viernes hizo quince días.

—La verdad, no puedo responder a esa pregunta. Acostumbraba ausentarse los viernes… Unas veces iba a la ciudad y otras no. Los viernes se cierra más pronto.

—¡Oh! —dijo Lucas—. Cierran más temprano.

Se despidió de la señora Church, desentendiéndose de sus insinuaciones de que su tiempo era muy valioso y que esperaba recibir una compensación. Le disgustaba intensamente la señora Church. Sin embargo, su conversación, aunque no le había dado nuevas luces, le había proporcionado algunos detalles interesantes.

Repasó todos los datos de los cuatro personajes. Thomas, Abbot, Horton y Ellworthy. La actitud de la señorita Waynflete parecía probarlo.

Su reserva y repugnancia por mencionar un nombre debía significar que la persona en cuestión era vecino de Wychwood, alguien a quien una sola insinuación podría perjudicar. Y coincidía con la determinación de la señorita Pinkerton de ir directamente a Scotland Yard. La policía local hubiese considerado ridícula su historia.

Y no podía ser el carnicero, ni el panadero, ni el cerero, ni un mero mecánico de un garaje, sino alguien para quien una acusación de asesinato resultaba algo fantástico y además un asunto muy serio.

Había cuatro posibles candidatos. Así, él tenía que repasar con sumo cuidado el caso y tomar una determinación.

Primero examinó la reserva de la señorita Waynflete. Era una persona consciente y escrupulosa. Creía conocer al hombre de quien sospechara la señorita Pinkerton, pero eso era, como bien dijo una *suposición*. Era fácil que estuviese equivocada.

¿En quién pensaba la señorita Waynflete?

Le turbaba el pensar que su acusación pudiera calumniar a un inocente. Además debía tratarse de un hombre de posición,

apreciado y respetado por la vecindad.

Por lo tanto, esto eliminaba automáticamente a Ellworthy. Era casi un forastero, y su reputación mala, no buena. Lucas creía que si Ellworthy hubiese sido la persona que la señorita Waynflete tenía en su mente, no hubiera tenido inconveniente en decírselo. Así que, por lo que respecta a la señorita Waynflete, quedaba eliminado Ellworthy.

Ahora había que seguir con los demás. Lucas consideraba que podía eliminar también al comandante Horton. La señorita Waynflete rechazó calurosamente la idea de que hubiese podido envenenar a su esposa. Si le hubiera considerado capaz de cometer otros crímenes no estaría tan segura de su inocencia en la muerte de la señora Horton.

Quedaban el doctor Thomas y el señor Abbot. Ambos cumplían todos los requisitos. Eran hombres de buena posición, y nadie osaría levantar un escándalo contra ellos. Eran bien vistos, apreciados, tenidos por personas rectas y honradas.

Lucas consideró otro aspecto del asunto. ¿Podía eliminar a Ellworthy y Horton? En el acto pudo ver que no era tan fácil. La señorita Pinkerton supo, de verdad, quién era el asesino. Lo cual estaba probado, en primer lugar, por su muerte, y en segundo, por el fallecimiento del doctor Humbleby. Pero no se lo dijo a Honoria Waynflete. Por lo tanto, aunque ésta supiese quién era, podía equivocarse con facilidad. Muchas veces *suponemos* lo que piensan otras personas… pero algunas nos equivocamos.

Por todo lo cual los cuatro presuntos culpables continuaban en la balanza. La señorita Pinkerton había muerto y no podía ayudarle. Tenía que hacer lo que hiciera el día antes de llegar a Wychwood, esto es, pesar las pruebas evidentes y considerar todas las posibilidades.

Comenzó por Ellworthy. Aparentemente era el mejor: anormal y de perversa personalidad. Podía ser lo que se llama «un asesino morboso».

«Hagámoslo así —se dijo Lucas—. Sospechemos de cada uno por turno. Por ejemplo, Ellworthy. ¡Pensemos que el asesino era él! De momento, tomémoslo como cierto. Y ahora consideremos a las posibles víctimas por orden cronológico. Primero la señora Horton.

Es difícil saber qué motivos pudieron impulsarle a librarse de ella. Pero hubo un *medio*. Horton habló de una pócima que le hizo tomar. Pudo poner arsénico y hacérselo tomar por este conducto. La pregunta… ¿Por qué?

»Ahora veamos las demás. Ana Gibbs. ¿Por qué mató Ellworthy a Ana Gibbs? ¡La evidente razón es porque estorbaba! Tal vez le amenazó por incumplimiento de promesa. O puede que habiendo asistido a una de las orgías, le amenazase por contarlo. Lord Whitfield tenía bastante influencia en Wychwood, y según Brígida, era un hombre muy moral. Podía haber descubierto lo de las reuniones y prohibirlas. Por lo tanto tuvo que eliminar a Ana, aunque el método empleado no correspondía al de un asesino sádico.

»¿Quién sigue ahora? ¿Carter? ¿Por qué Carter? Era poco probable que conociera la celebración de las orgías. ¿O se lo había dicho Ana? ¿Estaría mezclada su bella hija? ¿Le hizo el amor Ellworthy? Debía entrevistarse con Lucía Carter. Quizás insultase a Ellworthy, y éste se ofendiera. Quien ha cometido dos o tres asesinatos no debe precisar demasiados motivos para cometer otro.

»Ahora sigue Tomás Pierce. ¿Por qué mató Ellworthy a Tomás Pierce? Muy fácil. Tomás había asistido a uno de los rituales de medianoche, y le amenazó con contarlo. Quizá lo hubiese hecho, y por ello le cerró la boca para siempre.

»Doctor Humbleby. ¿Por qué le mató Ellworthy? ¡Éste es el más sencillo de todos! Humbleby era médico y había notado que su mentalidad no era normal. Puede que se dispusiese a hacer algo, y por eso le eliminó. El médico era algo desconcertante. ¿Cómo supo que moriría por envenenamiento de la sangre? ¿O murió de otra cosa? ¿Fue mera coincidencia lo del envenenamiento por el rasguño en su dedo?

»La última del lote era la señorita Pinkerton. Los viernes se cierra más temprano. Ellworthy pudo haber ido a la ciudad ese día. Me figuro que en un coche. Nadie le vio, pero eso no prueba nada. Pudo saber que la señorita Pinkerton sospechaba de él y no quiso dar ocasión a que Scotland Yard creyera su historia, donde puede que ya le conocieran.

»Éste es el caso contra Ellworthy. Ahora veamos su defensa. En

primer lugar no es el hombre, según la señorita Waynflete, de quien pudo sospechar la señorita Pinkerton, y por otra parte no encaja… en la vaga impresión que de él tengo. Al oírla me imaginé un hombre muy distinto a Ellworthy. Un hombre normal… fuera de toda sospecha, es decir, una persona de quien nadie sospecharía. Ellworthy no inspira esa confianza. No. Más bien saqué la impresión de un hombre como… el doctor Thomas.

»Veamos. ¿Qué hay del doctor Thomas? Le eliminé de la lista después de mi entrevista. Es un sujeto muy simpático y de aspecto inofensivo. Pero la principal característica del criminal, a menos que estuviese completamente equivocado, es que debe ser una persona así. ¡La última a quien uno considera un asesino! Lo cual es exactamente lo que se piensa al ver al doctor Thomas.

»Ahora sigamos repasando. ¿Por qué mató el doctor Thomas a Ana Gibbs? La verdad es que no me parece probable que lo hiciera, pero ella fue a verle aquel mismo día y fue quien le dio la botella del jarabe para la tos. Supongamos que fuese ácido oxálico. ¡Hubiese sido muy sencillo…! ¿A quién llamaron cuando la encontraron en aquel estado, a Humbleby o a Thomas? De haber sido Thomas pudo llevar una botella vieja de barniz y ponerla sobre la mesa sin que se percatasen… y llevarse las dos botellas para analizarlas. ¡Todo eso puede hacerse si se tiene suficiente sangre fría!

»¿Tomás Pierce? Tampoco veo una razón plausible. Es lo más difícil de nuestro doctor Thomas. No encuentro ni siquiera un motivo absurdo. ¿Y Carter? ¿Por qué habría de querer hacerle desaparecer? Lo único posible es que Ana, Tomás y el tabernero, sabían alguna cosa del doctor Thomas que debieran ignorar. ¡Ah! Supongamos que esa cosa fue la *muerte de la señora Horton*. Él era su médico. Y murió de una inesperada recaída. Pudo producírsela con facilidad. Recordemos que Ana Gibbs estaba en la casa por aquel entonces. Pudo ver u oír lo sucedido. Eso explicaría su muerte. Sabemos que Tomás Pierce era muy entrometido, y no es de extrañar que se enterara. Ahora interviene Carter. Ana Gibbs se lo diría, y él debió repetirlo ante los contertulios, por lo que Thomas quiso hacerle callar. Todo esto, claro, son meras conjeturas. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer? Ahora vamos con Humbleby. ¡Ah! Por

fin llegamos a una víctima perfectamente explicable por los motivos y el medio empleado. Nadie mejor que el doctor Thomas pudo producir el envenenamiento de la sangre de su colega, infectando la herida, cada vez que le vendaba. Quisiera que las otras muertes estuviesen algo más explicadas.

»¿Y la señorita Pinkerton? Es algo más difícil, y sin pruebas definitivas. El doctor Thomas estuvo ausente de Wychwood buena parte del día. Dijo que fue a atender un parto. Puede ser. Pero subsiste el hecho de que salió del pueblo en coche.

»¿Algo más? Sí, una cosa. La mirada que me dirigió cuando salía de su casa el otro día. "Superior, condescendiente, con la sonrisa de un hombre que se sabe suficiente"».

Lucas suspiró, y meneando la cabeza se dispuso a seguir sus razonamientos.

«¿Abbot? También es un hombre a propósito. Normal, educado, respetable, el último de quien se sospecharía… etc., etc. Engreído y resuelto. ¡Los asesinos acostumbran a serlo! Tienen un complejo de superioridad. Creen que nadie ha de descubrirlos. Ana Gibbs fue a verle. ¿Para qué? ¿Tal vez quería un consejo profesional? ¿O fue por un asunto íntimo? Tomás vio "una carta de una dama". ¿Sería suya? ¿O era una carta escrita por la señora Horton de la que se había apoderado Ana Gibbs? ¿Qué otra señora o señorita podía haber escrito al señor Abbot una carta tan personal que le hizo perder el dominio de sus nervios cuando la leyó el botones? ¿Qué más podemos pensar de Ana Gibbs? ¿El barniz de sombreros? Sí, era muy propio de Abbot emplear un color tan pasado de moda. Los hombres como él siempre ignoran lo que llevan las mujeres. ¿Y Tomás Pierce? Evidentemente… por lo que respecta a la carta debía ser muy interesante. ¿Carter? ¿Hubo alguna discusión, por causa de la hija de Carter? Abbot no estaría dispuesto a dar un escándalo porque un rufián como Carter se atreviese a amenazarle. ¡Él, que acababa de cometer dos asesinatos! ¡Pues otro más, y aquí no ha pasado nada! La noche era oscura y bastó un empujón. La verdad es que esto de asesinar es *casi demasiado* fácil.

»¿He conseguido captar la mentalidad de Abbot? Creo que sí. Vio que una anciana le miraba con recelo… que sospechaba de él… Luego Humbleby. ¡Pobre Humbleby, osando descubrir a Abbot el

asesino inteligente! ¡Qué poco imaginaba lo que iba a ocurrirle!

»¿Y luego, qué? Volvamos a la mirada de Lavinia Pinkerton. Comprendió que sus ojos acababan de delatarle. Él, que confiaba en no levantar sospechas, había confesado su culpabilidad. La señorita Pinkerton conocía su secreto… Lo que había hecho… Sí, pero no tenía *pruebas*. Mas, ¿y si las buscaba? Supongamos que hablase… Supongamos que fuese un buen psicólogo y hubiera adivinado lo que se disponía a hacer. Si iba a Scotland Yard con su historia pudiera ser que la creyesen… y empezasen a hacer averiguaciones. Había que impedirlo. ¿Salió en coche de Wychwood o alquilaría uno en Londres? Sea como fuere, el caso es que estuvo lejos del puente el día del Derby».

De nuevo hizo Lucas una pausa. Estaba tan absorto en su trabajo que se le hacía difícil hacer una transición entre cada uno de los sospechosos. Tuvo que esperar un minuto, antes de imaginar al comandante Horton como presunto asesino.

«Horton mató a su esposa. ¡Comenzamos por ahí! Tuvo sobrados motivos, y además, ganó mucho con su muerte. Para poder llevar a cabo con éxito su plan tuvo que simular estar muy enamorado. Y algunas veces creo que exageró un poco.

»Perfecto, un crimen cometido impunemente. ¿Quién sigue ahora? Ana Gibbs. Sí, muy verosímil. Ana estaba en su casa, pudo ver algo… por ejemplo, cómo administraba un soporífero a su esposa en una taza de té. Tal vez ella no comprendió el significado hasta mucho después. El truco del barniz para sombreros podía habérsele ocurrido al comandante, hombre muy masculino, poco al corriente de los gustos femeninos.

»¿Y el borracho Carter? La misma sugestión anterior. Ana debió decírselo. Otro al que no había más remedio que eliminar.

»Ahora Tomás Pierce. Tenemos que volver a insistir en que era muy entrometido. La carta que leyó en el despacho del señor Abbot, ¿no pudo ser la confesión de la señora Horton de que su esposo la estaba envenenando? Es sólo una atrevida suposición, pero pudo ser. De esta manera, el comandante cae en la cuenta de que Tomás es una amenaza; así que sigue la misma suerte de Ana y Carter. ¿Es fácil asesinar? ¡Cielos, vaya si lo es!

»Pero ahora llegamos a un punto más difícil. ¡Humbleby!

¿Motivos? Muy pocos, Humbleby atendía primero a la señora Horton. No supo comprender su enfermedad. ¿No influiría Horton en su esposa para que cambiase de médico? Thomas era más joven… menos suspicaz… De ser así, *¿por qué se convirtió en peligroso tanto tiempo después*? Ahí está la dificultad, en el motivo de su muerte, y en el medio: una herida infectada. Todo ello no se relaciona con el comandante Horton.

»¿Y la señorita Pinkerton? Era muy posible. Tenía coche. Yo lo vi. Y ese día no estuvo en Wychwood, se supone que fue al Derby. Puede ser. ¿Será Horton un asesino de sangre fría? ¿Lo es? Me gustaría saberlo…».

Lucas repasó sus deducciones desde el principio. Su ceño fruncido demostraba el esfuerzo mental que realizaba.

«Es uno de ellos… No creo que sea Ellworthy; pero ¡quién sabe! ¡Es el más sospechoso! Thomas el menos probable… a no ser por el *medio* empleado en la muerte de Humbleby. El envenenamiento de la sangre indica un asesino *científico*. Pudo ser Abbot… no hay tantas pruebas contra él como contra los demás, pero encaja. ¡Y pudo ser Horton! Dominado durante años por su esposa, consciente de su insignificancia… sí pudo ser. Mas la señorita Waynflete no opina así, y no es tonta… le conoce… y vive en este pueblo, seguramente.

»¿De quién sospecha, de Abbot o de Thomas? Debe ser uno de los dos… Si se lo hubiese preguntado directamente puede que me lo hubiese dicho.

»Puede estar equivocada. ¿Cómo probar que tiene razón…? Lo que necesito son pruebas. Si se cometiera otro asesinato… sólo uno más… entonces lo sabría…».

—¡Dios mío! —dijo por lo bajo—. Lo que estoy pidiendo es otra *muerte*…

Y se detuvo sobresaltado ante su idea.

CAPÍTULO XV

EXTRAÑA CONDUCTA DEL CHÓFER

En la barra del bar «Las Siete Estrellas», Lucas bebía una cerveza con bastante embarazo, a causa de los seis pares de ojos que seguían sus menores movimientos. Las conversaciones cesaron al verle entrar. Lucas hizo algunos comentarios de interés general, como son las cosechas, el tiempo, el fútbol, pero no halló respuesta.

Sólo le quedaba el recurso de piropear a la bella muchacha de cabellos negros y rojas mejillas que servía tras el mostrador, y que supuso era Lucía Carter.

Sus amables frases fueron recibidas de buen grado. La señorita Carter rió al decir:

—¡Vamos! ¡Apuesto a que no piensa lo que dice! —y otras cosas por el estilo.

Viendo que no sacaba nada quedándose, terminó su cerveza y salió. Una vez junto al río se detuvo en el lugar donde estaba el puente. Una voz dijo a sus espaldas:

—Aquí es donde cayó el viejo Enrique.

Lucas se giró en redondo, encontrándose ante uno de los contertulios, precisamente el más silencioso. Por lo visto, ahora se disponía a divertirse guiándole al tétrico lugar.

—Fue a parar encima del barco —le dijo el campesino—. Y quedó cabeza abajo.

—Es extraño que pudiera caerse desde aquí —comentó Lucas.

—Estaba bebido —dijo el otro con indulgencia.

—Sí, pero debía de haber pasado muchas veces por este sitio en ese mismo estado.

—Casi todas las noches —dijo el improvisado guía—. Siempre

estaba borracho.

—Puede que alguien le empujara —dijo Lucas como si se le acabara de ocurrir.

—Pudiera ser. Pero no sé quién.

—Debió tener algunos enemigos. ¿No dicen que tenía bastante mal genio cuando andaba bebido?

—¡Daba miedo oírle! No medía sus palabras. Pero nadie empujaría a un hombre borracho.

Lucas no discutió esta opinión. Era evidente que no es muy divertido aprovecharse de la inferioridad de un hombre en este estado. El campesino parecía afectado por el recuerdo.

—Fue una lamentable desgracia —dijo Lucas.

—Para sus familiares no —dijo el viejo—. Su esposa y Lucía no tienen por qué estar tristes.

—Puede que haya otras personas que se alegren de su muerte.

El viejo no parecía estar muy seguro.

—Puede ser —dijo—; pero nunca quiso mal a nadie.

Y con este epitafio dedicado al fallecido señor Carter se separaron.

Lucas dirigió sus pasos al antiguo Ayuntamiento. Las dos habitaciones de la fachada estaban dedicadas a la biblioteca. Lucas entró por la parte de atrás y por una puerta en la que se leía «Museo». Una vez dentro, fue de una vitrina a otra contemplando lo que en ellas se exhibía.

Algo de alfarería romana y monedas. Curiosidades de los mares del Sur y un tocado de cabeza malayo. Varios ídolos indios «donados por el comandante Horton», junto con un Buda de aspecto malvado y una vitrina llena de abalorios de dudosa procedencia egipcia.

Lucas dirigióse al vestíbulo. No había nadie. Sin hacer ruido subió la escalera, hasta llegar a dos habitaciones llenas de revistas, periódicos y libros.

Subió un piso más. Otras dos estancias repletas de lo que él llamaba cachivaches: pájaros disecados, retirados del museo por los desperfectos ocasionados por la polilla, montones de revistas deterioradas y estantes cubiertos de trabajos pasados de moda y libros infantiles.

Se aproximó a la ventana. Tomás Pierce se había sentado allí, silbando, para limpiar los cristales, y entonces debió entrar el asesino.

Sí. Alguien había entrado. Tomás se afanaría en la limpieza; la persona en cuestión se fue aproximando a él, mientras hablaba, y le dio un empujón.

Lucas, dando media vuelta, se dispuso a desandar lo andado y no se detuvo hasta llegar al vestíbulo. Nadie le había visto entrar por la puerta, ni nadie le vio subir la escalera.

—¡Cualquiera pudo hacerlo! —díjose—. Es la cosa más sencilla del mundo.

Se oyeron pasos procedentes de la biblioteca. Puesto que era inocente y no tenía por qué ocultarse, quedóse donde estaba. Si no hubiese querido ser visto, ¡fácil hubiera sido entrar en el museo!

La señorita Waynflete venía de la biblioteca con un montón de libros bajo el brazo. Se estaba calzando los guantes, y parecía feliz y satisfecha. Al verle se iluminó su semblante y exclamó:

—¡Oh, señor Fitzwilliam!… ¿Ha estado viendo el museo? No tenemos muchas cosas interesantes. Lord Whitfield quiere traernos algunas realmente buenas.

—¿Sí?

—Sí, algo moderno, ¿sabe usted?, y de actualidad, como tienen en el museo de Londres. Modelos de aeroplanos, locomotoras y algo de química.

—Eso quizá lo animará.

—Sí. No creo que un museo deba tratar solamente de cosas antiguas, ¿no le parece?

—Tal vez.

—Luego podían ponerse algunas muestras alimenticias… calorías y vitaminas… y todo eso. Lord Whitfield ha tenido un gran acierto con su última campaña de este año.

—Eso le oí decir la otra noche.

—Es el tema de la actualidad, ¿no le parece? Lord Whitfield me contó que había visitado el Instituto Wellerman… donde vio tantos gérmenes y bacterias… Me daban escalofríos. Me habló de mosquitos, enfermedades del sueño y otras cosas demasiado complicadas para mí.

—Probablemente lo serán para él también —dijo Lucas riendo —. Apuesto a que lo entendió todo mal, usted tiene una inteligencia mucho más clara que él, señorita Waynflete.

—Es usted muy amable, señor Fitzwilliam, pero me temo que las mujeres somos muy inferiores al hombre.

Lucas contuvo su deseo de hablar mal de lord Whitfield. Y en vez de eso dijo:

—He visitado el museo y luego me subí a echar una ojeada a las ventanas de arriba.

—¿Quiere usted decir donde Tomás…? —La señorita Waynflete se estremeció—. Es horrible.

—Sí. No es un recuerdo agradable. He pasado cerca de una hora con la señora Church…, tía de Ana. ¡Qué mujer tan desagradable!

—Desde luego.

—He tenido que darme importancia —dijo Lucas—. Me parece que me debe creer un superpolicía.

Se detuvo al ver el cambio de expresión de la señorita Waynflete.

—Señor Fitzwilliam, ¿cree usted que hizo bien?

Lucas repuso:

—La verdad es que no lo sé. Creo que era inevitable. La historia de escribir un libro se agotaba… no podía seguir con ella. Tuve que preguntarle gran cantidad de cosas sin rodeos.

La señorita Waynflete meneó la cabeza con la misma expresión de inquietud.

—En un sitio como éste, ya sabe, todas las cosas circulan con gran rapidez.

—Quiere usted decir que todo el mundo dirá, cuando me vean doblar una esquina: «Ahí va el detective». No creo que me importe. Así podré averiguar muchas más cosas.

—No pensaba en eso —la señorita Waynflete parecía algo impaciente—. Me refiero a… que él sabrá que está sobre su pista.

—Lo supongo.

—Pero ¿no ve… que es peligrosísimo para usted? ¡*Es horrible*!

—Quiere decir… —Lucas comprendió su punto de vista—. ¿Que el asesino intentará *eliminarme*?

—Sí.

—Es curioso —repuso Lucas—. No se me había ocurrido. Y creo que tiene razón. Bueno, eso es lo mejor que puede ocurrir.

—¿No se da usted cuenta de que es un hombre muy listo? ¡Y prevenido! Recuerde que tiene mucha experiencia… tal vez más de lo que suponemos.

—Sí —dijo Lucas, pensativo—. *Eso* indudablemente es probable.

—¡No me gusta nada! La verdad es que estoy muy *asustada*.

—No necesita inquietarse —dijo Lucas amablemente—. Le aseguro que estaré alerta. ¿Sabe?, he reducido mucho el círculo de sospechosos. Tengo una ligera idea de quién es el asesino…

Ella le miró sorprendida. Lucas se le acercó para susurrarle:

—Señorita Waynflete, si le pidiera que me dijese *cuál de los dos considera que es*: el doctor Thomas o el señor Abbot… ¿Qué me contestaría?

—¡Oh!… —repuso la señorita Waynflete apoyando sus manos sobre el pecho. Dio un paso atrás mirándole con una expresión mezcla de impaciencia y algo más que no supo interpretar.

—No puedo decir nada.

Y se volvió con una especie de sollozo.

Lucas se resignó.

—¿Va para casa? —le preguntó.

—No. Iba a llevar estos libros a la señora Humbleby. Queda a medio camino de Los Fresnos. Podemos ir juntos.

—Encantado —dijo Lucas.

Bajaron la escalera, y una vez fuera se dirigieron a la parte izquierda del prado.

Lucas volvióse para mirar la silueta majestuosa del edificio que acababan de abandonar.

—Debió ser una casa preciosa en tiempo de su padre —le dijo.

—Sí, fuimos muy felices aquí —suspiró—. Me alegro tanto de que no la hayan derruido, como hacen con la mayoría de las casas antiguas.

—Sí. Es una lástima.

—Y la verdad es que las que construyen no son tan bonitas.

—Y dudo que duren tanto tiempo.

—Naturalmente —dijo la señorita Waynflete— las nuevas son más cómodas… no cuestan tanto, ni tienen tantos pasillos que

limpiar.

Lucas asentía.

Al llegar a la casa del doctor Humbleby, la señorita Waynflete dijo:

—Hace una tarde espléndida. Si no le importa, voy a seguir un poco más en su compañía. Me encanta respirar este aire.

Aunque algo sorprendido, Lucas expresó su complacencia con una frase cortés. No era precisamente una tarde apacible. Soplaba un fuerte viento, que doblaba las hojas de los árboles. Según su parecer, no tardaría en estallar una tormenta.

A pesar de todo, la señorita Waynflete caminaba a su lado muy contenta, sujetando su sombrero con la mano y charlando animadamente.

Tomaron un sendero solitario, que acortaba la distancia desde la casa del doctor Humbleby hasta los Fresnos, aunque no iba hasta la puerta principal, sino a una entrada de la parte de atrás. Aquélla tenía una verja de hierro entre dos grandes pilares rematados por una piña enorme de piedra. Lucas no se explicaba por qué las pusieron. Lord Whitfield debió considerarlas signo de distinción y buen gusto.

Al acercarse a la casa llegó hasta ellos el rumor de voces airadas. Momentos después vieron a lord Whitfield y a un joven con uniforme de chófer.

—¡Queda usted despedido! —gritaba lord Whitfield—. ¿Lo oye? ¡Está despedido!

—Si quisiera perdonarme por esta vez… milord… no volverá a suceder.

—¡No, no le perdono! ¡Salir en mi coche! ¡Mi coche…, y lo que es peor, borracho…, sí, no lo niegue! Hay tres cosas que no tolero en mi finca…, una es el exceso en la bebida…, otra la inmoralidad y la tercera las impertinencias.

Aunque el joven no estaba borracho en aquel momento, no pudo contenerse y cambió de modales seguidamente.

—¡Conque no consiente esto, ni lo otro, perro impostor! ¡*Su* finca! ¿Es que ignoramos que su padre tenía una zapatería? Nos hace morir de risa al verle cacarear como un gallo. ¿Quién es usted? Me gustaría saberlo. No es mejor que yo. Eso es.

Lord Whitfield tornóse del color de la púrpura.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? ¿Cómo se atreve?

El joven dio un paso hacia delante en actitud amenazadora.

—Si no fuese un miserable le pegaría un buen golpe en la mandíbula…, ya lo creo.

Lord Whitfield se apresuró a retroceder, pero pisó una raíz y quedó sentado en el suelo.

Lucas se había aproximado.

—Salga usted de aquí —le dijo duramente al chófer.

Éste pareció recobrarse.

—Lo siento, señor. No sé lo que me ha pasado, se lo aseguro.

—Yo diría que lleva un par de copas de más —le dijo Lucas, ayudando a levantarse a lord Whitfield.

—Le… le ruego me perdone —tartamudeó el hombre.

—Se arrepentirá de esto, Rivers —repuso lord Whitfield con voz temblorosa por la ira.

El joven vaciló unos momentos, y al cabo echó a andar despacio.

—¡Valiente impertinente! —exclamó el dueño de la casa—. ¡Hablarme así! ¡Le va a pasar algo muy serio! No tiene respeto… ni sentido de su posición en la vida. Cuando pienso en lo mucho que he hecho por esta gente… buen sueldo… comodidades… una pensión cuando se jubilen… Ingratitud… siempre ingratitud… ¡Qué asco!

Entonces se percató de la presencia de la señorita Waynflete, que permanecía silenciosa.

—¿Eres tú, Honoria? ¡Cuánto lamento que hayas presenciado una escena tan desagradable! Ese hombre emplea un lenguaje…

—Me parece que no estaba en sus cabales —dijo la señorita Waynflete.

—¡Estaba bebido, eso es, bebido!

—Sólo un poco alegre —repuso Lucas.

—¿Sabe usted lo que había hecho? —explicó lord Whitfield, con la mirada fija en ellos—. ¡Cogió mi coche… *mi* coche! No pensó que yo regresaría tan pronto. Brígida me llevó a Lyme en el coche de dos plazas. Y ese sujeto tuvo la desfachatez de llevarse una muchacha, Lucía Carter según creo, ¡en *mi* coche! ¿Qué te parece?

—Está muy mal hecho —repuso la señorita Waynflete.

Lord Whitfield sintióse comprendido.

—Sí, ¿verdad?

—Pero estoy segura de que se arrepentirá.

—¡Ya lo creo!

—Le ha despedido, ¿verdad?

Lord Whitfield asintió con la cabeza.

—Ese individuo acabará mal. —Y enderezando sus espaldas dijo —: Entremos en casa, Honoria, y tomarás una copita de jerez.

—Gracias, pero debo llevar estos libros a la señora Humbleby. Buenas noches, señor Fitzwilliam. *Ahora* está usted a salvo.

Le dirigió una inclinación de cabeza y echó a andar de prisa. Su actitud era la de una institutriz que acompaña a un niño a una fiesta, y Lucas vióse asaltado por una idea repentina. ¿Sería posible que le hubiese acompañado para protegerle? Le parecía ridículo, pero…

La voz de lord Whitfield interrumpió sus meditaciones.

—Honoria Waynflete es una mujer muy competente.

—Mucho, ya lo creo.

Su Señoría echó a andar hacia la casa con bastante dificultad y frotándose la parte dolorida.

De pronto se puso a reír.

—Honoria y yo fuimos novios… hace muchos años. Era una muchacha muy atractiva… no tan flaca como en la actualidad. Ahora me parece extraño. Su familia era la más aristocrática del lugar.

—¿Sí?

—El coronel Waynflete presidía la parada militar. Había que saludarle con la mano en la gorra, sin la menor imperfección. Era más soberbio que Lucifer.

Y de nuevo se puso a reír.

—¡La que se armó cuando Honoria les anunció que iba a casarse conmigo! Le dijo que era una radical y que había que abolir las distinciones de clase. Era una chica muy valiente.

—¿Así que su familia deshizo el idilio?

—Pues… exactamente no —Lord Whitfield frotóse la nariz—. A decir verdad, rompimos por una discusión. Ella tenía un canario… uno de esos que no paran de cantar… siempre los he aborrecido…

Bueno… ¿para qué hablar de ello? Olvidémoslo.

Y se encogió de hombros como quien se sacude un recuerdo desagradable, uno de esos recuerdos molestos, antes de añadir:

—No creo que me lo perdone jamás. Bueno… puede que sea natural…

—Yo opino que ya le ha perdonado —dijo Lucas.

—¿De veras? —El rostro del lord se iluminó—. Ya sabe que la respeto. Es una mujer muy capaz y toda una señora. Eso es muy importante, incluso en nuestros días. Lleva muy bien la biblioteca.

De pronto su voz cambió.

—¡Hola! —dijo—. Ahí viene Brígida.

CAPÍTULO XVI

LA PIÑA

Al aproximarse Brígida, Lucas sintió que todos sus músculos se ponían en tensión.

No habían vuelto a verse a solas desde el día del partido de tenis. De mutuo acuerdo procuraban evitarse, mas ahora la miró.

Ella se mostraba tranquila, fría e indiferente.

—Ya empezaba a preguntarme qué había sido de ti, Gordon —dijo alegremente.

—¡He tenido una discusión! Ese individuo, Rivers, ha cometido la impertinencia de coger el «Rolls».

—*Lese majeste* —repuso Brígida.

—No me parece bien que hagas chistes. Esto es serio. Salió con una muchacha.

—¡No creo que le divirtiera mucho salir solo!

—En mi casa quiero que todos se comporten con moralidad.

—Hoy en día no se considera inmoral el pasear en coche con una chica.

—Lo es cuando se trata de *mi* coche.

—Lo cual, naturalmente, constituye algo peor que una inmoralidad. Casi es una profanación. Pero tú no puedes alterar la atracción física, Gordon. Hay luna llena, y esta noche es víspera de San Juan.

—¿De veras? —preguntó Lucas, sorprendido.

Brígida se dignó mirarle.

—Parece que le interesa.

—Sí.

—Acaban de llegar tres personajes extraordinarios —Brígida se

dirigió a Lord Whitfield—. Un hombre vistiendo *short*, anteojos y una preciosa camisa de seda estampada. Una señora sin cejas, con una especie de túnica, una libra de abalorios egipcios y sandalias, y un hombre gordo en traje de verano. ¡Supongo que deben ser amigos del señor Ellworthy! He leído en un comentario del periódico: «Se rumorea que esta noche habrá jarana en el Prado de las Brujas». ¿Será verdad eso?

Lord Whitfield enrojeció y dijo:

—¡No lo permitiré!

—No puedes evitarlo, cariño. El Prado de las Brujas es público.

—¡No consentiré que celebren allí sus danzas rituales! Lo publicaré en la sección «Escándalos» —hizo una pausa antes de continuar—: Recuérdame que dé una nota a Siddely. Tengo que ir mañana a la ciudad.

—La campaña de lord Whitfield contra las brujerías —cantó Brígida—. Las supersticiones del medievo aún perduran en los pueblecitos.

Lord Whitfield la miraba con el ceño fruncido, luego dio media vuelta, echando a andar hacia la casa.

—¡Debías representar mejor tu papel, Brígida! —dijo Lucas, complacido.

—¿Qué quieres decir?

—¡Sería una lástima que perdieras tu empleo! Aún no tienes los mil dólares ni las perlas y diamantes. Si estuviese en tu lugar aguardaría a que se hubiese celebrado la ceremonia matrimonial para emplear frases tan sarcásticas.

—¡Piensas tanto, querido Lucas! —dijo ella mirándole fríamente —. ¡Eres muy amable al inquietarte por mi porvenir!

—La amabilidad y consideración han sido siempre mi punto flaco.

—No lo había notado.

—¿No? ¡Qué raro!

Brígida arrancó una hoja de una enredadera. Luego quiso saber:

—¿Qué has hecho hoy?

—Las investigaciones de costumbre.

—¿Con resultado?

—Sí y no, como dicen los políticos. A propósito, ¿tienen

herramientas en esta casa?

—Supongo que sí. ¿Qué clase de herramientas?

—¡Oh!, tan sólo unos ganchos manejables. Puedo escogerlos yo mismo.

Diez minutos más tarde Lucas había seleccionado lo que le interesaba entre el contenido de un cajón.

—Éstos me irán de primera —dijo introduciendo en su bolsillo unas ganzúas.

—¿Es que te propones forzar alguna casa?

—Tal vez.

—No eres muy comunicativo.

—Después de todo, mi situación está erizada de dificultades. Estoy en una posición endiablada. Supongo que debí marcharme después de nuestra entrevista del sábado.

—Si quieres comportarte como un caballero, desde luego.

—Pero, puesto que estoy convencido que sigo de cerca la pista de un homicida maniático, me veo obligado a quedarme. Si se te ocurre alguna razón convincente para marcharme de aquí y trasladarme a la posada de «Cascabeles y Arlequín», ruego me la comuniques.

—No es posible. Te creen primo mío. Además, la posada está ocupada por los amigos del señor Ellworthy. Sólo tiene tres habitaciones.

—Así que me veo obligado a quedarme, lamentándolo tanto como tú.

—No lo creas —Brígida le sonrió dulcemente—. Estoy acostumbrada a soportar a mis admiradores.

—Eso —dijo Lucas— me ha hecho gracia. Lo que más admiro de ti, Brígida, es la carencia total de amabilidad. Bien, bien, el amante despreciado va a cambiarse para la cena.

La velada pasó sin más incidentes. Lucas ganóse la simpatía de lord Whitfield por la aparente atención con que escuchaba su discurso nocturno.

Cuando pasaron a la salita, Brígida les dijo:

—Nos han dejado solas mucho rato, caballeros.

—Lord Whitfield tiene una conversación tan interesante que se ha pasado el tiempo volando —dijo Lucas—. Me ha contado cómo

fundó su primer periódico.

—Estos arbolitos frutales en tiestos son una maravilla, Gordon —intervino la señora Anstruther—. Tengo que probar unos cuantos en la terraza.

La conversación se fue generalizando.

Lucas retiróse temprano, aunque no para dormir. Tenía otros planes. Al dar las doce descendió la escalera con sus zapatillas de tenis para no hacer ruido, y pasando a la biblioteca se descolgó por una ventana.

El viento seguía soplando con violencia, aunque en ráfagas intermitentes. Las nubes cruzaban el cielo, cubriendo la luna de modo que de cuando en cuando la oscuridad alternaba con su brillante luz.

Lucas, dando un rodeo, se dirigió al establecimiento del señor Ellworthy. Halló el camino libre para proceder a una pequeña inspección. Estaba casi seguro de que el dueño y sus amigos estarían ausentes en una fecha como aquélla. Víspera de San Juan. Según Lucas, debía ser muy apropiada para sus ceremonias; por lo tanto, era una buena ocasión para inspeccionar la casa del señor Ellworthy.

Tras saltar una tapia se halló en la parte posterior de la casa, y sacando las herramientas de su bolsillo seleccionó la que creyó conveniente. Una ventana se ofrecía a sus propósitos. Pocos minutos después había saltado el pestillo, y entraba en su interior.

Iba provisto de una linterna y su luz le permitió explorar el camino que debía seguir, evitando tropezar con los muebles.

Un cuarto de hora más tarde se hallaba convencido de que no había nadie en la casa. El propietario estaba fuera ocupado en sus propios asuntos.

Lucas sonrió satisfecho, dispuesto a comenzar su tarea.

En un cajón de un mueble encontró unas pinturas, muestras de los esfuerzos artísticos del señor Ellworthy, que le hicieron alzar las cejas con un silbido. Su correspondencia no le dijo nada, pero algunos de sus libros, amontonados en la parte de atrás de un armario, llamaron su atención.

Además de esto, encontró tres detalles interesantes. El primero, una nota escrita con lápiz en una libretita: «*Acabé con Tomás*

Pierce…» y con fecha de dos días después de la muerte del muchacho. El segundo, un boceto a lápiz de Ana Gibbs atravesado por una cruz roja, hecha, sin duda, con furia. Y el tercero, una botella de jarabe para la tos. Ninguna de estas cosas era una prueba decisiva, pero juntas constituían una esperanza.

Lucas comenzaba a colocar las cosas en su lugar cuando, de repente, quedó inmóvil e inmediatamente apagó la linterna.

Acababa de oír el ruido de una llave al penetrar en la cerradura.

Se dirigió a la puerta de la habitación donde se hallaba con la esperanza de que si era Ellworthy fuese arriba directamente.

La puerta de la calle se abrió. Ellworthy encendió las luces del vestíbulo. Al verle quedó sin aliento. Estaba irreconocible. El paso inseguro, la boca espumeante y los ojos iluminados por una expresión de locura.

Pero lo que privó de respiración a Lucas fueron sus manos. Estaban teñidas de rojo oscuro… el color de la sangre seca…

Desapareció por la escalera. Momentos después se apagó la luz.

Lucas aguardó un poco más, y volviendo al vestíbulo salió por la ventana con grandes precauciones. La casa estaba oscura y silenciosa.

—¡Dios mío! —dijo, exhalando un profundo suspiro de alivio—. ¡Ese hombre está loco! ¿Qué es lo que habrá hecho? Juraría que llevaba las manos tintas en sangre.

Dando una vuelta por el pueblo y por el camino más largo, regresó a la Casa de los Fresnos. Al llegar al último recodo oyó un ruido entre los arbustos.

—¿Quién anda ahí?

Una figura alta, envuelta en una capa oscura, salió de detrás de un árbol. Parecía una aparición y Lucas sintió que se le helaba la sangre. Al fin reconoció el semblante pálido y semioculto por la capucha.

—¡Brígida! ¡Cómo me has asustado!

—¿Dónde has estado? —le dijo con aspereza—. Te he visto salir.

—¿Y me has seguido?

—No. Ibas demasiado lejos. He esperado a que volvieras.

—¡Qué tontería! —gruñó Lucas. Ella repito impaciente su pregunta:

—¿Dónde has estado?

—Visitando la mansión del señor Ellworthy —repuso jocosamente.

—¿Encontraste… algo?

—No lo sé. Sé algunas cosas más sobre él…, sus gustos pornográficos… y encontré tres cosas que pueden resultar interesantes.

Ella escuchó con atención el relato de sus pesquisas.

—No es que sean muy evidentes, ¿sabes? —concluyó—; pero cuando iba a salir regresó Ellworthy. Y oye lo que te digo: ¡ese hombre está más loco que una cabra!

—¿De veras?

—Vi su cara… su expresión era indescriptible. ¡Dios sabe de dónde venía! Era presa de un delirio de locura. Y llevaba las manos *teñidas* de sangre…, lo juraría.

Brígida estremecióse.

—Es horrible…

—No debías haber salido, Brígida. Es una locura. Alguien podía haberte dado un golpe en la cabeza.

—Aplícate el cuento, querido —dijo ella riendo.

—Yo sé cuidar de mí mismo.

—Yo tampoco lo hago mal. Ya me imagino que vas a llamarme testaruda.

Sopló una fuerte ráfaga de aire. Lucas exclamó:

—Quítate la capucha.

—¿Por qué?

Con un brusco movimiento se la arrancó para ver cómo el viento alborotaba sus cabellos.

—La verdad es que te falta la escoba, Brígida. Así es cómo te vi por primera vez —le miró a los ojos durante unos instantes—. Eres muy cruel.

Con un suspiro de impaciencia le dio de nuevo la capucha.

—Toma… póntela. Volvamos a casa.

—Espera.

—¿Por qué?

Se acercó para hablarle en un susurro.

—Porque tengo algo que decirte antes de que entremos en las

propiedades de Gordon, por eso te esperé aquí… Necesito hablarte.

—¿Y bien?

—¡Oh, es muy sencillo! —se rió—. *Tú ganas*, Lucas. ¡Eso era!

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que he renunciado a la idea de ser lady Whitfield.

—¿Es cierto? —preguntó, acercándose seguidamente a ella.

—Sí, Lucas.

—¿Te casarás conmigo?

—Sí.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—No lo sé. Me has dicho cosas tan horribles…, pero me gustaron.

Él la tomó en sus brazos para besarla.

—¡El mundo está loco!

—¿Eres feliz, Lucas?

—No demasiado.

—¿Crees que serás feliz conmigo?

—No lo sé. Me arriesgaré.

—Sí… eso es lo que yo creo…

—Somos bastante raros, querida —rodeó su cintura con su brazo —. Vámonos. Tal vez mañana estemos más sensatos.

—Sí, es sorprendente cómo suceden las cosas… —Miró al suelo y le hizo detenerse—. Lucas… Lucas… ¿*qué es eso*?…

La luna acababa de salir tras una nube. Lucas miró el lugar donde el pie de Brígida temblaba junto a un bulto irreconocible.

Con una exclamación la soltó, arrodillándose junto al hallazgo, y desde allí alzó la vista para mirar el poste de la entrada. La piña de piedra ya no estaba allí. Al fin se puso en pie. Brígida, a su lado, se tapaba la boca con las manos.

Él le dijo:

—Es el chófer, Rivers. Está muerto…

—Esa maldita piedra… hace tiempo que se había soltado; supongo que ha debido caer sobre él.

—No puede haber sido el viento. ¡Oh! Eso *ha procurado* que parezca… eso es lo que quiere *aparentar*, otro accidente. Pero es mentira. *Ha vuelto a actuar el asesino*…

—No, no, Lucas…

—Te digo que sí. ¿Sabes lo que he encontrado en la parte de atrás de su cabeza?… *Granos de arena*. Aquí no la hay. Te digo que alguien se ocultó para golpearle cuando regresaba a su casa. Luego le tendería aquí y después arrojó esa piña sobre él.

—Lucas… tienes sangre en las manos… —Brígida habló con voz desmayada.

—Alguien más tenía sangre en las manos esta noche. ¿Sabes lo que pensaba esta tarde?… Que si cometía otro crimen podría identificar al asesino. Y ahora puedo hacerlo. ¡*Es Ellworthy*! Esta noche había salido y regresó con el aspecto de un poseído y con las manos tintas en sangre.

—¡Pobre Rivers! —gimió Brígida, temblorosa.

—Sí. Pobre hombre. ¡Qué mala suerte! Pero éste será el último, Brígida. ¡Ahora ya *sabemos* quién es y le cogeremos!

Vio cómo se tambaleaba, y dando dos zancadas llegó a tiempo de cogerla entre sus brazos con todas sus fuerzas.

—Lucas, estoy asustada… —dijo con voz débil.

—Ya pasó todo… cariño. Ya pasó todo…

—Sé bueno conmigo… por favor. Me has hecho sufrir mucho.

—Y tú a mí, pero no volveremos a hacerlo.

CAPÍTULO XVII

LORD WHITFIELD HABLA

El doctor Thomas miró a Lucas por encima de su mesa de despacho.

—¡Es extraordinario! —dijo—. ¡Extraordinario! ¿De veras habla usted en serio, señor Fitzwilliam?

—Desde luego. Estoy convencido de que Ellworthy es un maniático peligroso.

—No le he prestado atención especial, aunque no niego que puede ser un tipo anormal.

—Yo voy mucho más lejos —repuso Lucas con seguridad.

—¿Cree usted seriamente que Rivers fue asesinado?

—Sí. ¿Observó usted los granitos de arena pegados a su herida?

—Me fijé después que me lo hizo notar, y tengo que confesar que estaba en lo cierto.

—Entonces, está claro que le mataron descargando un saco de arena sobre su cabeza, o por lo menos le derribaron.

—Forzosamente no.

—¿Qué quiere decir?

El doctor Thomas recostóse en su sillón y juntó las puntas de sus dedos.

—Supongamos que ese hombre, Rivers, hubiese estado tumbado sobre el arenal durante el día…, hay muchos en este lugar. Eso explicaría la presencia de los granos de arena en sus cabellos.

—¡Le digo que fue asesinado!

—Usted puede decirlo —repuso el doctor Thomas—, pero eso no constituye un hecho fehaciente.

Lucas dominó su exasperación.

—Supongo que no cree ni una palabra de lo que le estoy diciendo.

—Debe admitir, señor Fitzwilliam —le dijo con una sonrisa de superioridad—, que es una teoría bastante absurda. Usted asegura que Ellworthy ha matado a una muchacha de servicio, un niño, un tabernero borracho, a Rivers y a mi propio colega.

—¿No lo cree?

—Conozco algo del caso Humbleby. Me parece improbable que el causante de su muerte fuese Ellworthy, y no veo que tenga ninguna prueba.

—No sé cómo lo haría —confesó Lucas—; pero todo concuerda con el relato que me hizo la señorita Pinkerton.

—También asegura que Ellworthy la siguió hasta Londres para arrollarla con su automóvil. Tampoco tiene ninguna prueba. Todo son… imaginaciones sin ningún fundamento.

—Ahora que sé a qué atenerme me dedicaré a la busca de pruebas. Mañana voy a ir a Londres a ver a un amigo mío. He leído en el periódico que le han nombrado ayudante del comisario de Policía. Me conoce y escuchará lo que tengo que decirle. Estoy seguro de que ordenará una investigación en toda regla.

El doctor Thomas se frotó la barbilla, pensativo.

—Bien… lo creo muy acertado… Y así comprenderá su error…

—¿De modo que no ha creído ni una palabra? —le interrumpió Lucas.

—¿De los asesinatos en gran escala? Con franqueza, señor Fitzwilliam, no. Es demasiado fantástico.

—Tal vez, pero concuerda. Tiene que admitir que todo encaja, si admite como cierta la historia de la señorita Pinkerton.

—Si conociera a esas solteronas tan bien como las conozco yo…

Lucas se puso en pie, incapaz de contener su contrariedad.

—Sea como fuese, usted tiene autoridad.

—Déme pruebas, querido amigo —repuso de buen humor—. Es todo lo que le pido y déjese de galimatías basado en lo que creyó ver una anciana.

—Lo que imaginan esas damas acostumbra ser cierto. Mi tía Mildred no fallaba nunca. ¿Tiene usted tías, señor Thomas?

—Pues… no.

—¡Grave error! —dijo Lucas—. Todos los hombres deberían tenerlas. Son la demostración del triunfo de la corazonada sobre la lógica. Es privilegio de ellas el conocer que el señor X es un bribón por parecerse a un carnicero poco honrado que conocíamos. Otras personas opinan que un hombre tan respetable no puede ser un pícaro. Pero ellas siempre tienen razón.

El galeno volvió a dedicarle una sonrisa de suficiencia, y Lucas sintió crecer su exasperación.

—¿No se da cuenta de que soy un policía y no un simple aficionado?

—¡En Mayang Straits! —repuso el otro, sonriendo.

—El crimen es un crimen aunque sea en Mayang Straits.

—Claro, claro.

Lucas abandonó la clínica del doctor Thomas presa de irritación y fue a reunirse con Brígida.

—Bueno, ¿cómo te ha ido?

—No ha querido creerme —le dijo Lucas—. Lo cual, si lo meditas bien, no deja de ser bastante lógico. Es una historia absurda, sin prueba alguna, y el doctor Thomas es un hombre que no cree seis cosas imposibles antes de desayunarse.

—¿Y quién las creería?

—Probablemente nadie, pero mañana empezará a marchar este asunto. Interrogaré a nuestro melenudo amigo Ellworthy, y es posible que consigamos algo.

Brígida repuso, pensativa:

—Estamos revelando todo lo que sabemos, ¿no te parece?

—Tenemos que hacerlo. No podemos permitir que se cometan más asesinatos.

—Por amor de Dios, Lucas, ten cuidado —dijo Brígida con un escalofrío.

—Ya lo tengo. No me acerco a las verjas rematadas con piñas de piedra, evito pasar por el bosque al atardecer, y vigilo los alimentos que ingiero. Conozco los ardides.

—Es horrible pensar que estás señalado.

—Y quién sabe si tú también lo estás, cariño.

—Puede que sí.

—No lo creo, pero no tengo intención de arriesgarme. Voy a vigilarte como si fuese el ángel de tu guarda.

—¿Y no sería mejor decírselo a la policía local?

—No. Creo que es mejor ir directamente a Scotland Yard.

—Así opinaba la señorita Pinkerton —murmuró la muchacha.

—Sí, pero *yo* estaré prevenido.

—Ya sé lo que haré mañana —dijo Brígida—. Haré que Gordon vaya a la tienda de ese hombre y compre algo.

—Para asegurarse de que Ellworthy no podrá atropellarme ante la escalera de la Comisaría.

—Exacto. Y, en cuanto a lord Whitfield… —dijo con algo de violencia.

Brígida apresuróse a contestar:

—Esperemos a que vuelvas mañana. Entonces le hablaremos.

—¿Crees que se desesperará?

—Pues… —Brígida pensó lo que iba a decir—, le contrariará.

—¿Contrariarle sólo? ¡Cielos! ¿No lo pones demasiado fácil?

—No, porque a Gordon no le gusta que le contraríen. ¡Eso le enfurece!

—Me siento muy intranquilo —dijo Lucas sinceramente.

Y aquel sentimiento creció en su mente, mientras escuchaba aquella noche por enésima vez el discurso de lord Whitfield sobre lord Whitfield. Tenía que admitir que era una mala pasada estar en casa de un hombre y encima quitarle la novia. Sin embargo, le consolaba pensar que un pelele como él no debió aspirar nunca al cariño de Brígida.

Como su conciencia le remordía, le escuchó más atento que nunca y por lo tanto su anfitrión quedó muy bien impresionado.

Aquella noche, lord Whitfield estaba de muy buen humor. La muerte de su chófer parecía haberle regocijado más que deprimido.

—Ya le dije que ese individuo acabaría mal —dijo contemplando al trasluz su vaso de Oporto—. ¿No se lo decía ayer tarde, precisamente?

—Sí, señor.

—¡Y ya ve que tenía razón! ¡Es sorprendente cómo acierto!

—Debe ser una suerte —comentó Lucas.

—Mi vida ha sido maravillosa… sí, ¡maravillosa! El camino iba limpiándose ante mí. Siempre he tenido fe y he confiado en la Providencia; ése es mi secreto, señor Fitzwilliam.

—¿Sí?

—Soy un hombre religioso. Creo en el bien y el mal y la divina justicia. No hay nada como la justicia divina, no lo dude, Fitzwilliam.

—También yo creo en la justicia divina.

Como de costumbre, lord Whitfield no mostró interés por las creencias de los demás.

—Al que se porta bien con nuestro Creador, éste no le abandona. Estoy suscrito a varios centros caritativos, y he ganado mi dinero honradamente. ¡No estoy obligado a nadie! Recuerdo el pasaje de la Biblia que nos habla de los patriarcas, que prosperaban uniéndose a la chusma para derrotar a sus enemigos.

—Cierto, cierto —repuso Lucas, ocultando un bostezo.

—Es sorprendente —dijo lord Whitfield— la forma en que son eliminados los enemigos de los hombres honrados. Fíjese en lo de ayer. Ese individuo me insultó… hasta el extremo de llegar a levantarme la mano. ¿Y qué ha sucedido? ¿Dónde está ahora ese sujeto?

Hizo una pausa significativa y luego respondió a su propia pregunta con voz inexpresiva:

—¡Muerto! ¡Aniquilado por la ira divina!

—Un castigo tal vez excesivo por unas palabras dichas con unas copas de más —notó Lucas, abriendo un poco los ojos.

—¡Siempre es así! El castigo llega de prisa y terrible. Recuerde a aquellos niños que se mofaron de Elíseo cómo fueron devorados por los osos. Así ocurren las cosas, Fitzwilliam.

—Siempre lo consideré demasiado riguroso.

—No, no. Está usted equivocado. Elíseo era un gran hombre. ¡Quien le insultase no podía seguir viviendo! ¡Yo lo comprendo porque es mi propio caso!

Lucas miróle extrañado y lord Whitfield elevó la voz.

—Al principio no quería creerlo. *Pero así ha ido sucediendo cada vez*. Mis enemigos y detractores fueron castigados y exterminados.

—¿Exterminados?

—Uno tras otro. Uno de los casos fue muy parecido al de Elíseo… era un muchachito. Le tenía empleado en mi casa, y un día me lo encontré en el jardín… ¿sabe lo que estaba haciendo? Imitándome… ¡a mí! ¡*Burlándose de mí*! Y ante todo un auditorio. Divirtiéndose a mi costa en mi propia casa. ¿*Sabe lo que ocurrió*? ¡Diez días más tarde cayó desde una ventana y se mató! Luego ese rufián de Carter… un borracho de lengua endiablada. Vino aquí para insultarme… ahogado en el barro. Y aquella muchacha de servicio. Me alzó la voz y me puso motes. Pronto llegó su castigo. ¡Bebió veneno por error! Aún puedo contarle más. Humbleby osó oponerse a mis proyectos de conducción de agua, y murió por envenenamiento de la sangre. Y así ha ido sucediendo años y años… La señora Horton, por ejemplo, fue muy poco amable conmigo y no pasó mucho tiempo antes de que abandonara este mundo.

Hizo una pausa, e inclinándose hacia delante le ofreció la botella de Oporto.

—Sí —continuó—. Todos fallecieron. Es sorprendente, ¿verdad?

Lucas se le quedó mirando. ¡Una sospecha monstruosa, increíble, se iba agrandando en su mente! Veía bajo un nuevo aspecto al hombrecillo rechoncho sentado a la cabecera de la mesa, que tan bonachonamente sonreía.

A su cerebro acudieron recuerdos sin ilación. El comandante Horton diciendo: «Lord Whitfield estuvo muy amable, nos mandaba uvas y melocotones de su invernadero». Fue él quien insistió para que dejasen limpiar las ventanas de la biblioteca a Tomás Pierce. Y fue lord Whitfield quien visitó el Instituto Wellerman Wreitz con sus gérmenes y sueros poco tiempo antes de la muerte del doctor Humbleby. Todo señalaba la misma dirección, y él, ¡qué tonto había sido!, sin sospechar nada…

Lord Whitfield repetía, sonriente y feliz:

—Todos murieron…

CAPÍTULO XVIII

CONFERENCIA DE LONDRES

El señor William Ossington, conocido entre sus camaradas de juventud por Billy Bones, contemplaba con incredulidad a su amigo.

—¿Es que no tuviste bastantes crímenes en Mayang? ¿Has tenido que volver a casa y meterte en nuestro trabajo?

—En Mayang no se cometen crímenes al por mayor —repuso Lucas—. Ahora ando persiguiendo el autor de una docena de muertes, por lo menos, y ¡que no ha levantado la menor sospecha!

—Eso suele suceder —suspiró William—. ¿Cuál es su especialidad… esposas?

—No. No se trata de eso. Aún no se cree un dios… pero no tardará.

—¿Está loco?

—¡Oh, sin duda alguna!

—¡Ah! Pero es probable que no esté loco legalmente. Y ya sabes que eso es muy distinto.

—Yo diría que conoce la naturaleza y consecuencias de sus actos —dijo Lucas.

—Exacto —convino Billy Bones.

—Bueno, no vamos a discutir por cuestión de tecnicismos legales. Todavía no estamos ante el jurado, y puede que no lleguemos al juicio. Lo que yo espero de ti son unos cuantos datos. El día del Derby tuvo lugar un accidente callejero, a eso de las cinco o seis de la tarde. Una señora de edad fue arrollada en Whitehall por un automóvil que se dio a la fuga. Su nombre era Lavinia Pinkerton, y quiero que averigües todo lo que se sepa sobre este atropello.

—En seguida podré complacerte. Bastarán unos veinte minutos.

Y fue fiel a su palabra. En menos tiempo del anunciado Lucas hablaba con el oficial de policía encargado del caso.

—Sí, señor. Recuerdo todos los detalles, la mayoría están anotados aquí —y le señalaba la hoja que Lucas tenía en sus manos —. Se hicieron pesquisas judiciales dirigidas por el señor Satcherverell. La culpa fue del conductor del automóvil.

—¿Consiguieron detenerle?

—No, señor.

—¿Cuál era la marca del coche?

—Pues parece que era un «Rolls»… un coche grande conducido por un chófer. Todos los testigos coincidieron. La mayor parte de gente sabe distinguir un «Rolls» a simple vista.

—¿Recordaban el número de la matrícula?

—Desgraciadamente, no. A nadie se le ocurrió mirarlo. Anotamos el número FZX 4498… pero estaba equivocado. Una mujer se lo dijo a otra que me lo dio a mí; no sé de dónde lo habría sacado, pero de todas formas no sirvió de nada.

—¿Cómo sabe que no era éste? —preguntó seguidamente Lucas.

El oficial se sonrió.

—FZX 4498 es la matrícula del automóvil de lord Whitfield. Ese coche estaba parado ante la Casa Boomington en el momento del accidente, y el chófer estaba tomando el té. Una coartada perfecta… y el coche no abandonó aquel lugar hasta las seis y media que salió Su Señoría.

—Ya —repuso Lucas.

—Siempre pasa lo mismo —suspiró el oficial—. Cuando llega el agente han desaparecido la mitad de los testigos.

—Supusimos que sería un número parecido al FZX 4498… que probablemente comenzaría con dos cuatros. Hicimos lo que pudimos, pero ni rastro del automóvil. Investigamos todas las matrículas parecidas, pero todos pudieron dar explicaciones satisfactorias.

El señor William miró a Lucas para ver si quería hacer más preguntas. Éste negó con la cabeza y sir William dijo:

—Gracias, es suficiente.

Una vez se hubo marchado, Billy Bones preguntó a su amigo:

—¿Qué piensas de todo esto, Fitz?

—Todo son trabas —Lucas suspiró—. Lavinia Pinkerton venía a contar al personal inteligente de Scotland Yard lo que sabía sobre el malvado asesino. No sé si la habríais escuchado… probablemente, no…

—Sí… —repuso William—. Muchas veces las noticias nos llegan por ese conducto. Muchas son sólo habladurías, pero no dejamos de averiguar, te lo aseguro.

—Eso es lo que pensó el asesino. Y no quiso arriesgarse. Eliminó a Lavinia Pinkerton y aunque una mujer fue lo bastante lista cómo para ver su matrícula, nadie quiso creerla.

—No querrás decir… —dijo Billy Bones irguiéndose en su sillón.

—Sí. Te apuesto lo que quieras a que fue lord Whitfield quien la atropelló. No sé cómo se las arreglaría. El chófer estaba merendando. Supongo que de un modo u otro cogería el coche, y una vez en él, se puso el abrigo y la gorra de uniforme. ¡*Pero lo hizo*, Billy!

—¡Imposible!

—No tanto. Lord Whitfield ha cometido siete asesinatos por lo menos, que yo sepa, y acaso alguno más.

—¡Imposible! —volvió a decir William.

—Mi querido amigo, ¡si casi se vanaglorió de ello la otra noche!

—Entonces, ¿está loco?

—Desde luego, pero es un diablo astuto. Tendrás que ir con cuidado. No le descubras que sospechamos de él.

—Increíble… —murmuró Billy Bones.

—¡Pero verdad! —dijo Lucas, poniendo su mano sobre el hombro de su amigo—. Mira, Billy, tenemos que resolver esto. Aquí están los hechos.

Los dos hombres conferenciaron largo y tendido.

Al día siguiente, Lucas regresó a Wychwood a primera hora de la mañana. Podría haber llegado el mismo día por la noche, pero sentía una marcada repugnancia a dormir bajo el techo de lord Whitfield, y a aceptar su hospitalidad en aquellas circunstancias.

Al entrar en Wychwood, su primera visita fue para la señorita Waynflete, a cuya casa dirigió su automóvil. La doncella le miró con asombro, pero le introdujo en el reducido comedor, donde la dueña

de la casa estaba desayunándose.

Al verle, se levantó para saludarle, un tanto sorprendida.

—Debo pedirle perdón por molestarla a estas horas —dijo Lucas sin perder tiempo en indecisiones.

Miró a su alrededor. La muchacha había salido cerrando la puerta tras de sí.

—Voy a hacerle una pregunta, señorita Waynflete. Es bastante personal, pero espero que me perdonará.

—Pregúnteme lo que desee. Estoy segura que sus motivos son bien intencionados.

—Gracias —hizo una pausa—. Quisiera saber, exactamente, por qué rompió su compromiso con lord Whitfield.

Ella no esperaba esta pregunta. El color acudió a sus mejillas, mientras llevaba su mano al pecho.

—¿Le ha dicho algo él?

—Me habló de un pájaro… un canario —replicó Lucas.

—¿Eso le dijo? —estaba sorprendida—. ¿Lo ha *confesado*? ¡Es extraordinario!

—¿Quiere hacer el favor de explicarse?

—Sí; pero le suplico que nunca hable de esto con… Gordon. Pertenece a lo pasado… y no quiero removerlo.

Lucas asintió.

—Gracias —había recobrado su compostura, y su voz fue firme al proseguir—. Fue así. Yo tenía un canario… le quería mucho… y como a todas las niñas de entonces, me volvían loca los animalitos… Comprendo que eso debía ser muy desagradable para un hombre.

—Sí —dijo Lucas.

—Gordon estaba celoso del pájaro. Un día, me dijo muy enfadado: «Me parece que le quieres más que a mí». Y yo, con la tontería propia de las muchachas de entonces, me eché a reír y poniéndolo sobre mi dedo, le dije algo así: «¡Claro que sí!». Entonces, ¡oh, fue horrible…! Gordon me quitó el canario, y le *retorció el pescuezo*. Fue tan desagradable… ¡No lo olvidaré nunca!

Su rostro se había puesto muy pálido.

—¿Y por eso rompió su compromiso? —quiso saber Lucas.

—Sí. Ya no sentía como antes. ¿Sabe, señor Fitzwilliam…? —

vacilaba—, no era sólo por la acción… pudo haberlo hecho en un arrebato de celos y furor… sino porque tuve la terrible sensación de que *había disfrutado haciéndolo*… eso fue lo que me atemorizó.

—Incluso ahora que hace tanto tiempo… —murmuró Lucas.

Ella puso la mano en su brazo.

—Señor Fitzwilliam…

Lucas afrontó su atemorizada mirada.

—¡Es lord Whitfield el autor de todos esos crímenes! —le dijo—. Usted lo sabía con toda seguridad, ¿verdad?

Ella meneó la cabeza con energía.

—¡No lo *sabía*! De haberlo sabido… lo hubiese dicho. No, sólo tenía ese *temor*.

—¿Y no me hizo la menor insinuación?

—¿Y cómo podía hacerlo? —dijo retorciéndose las manos con desesperación—. Una vez le quise…

—Sí —dijo Lucas—. Comprendo.

La señorita Waynflete volvióse de espaldas para secar sus ojos con un pañuelito de encaje.

—Me alegro tanto —dijo otra vez, dueña de sí— de que Brígida haya roto su compromiso. Va a casarse con usted, ¿verdad?

—Sí.

—Será mucho mejor.

Lucas no pudo reprimir una sonrisa. Mas el rostro de la señorita Waynflete permanecía grave y preocupado. Se inclinó hacia delante y volvió a apoyar su mano en su brazo.

—Debe andar con cuidado —dijo—. Los dos deben tener mucho cuidado.

—¿Se refiere… a lord Whitfield?

—Sí. Será mejor que no le digan nada.

Lucas frunció el ceño.

—No creo que seamos de su opinión.

—¡Oh! ¿Y eso qué importa? Parece como si no se diese cuenta de que está *loco*… *loco*. No lo soportará, ni por un momento. ¿Y si le sucediera algo a Brígida…?

—¡No va a pasarle nada!

—Sí. Lo sé…, pero piense que usted no representa nada para él… ¡Es tan ladino! Llévesela en seguida… es la única esperanza.

¡Llévesela al extranjero! ¡O, mejor, váyanse los dos!

—Sería lo mismo que ella se marchase —repuso Lucas pensativo —. Yo me quedaré.

—Me temía que dijera eso. Pero de todos modos, *que se marche ella. ¡Inmediatamente, inmediatamente!*

—Creo —le dijo Lucas— que tiene usted razón.

—¡Ya lo sé! Que se marche… *antes de que sea demasiado tarde*.

CAPÍTULO XIX

SE DESHACE UN COMPROMISO

Brígida, al oír aproximarse el coche de Lucas, salió a recibirle.

—Se lo he dicho —le indicó sin preámbulos así que estuvo a su lado.

—¿Qué? —Lucas estaba tan contrariado que ella lo notó.

—Lucas, ¿qué te pasa? Pareces muy disgustado.

—Creí que habíamos quedado en aguardar mi regreso.

—Lo sé; pero creo que es mejor acabar cuanto antes. ¡No hacía más que planes para nuestra boda… nuestra luna de miel! ¡No tuve más remedio que decírselo! —y añadió en son de reproche—: Era lo más decente.

—Sí, desde tu punto de vista. ¡Oh, sí, lo comprendo!

—¡Me parece que desde cualquier punto de vista!

—Algunas veces uno no puede permitirse el ser decente.

—Lucas, ¿qué es lo que quieres decir?

—No puedo explicártelo ahora y en este sitio —repuso haciendo un gesto de impaciencia—. ¿Cómo lo ha tomado lord Whitfield?

—Extraordinariamente bien —repuso Brígida, muy despacio—. Me siento muy avergonzada. Me parece que le juzgué demasiado mal… porque es fatuo y superficial. Ahora creo que es… bueno… un gran hombrecillo.

—Sí, es posible que lo sea… en algunos aspectos —asintió Lucas —. Escúchame, Brígida debes marcharte de aquí lo más pronto posible.

—Naturalmente. Recogeré mis cosas y me iré hoy mismo. Puedes llevarme hasta el pueblo. No podemos hospedarnos los dos en la posada de «Cascabeles y Arlequín»… aunque se hayan

marchado los amigos de Ellworthy.

—No, es mejor que vayas a Londres. Entretanto yo veré a Whitfield.

—Supongo que es lo que debe hacerse… ¿No te parece una canallada? Me siento como una vulgar cazadora de dotes.

—Has obrado rectamente. De todas formas, no sirve de nada lamentarse sobre lo que no tiene remedio. Voy a verle ahora mismo.

Encontró a lord Whitfield paseando de un lado a otro del comedor. Aparentemente no estaba nervioso, y aun pudo ver una sonrisa en sus labios, mas Lucas notó que tenía el pulso alterado.

—¡Oh!, es usted, Fitzwilliam —exclamó al entrar Lucas.

—No voy a decir que siento lo que ha ocurrido…, ¡sería un hipócrita! Admito que desde su punto de vista no me he portado bien y tengo poco que alegar en mi defensa. Son cosas que suceden.

—¡Claro, claro!

Lord Whitfield prosiguió su paseo.

—Nuestro comportamiento ha sido vergonzoso. ¡Pero ya está hecho! Nos queremos… y no podemos hacer otra cosa que decírselo y aclarar esta situación.

Lord Whitfield se detuvo, mirándole con sus ojos saltones.

—No —le dijo—. ¡No puede hacerse absolutamente nada!

Su voz tenía un extraño matiz, y quedóse mirando a Lucas.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó éste.

—Que ustedes no pueden hacer nada —repuso lord Whitfield—. ¡Es demasiado tarde!

—Explíqueme lo que insinúa —dijo Lucas, aproximándose.

—Pregúntele a Honoria Waynflete. *Ella* le enterará. Sabe lo que pasa, y me habló de ello en una ocasión.

—¿Qué es lo que he de comprender?

—*El mal nunca queda sin castigo*. ¡Hay que hacer justicia! Lo siento porque aprecio a Brígida, y, en cierto modo, ¡lo siento por los dos!

—¿Es que nos amenaza? —preguntó Lucas con gran interés.

—No, no, querido amigo —lord Whitfield parecía ingenuamente sorprendido—. ¡Yo no tengo nada que ver! Cuando le hice el honor de escogerla por esposa, Brígida aceptó ciertas responsabilidades. Ahora las rechaza…, *pero tendrá su castigo en esta vida*. Quien

quebranta la ley sufre el castigo…

—¿Insinúa que puede pasarle algo? —dijo Lucas, juntando las manos—. Ahora escúcheme bien, Whitfield; *no va a sucederle nada a Brígida*… ni a mí. Si intenta algo será su final. ¡Será mejor que ande con cuidado! ¡Sé muchas cosas de usted!

—Yo no tengo nada que ver —repuso lord Whitfield—. Sólo soy un mero instrumento del Alto Poder. ¡Y lo que ese Poder decreta, eso sucede!

—Veo que es eso lo que cree —dijo Lucas.

—¡Porque es la verdad! Todo el que va contra mí, sufre las consecuencias. Y usted y Brígida no van a ser excepciones.

—Ahí es donde se equivoca. Por larga que sea una racha de suerte, al final termina. Y la suya está terminando ahora.

—Mi querido amigo, no sabe lo que habla. ¡Nadie puede tocarme!

—¿No? Veremos. Será mejor que mida sus pasos, Whitfield.

Un estremecimiento sacudió al lord. Su voz cambió al decir:

—He tenido mucha paciencia, pero no abuse de ella. Salga de aquí.

—Ya me voy —dijo Lucas—. Lo más de prisa que pueda. Recuerde que le he advertido.

Y dando media vuelta salió apresuradamente de la estancia. Subió al piso de arriba y encontró a Brígida en su habitación, haciendo apresuradamente la maleta, con la ayuda de la doncella.

—¿Estarás pronto lista?

—En diez minutos.

Sus ojos le hicieron una pregunta que la presencia de la muchacha impedía formular con tranquilidad. Lucas asintió con la cabeza, y marchó a su habitación a meter a toda prisa sus cosas en la maleta. Volvió al cabo de unos diez minutos y encontró a Brígida ya dispuesta.

—¿Nos vamos?

—Estoy lista.

Al bajar la escalera encontraron al mayordomo.

—La señorita Waynflete desea verla, señorita Brígida.

—¿La señorita Waynflete? ¿Dónde está?

—En la sala, con Su Señoría.

Brígida se encaminó hacia allí directamente y Lucas la siguió.

Lord Whitfield se hallaba en pie, junto a la ventana, hablando con la señorita Waynflete… En su mano tenía un cuchillo de larga y afilada hoja.

—Es un trabajo de artesanía perfecto —decía—. Uno de mis empleados me lo trajo de Marruecos, cuando estaba allí de corresponsal. Es moro, naturalmente, un cuchillo del Rif —pasó su dedo por el filo. ¡Con qué placer lo acariciaba!

—¡Guárdalo, Gordon, por el amor de Dios! —dijo la señorita Waynflete.

Sonrió, antes de depositarlo sobre la mesa, entre otras piezas de su colección, por allí esparcidas.

La señorita Waynflete había perdido parte de su aplomo acostumbrado. Estaba angustiada, sumamente pálida y nerviosa.

—¡Ah, estás aquí, querida Brígida! —exclamó.

—Sí, aquí está Brígida —dijo lord Whitfield echándose a reír—. Mírala bien, Honoria, porque nos deja.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué? Quiero decir que se marcha a Londres. ¿No es cierto?

Y los miró a todos.

—Tengo unas cuantas noticias que darte, Honoria —prosiguió—. Brígida no va a casarse conmigo. ¡Prefiere al señor Fitzwilliam, aquí presente! La vida tiene cosas extrañas. Buenos, os dejaremos para que charléis.

Y salió de la habitación con las manos en los bolsillos y jugueteando con las monedas que en ellos llevaba.

—¡Dios mío! —dijo la señorita Waynflete—, ¡Dios mío…!

La contrariedad que denotaba su voz era tan ostensible que Brígida la miró sorprendida, y le dijo:

—Lo siento. La verdad es que lo siento muchísimo.

—Está furioso… terriblemente furioso… Dios mío… es terrible. ¿Qué vamos a hacer? —repuso la señorita Waynflete.

—¿Hacer? ¿Qué quiere decir? —preguntó la muchacha.

—¡No debieran habérselo dicho! —dijo mirándolos con reproche.

—¡Qué tontería! ¿Qué otra cosa podíamos hacer? —quiso saber Brígida.

—No debieran habérselo dicho ahora, sino haber esperado a estar lejos.

—Eso es una opinión —habló Brígida—. Yo creo que las cosas desagradables, cuanto antes se hagan, muchísimo mejor.

—¡Oh, querida, si sólo se tratase de eso!

Se detuvo y sus ojos interrogaron a Lucas con ansiedad. Lucas meneó la cabeza, y sus labios pronunciaron las palabras:

—Todavía no.

—Ya —repuso la señorita Waynflete.

—¿Quería usted verme para algo en particular, señorita Waynflete? —preguntó Brígida, impaciente.

—Pues… sí. A decir verdad, vine para decirle que podía pasar unos días en mi casa. Pensé… que no le resultaría agradable permanecer aquí, y que pudiera necesitar algún tiempo para, bueno… madurar sus planes.

—Gracias, señorita Waynflete; es usted francamente amable.

—Así estará completamente a salvo y…

Brígida la interrumpió:

—¿*A salvo*?

La señorita Waynflete, un poco sonrojada, se apresuró a añadir:

—Cómoda… eso es lo que quise decir… que a mi lado se encontrará a gusto. No tan *espléndidamente* como aquí, claro… pero el agua caliente… está caliente, y mi doncella, Emilia, guisa muy bien.

—Oh, estoy segura de que todo será perfecto, señorita Waynflete —repuso Brígida mecánicamente.

—Claro que si quiere marcharse a la ciudad, será mucho mejor…

—Es un poco precipitado… —repuso Brígida despacio—. Mi tía salió muy temprano para asistir a una exposición de flores, y todavía no he tenido oportunidad de decirle lo que ocurre. Le dejaré una nota diciéndole que me he marchado al piso.

—¿Va usted a ir a Londres, al piso de su tía…?

—Sí. No hay nadie allí, pero puedo salir yo misma a comprarme la comida.

—¿Y estará sola? Oh, querida, yo no lo haría. No se quede allí *sola*.

—No van a comerme —dijo la muchacha, impaciente—. Además, mi tía puede ir mañana.

La señorita Waynflete, angustiada, meneó la cabeza.

—Es mejor que vayas a un hotel —le dijo Lucas.

—¿Por qué? —Brígida volvióse en redondo—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me tratan como si fuera una chiquilla?

—No, no, querida —protestó la señorita Waynflete—. Sólo queremos tomar precauciones, eso es todo.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué es lo que pasa?

—Escúchame, Brígida —dijo Lucas—. Quiero hablar contigo, pero aquí no puedo hacerlo. Ven conmigo, e iremos a algún lugar tranquilo en mi coche.

Se dirigió a la señorita Waynflete:

—¿Podemos ir a su casa dentro de una hora? Deseo hablarle de varias cosas.

—Sí, desde luego. Los esperaré allí.

Lucas tomó del brazo a su novia y dio las gracias a la señorita Waynflete.

—Volveremos más tarde por el equipaje. Vámonos.

La condujo por el vestíbulo hasta la puerta principal. Abrió la portezuela de su coche, para que Brígida subiera. Puso el motor en marcha, y dio un suspiro de alivio al cruzar las verjas de hierro.

—¡Gracias a Dios que estás a salvo! —le dijo.

—¿Te has vuelto loco, Lucas? ¿A qué viene todo ese secreto… y «no puedo explicártelo ahora»?

—Pues, ¿sabes?, es difícil decir que un hombre es un asesino cuando estás bajo su techo.

CAPÍTULO XX

JUNTOS

Brígida permanecía inmóvil a su lado.

—¿*Gordon*?

Lucas asintió con la cabeza.

—¿Gordon? ¿*Gordon… un asesino*? ¿Gordon el *culpable*? ¡En mi vida oí una cosa más absurda!

—¿Tanto te sorprende?

—Sí, desde luego. Porque Gordon es incapaz de matar una mosca.

—Puede ser. Yo no lo sé. Pero lo cierto es que mató un canario, y estoy casi seguro, también, de que ha asesinado a un gran número de seres humanos.

—Querido Lucas. ¡No puedo creerlo!

—Ya sé —dijo Lucas— que parece increíble. No le había imaginado como posible sospechoso hasta anteayer por la noche.

—¡Pero yo le conozco muy bien! —protestó la muchacha—. Sé su modo *de ser*. Es un hombrecillo insignificante… fatuo, eso sí, pero también bastante sentimental.

—Tendrás que cambiar tu opinión con respecto a él, Brígida.

—¿Para qué, Lucas, si no puedo creerlo? ¿Qué es lo que ha metido en tu cabeza una idea tan absurda, y por qué hace sólo un par de días estabas tan seguro de la culpabilidad de Ellworthy?

—Lo sé, lo sé. Probablemente pensarás que mañana sospecharé de Thomas, y pasado de Horton. No estoy tan loco. Admito que la idea sorprende al principio, pero poco a poco, te darás cuenta de que todo encaja a la perfección. No es extraño que la señorita Pinkerton no quisiera hablar con las autoridades locales.

¡Comprendió que se reirían de ella! Scotland Yard fue su única esperanza.

—¿Pero qué motivos puede tener Gordon para cometer tantos asesinatos? ¡Oh, qué *tontería*!

—Lo sé; ¿pero no comprendes que Gordon tiene una elevada opinión de sí mismo?

—Pretende ser extraordinario y muy importante, pero es sólo su complejo de inferioridad —dijo Brígida—. ¡Pobrecillo!

—Posiblemente, ahí está la raíz de la cuestión. No lo sé, pero piensa, Brígida… *piensa* sólo un minuto. Recuerda todas las frases que has empleado al referirte a él… *lése majesté*. ¿No te das cuenta de que su egoísmo es desproporcionado? Querida, ¡ese hombre está más loco que un cencerro!

Brígida meditó unos instantes.

—Todavía no puedo creerlo. ¿Qué pruebas tienes, Lucas?

—Pues, sus propias palabras. La otra noche me dijo, sencilla y llanamente, que todo el que iba contra él *moría*.

—Continúa.

—No sé explicarme…, pero fue su modo de decirlo. Tranquilo y complacido…, ¿cómo te diría yo…?, ¡como *acostumbrado* a la idea! Se sonreía… ¡de un modo extraño y horrible, Brígida!

»Luego, me dio una lista de la gente desaparecida por incurrir en su real desagrado. Y, escucha esto, Brígida, las personas mencionadas fueron: la señora Horton, Ana Gibbs, Tomás Pierce, Enrique Carter, Humbleby, y el chófer Rivers.

Por fin, Brígida parecía impresionada y se puso pálida.

—¿Te nombró a esas personas?

—¡Precisamente ésas! ¿Lo crees ahora?

—¡Oh, Dios mío… qué remedio…! ¿Cuáles fueron sus razones?

—Trivialidades… eso es lo más impresionante. La señora Horton le había desairado, Tomás Pierce le remedó ante el regocijo de los jardineros, Harry Carter le insultó, Ana Gibbs se puso impertinente, Humbleby había osado oponerse a su parecer públicamente, y Rivers le amenazó en mi presencia y ante la señorita Waynflete.

Brígida tapóse los ojos con la mano.

—Es horrible… horrible… —murmuró.

—Lo sé. Y luego existen otras pruebas. El coche que arrolló a la

señorita Pinkerton, en Londres, era un «Rolls», *y su matrícula la del automóvil de lord Whitfield*.

—Eso encaja —dijo Brígida muy despacio.

—Sí. La policía pensó que la mujer que les dio este número pudo haberse equivocado, al comprobar que el número correspondía a Su Señoría.

—Ya entiendo —dijo ella—. Cuando un hombre es rico y poderoso como lord Whitfield, es natural que nadie crea una historia así.

—Sí. Se comprende las dificultades con que tropezara la señorita Pinkerton.

—En un par de ocasiones me dijo cosas bastante raras. Como si quisiera prevenirme contra algo… No entendí a qué se refería… Ahora comprendo lo que quería explicar.

—Todo encaja —dijo Lucas—. Al principio uno se dice (como tú) «imposible», y una vez acepta la idea, todo se comprende con claridad. Las uvas que envió a la señora Horton… y que ella pensó que las enfermeras querían envenenarla. Y su visita al Instituto Wellerman Wreitz… de una u otra forma se apoderaría de algunos gérmenes con que infectar a Humbleby.

—No veo cómo pudo hacerlo.

—Ni yo tampoco, pero ése *es el punto de referencia*. Es innegable.

—Sí… *encaja*, como tú dices. Y, claro, él podía hacer muchas cosas que para otras personas son imposibles. Quiero decir que él quedaba siempre libre de sospechas.

—Creo que la señorita Waynflete sospechaba de él. Mencionó esa visita al Instituto, como de paso, pero me parece que esperaba que yo la tomase en consideración.

—Entonces, ¿lo sabía?

—Tiene sus sospechas, pero le impedía hablar el hecho de haber estado enamorada de él.

—Sí, eso explica muchas cosas. Gordon me contó que habían sido novios.

—Ella no quería creer que fuese él. Pero cada vez estaba más segura. Trató de darme algunas pistas, pero no se atrevió a ir directamente contra él. ¡Las mujeres sois muy extrañas! En cierto modo, creo que aún le quiere…

—¿Después que fue él quien la dejó?

—*Ella le dejó a él*. Fue una historia desagradable. Te la contaré.

Y le repitió el episodio. Brígida le miró sorprendida.

—¿Gordon hizo eso?

—Sí. Ya ves. Incluso en aquellos tiempos no era normal.

Brígida se estremeció, murmurando:

—Y todos estos años… estos años…

—¡Puede que haya hecho desaparecer a mucha más gente de la que suponemos! ¡Ha sido esta sucesión de las últimas muertes lo que ha llamado la atención!

Brígida asentía silenciosa y al cabo preguntó:

—¿Qué es lo que te dijo exactamente la señorita Pinkerton… aquel día en el tren? ¿Cómo comenzó?

Lucas trató de recordar.

—Me dijo que se dirigía a Scotland Yard. Nombró al alguacil del pueblo, dijo que era una persona muy agradable, pero que no era capaz de descubrir a un asesino.

—¿Fue ésa la primera vez que pronunció esa palabra?

—Sí.

—Continúa.

—Luego, dijo: *Veo que está sorprendido. Yo también lo estaba al principio. No podía creerlo. Pensé que eran imaginaciones mías*.

—¿Y luego?

—Le pregunté si estaba segura de que no eran imaginaciones, y repuso tranquilamente: *¡Oh, no! Pudieran haberlo sido la primera vez, pero no la segunda ni la tercera ni la cuarta. Entonces uno se convence*.

—Maravilloso —comentó Brígida—. Sigue.

—Así que, claro, yo lo tomé a broma… y le dije que hacía muy bien. ¡Fui más incrédulo que Santo Tomás!

—Sí. ¡Es muy fácil dárselas de suficiente! Yo hice lo mismo con la pobre señora. ¿Cómo siguió la conversación?

—Déjame que recuerde… ¡Oh! Me habló del caso Abercrombie, ¿sabes?, el envenenador galés. Dijo que ella no había creído que tuviera una mirada especial… para sus víctimas, pero que ahora sí, porque lo había visto.

—¿Qué palabra utilizó exactamente?

—Dijo con su agradable y femenina voz —Lucas frunció el ceño

—: *Claro que al leerlo no quise darle crédito… pero es cierto*. Y yo le dije: ¿Qué es lo cierto? Y repuso: La mirada de ciertas personas. ¡Y la verdad es que su tono me convenció! Tan sosegado y la expresión de sus ojos… como quien ha visto algo demasiado horrible para ser contado.

—Sigue, Lucas. Cuéntamelo todo.

—Y luego fue nombrando las víctimas… Ana Gibbs, Carter, Tomás Pierce, y dijo que Tomás era un niño terrible, y Carter un borracho, agregando: *Pero ayer… fue el doctor Humbleby… y es tan buena persona…* Y dijo que si me lo decía no querría creerla.

—Ya —dijo Brígida suspirando—. Ya.

—¿Qué te pasa, Brígida? ¿En qué piensas?

—En algo que dijo una vez la señora Humbleby. Y quisiera saber… no, no importa; continúa. ¿Qué es lo que te dijo al final?

Lucas pudo repetirle las palabras porque le habían causado ya entonces gran impresión.

—Le dije que era muy difícil cometer tantos crímenes sin levantar sospechas, y me contestó: *No, no, muchacho; se equivoca. Es muy fácil asesinar. ¿Sabe? Y el culpable es siempre la última persona de quien sospecharía…*

Se hizo un silencio y Brígida exclamó estremecida:

—¡Es muy fácil asesinar! Terriblemente fácil… Desgraciadamente, es cierto. No me extraña que estas palabras se grabaran en tu mente, Lucas. ¡No las olvidaré en toda mi vida! Para un hombre como lord Whitfield… ¡oh! Claro que es sencillo.

—Pero no es tan fácil poder detenerle —dijo Lucas.

—¿Tú lo crees así? Tengo una idea.

—Brígida, te lo prohíbo…

—No puedes. No voy a quedarme a la expectativa. Yo estoy metida en esto, Lucas. Puede que sea peligroso… sí, lo confieso…, pero tengo que representar mi papel.

—Brígida…

—¡Estoy metida en esto, Lucas! Aceptaré la invitación de la señorita Waynflete y me quedaré aquí.

—Querida, te lo suplico…

—Es peligroso para los dos. Lo sé. Pero lucharemos juntos, Lucas.

CAPÍTULO XXI

¿POR QUÉ VAS POR EL CAMPO CON LOS GUANTES PUESTOS?

La tranquilidad que se respiraba en el interior de la casa de la señorita Waynflete alivió la tensión de los momentos pasados en el coche, mientras Lucas le refería lo que sabía.

La señorita Waynflete recibió a Brígida con ciertas vacilaciones, deseosa sin embargo de reiterarle su hospitalidad, demostrando que sus dudas eran debido a otras causas y no a que no quisiera tenerla en su casa.

—Puesto que es usted tan amable, creo que será lo mejor, señorita Waynflete —dijo Lucas—. Yo me hospedo en la posada «Cascabeles y Arlequín», y prefiero tener a Brígida cerca, que no en la ciudad. Después de todo, recuerdo lo que allí pasó.

—¿Se refiere… a Lavinia Pinkerton? —preguntó la señorita Waynflete.

—Sí. ¿No dijo usted misma que cualquiera puede obrar impunemente en una ciudad?

—Quise decir que la seguridad de cada cual depende principalmente de que nadie desee su muerte.

—Exacto. Dependemos de lo que se ha dado en llamar de la buena voluntad de los civilizados.

—¿Cuánto tiempo hace que… sabe que Gordon es el asesino, señorita Waynflete? —preguntó consternada Brígida.

—Ésa es una pregunta difícil de contestar, querida —repuso tras un suspiro—. Creo que interiormente estoy segura desde hace tiempo… ¡Pero he hecho todo lo posible por no reconocerlo! No quise darle crédito, diciéndome que era una idea mía perversa y

malvada.

—¿Y no ha temido nunca… por usted? —dijo de pronto Lucas.

—¿Insinúa que si Gordon hubiese sospechado que lo sabía hubiese encontrado el medio de librarse de *mí*?

—Sí.

—Claro que he considerado esa posibilidad… y procuré tener cuidado. Pero no creo que Gordon me creyese una verdadera amenaza.

—¿Por qué?

—Gordon no me cree capaz de hacer nada… que pudiera perjudicarle —repuso ella enrojeciendo.

—¿Llegó usted a amenazarle?

—Sí. Es decir, le dije que era muy extraño que todo el que se disgustara con él muriese al poco tiempo de accidente.

—¿Y qué dijo él? —preguntó Brígida.

—No reaccionó como yo esperaba —dijo la señorita Waynflete con expresión preocupada—. Pareció… ¡eso es lo más extraordinario!, pareció *complacido*, y me contestó: «¿Así que lo has observado?», válgame la expresión, pavoneándose.

—Está loco, desde luego —dijo Lucas.

—Sí, no cabe otra explicación —convino la señorita Waynflete —. No es responsable de sus actos —puso su mano sobre el brazo de Lucas—. ¿No *le colgarán*, verdad, señor Fitzwilliam?

—No, no; supongo que le enviarán a un sanatorio.

La señorita Waynflete suspiró, apoyándose en el respaldo de su butaca.

—Cuánto me alegro.

—Pero aún falta mucho para llegar a eso. He dado parte a la superioridad y están dispuestos a tomar en serio el asunto. Pero hemos de reconocer que tenemos poquísimas pruebas en qué basarnos.

—Pues las tendremos —repuso Brígida.

La señorita Waynflete la miró con una expresión que Lucas recordó haber visto no hacía mucho en alguna parte. Trató de recordar, pero fue en vano.

—Está muy optimista —repuso la señorita Waynflete pensativa —. Puede ser que tenga razón.

—Volveré a Los Fresnos en el coche para recoger tus cosas —dijo Lucas a su novia.

—Iré contigo.

—Será mejor que no vuelvas.

—Sí, pero prefiero ir.

Lucas repuso, irritado:

—¡No me trates como si fuera un niño, Brígida! No quiero que me protejas.

—Creo, Brígida, que no pasará nada… yendo en automóvil y en pleno día —dijo la señorita Waynflete.

—Soy una tonta. Este asunto me saca de quicio.

—La otra noche, la señorita Waynflete me acompañó hasta la casa para protegerme —dijo el policía—. ¡Vamos confiéselo! ¿No es cierto?

Ella sonrió, asintiendo.

—¡Es que estaba tan ajeno a cualquier sospecha, señor Fitzwilliam! Y si Gordon Whitfield había caído en la cuenta de que estaba aquí para investigar las últimas muertes, y no por otras causas… pues su posición no era muy segura, y éste es un país muy solitario… donde puede pasar cualquier cosa.

—Bueno, pues ahora ya estoy alerta —refunfuñó Lucas—. No me cogerán desprevenido, se lo aseguro.

—Recuerde que es muy astuto y mucho más listo de lo que nunca podría imaginar —repuso la señorita Waynflete con voz angustiada—. Tiene una inteligencia privilegiada.

—Estoy sobre aviso.

—Los hombres tienen más valor —dijo la solterona—, pero se dejan *engañar* con mayor facilidad que las mujeres.

—Es verdad —repuso Brígida.

—En serio, señorita Waynflete, ¿cree usted realmente que corro peligro? ¿Cree, hablando en argot peliculero, que lord Whitfield está dispuesto a *cargárseme*?

—Me parece —repuso ella vacilando— que quien corre el principal peligro es Brígida. ¡Es su desprecio lo que le ha herido! Y creo que una vez se haya librado de Brígida volverá su atención hacia usted, pero sin lugar a dudas, antes probará con ella.

—Ojalá te hubieses ido… al extranjero, Brígida —gruñó Lucas.

—Pues no me marcho —repuso la muchacha con los labios apretados.

—Es muy valiente, Brígida. La admiro —dijo la señorita Waynflete.

—Usted haría lo mismo en mi lugar.

—Es posible.

Y Brígida dijo en otro tono de voz:

—Lucas y yo lucharemos juntos.

Le acompañó hasta la puerta, donde él le dijo:

—Te telefonearé de la hospedería cuando salga de la guarida del león.

—Sí, hazlo.

—Querida, no te preocupes. Hasta los asesinos más sagaces necesitan tiempo para madurar sus planes. Creo que estamos a salvo, por lo menos durante uno o dos días. Hoy llegará de Londres el inspector Battle, y desde ese momento Whitfield estará constantemente bajo su vigilancia.

—En resumen, todo va perfectamente; se acerca el fin del melodrama.

—Brígida, cariño; prométeme que no cometerás ninguna *imprudencia*.

—Lo mismo te digo, querido Lucas.

Puso las manos en los hombros y subiendo a su automóvil lo puso en marcha. Brígida regresó a la salita, donde la señorita Waynflete hacía preparativos para albergar a su huésped.

—Querida, su habitación todavía no está *del todo* arreglada. Emilia ha ido a prepararla. ¿Sabe usted lo que voy a hacer ahora? ¡Hacerle tomar una buena taza de té! Es lo que necesita después de todos estos incidentes.

—Es usted muy amable, señorita Waynflete, pero no quiero nada.

Lo que Brígida necesitaba era un combinado bien fuerte, con buena ginebra, pero no lo juzgó adecuado. No le gustaba el té en absoluto, generalmente se le indigestaba. Sin embargo, la señorita Waynflete había decidido que el té era lo mejor para su invitada. Salió de la estancia, regresando unos cinco minutos más tarde portando una bandeja con dos tazas de humeante brebaje.

—Auténtico Lapsang Souchongí —anunció la señorita Waynflete con orgullo.

Brígida, que aborrecía aún más si cabe el té chino que el indio, ensayó una desmayada sonrisa. En aquel momento, Emilia, una doncella insignificante, apareció en el umbral de la puerta.

—Si me hace el favor de darme las fundas para las almohadas.

La señorita Waynflete se apresuró a abandonar la habitación y Brígida aprovechó este respiro para arrojar el té por la ventana, y por poco escalda a *Wonky-fu*, que descansaba en un arriate.

El gato aceptó sus excusas, y encaramándose por la ventana empezó a restregarse contra Brígida.

—¡Precioso! —le dijo la muchacha pasando su mano por el lomo del felino.

Wonky-fu arqueó el rabo, reanudando sus caricias con más vigor.

—Gatito bonito —decía Brígida, acariciando sus orejas cuando regresó la señorita Waynflete.

—Pobre de mí —exclamó—. *Wonky-fu* se ha echado encima de usted, ¿no es cierto? ¡Es tan *cariñoso*! Tenga cuidado con su oreja izquierda, la ha tenido enferma y todavía le duele mucho.

Pero la advertencia llegó tarde. Brígida había tocado la oreja enferma y *Wonky-fu* se retiró ofendido.

—¡Oh, cielos! ¿La ha arañado? —exclamó la señorita Waynflete.

—No es nada —dijo la muchacha, mostrando un arañazo que cruzaba su mano.

—¿Quiere que le ponga un poco de yodo?

—No, no; no vale la pena.

La señorita Waynflete parecía disgustada, y Brígida, pensando que no había sido muy gentil, se apresuró a decir:

—Quisiera saber cuánto tardará Lucas.

—Vamos, no se apresure, querida. Estoy segura de que el señor Fitzwilliam es capaz de cuidar de sí mismo.

—¡Oh, Lucas es muy fuerte!

En aquel momento sonó el teléfono. Brígida corrió a descolgarlo. Lucas era quien llamaba.

—Oiga. ¿Eres tú, Brígida? Estoy en la posada. ¿Puedes esperar a que vaya a recoger tus cosas después de comer? Ha llegado Battle… ¿Sabes a quién me refiero?

—¿El inspector de Scotland Yard?

—Sí. Y desea hablar conmigo ahora mismo. ¿Me oyes?

—Sí, desde luego. Tráemelas después de comer y cuéntame lo que dice de todo esto.

—De acuerdo. Hasta luego, cariño.

—Hasta luego.

Brígida, tras colgar el receptor, repitió la conversación a la señorita Waynflete. Luego bostezó. De pronto le había invadido una sensación de cansancio.

La señorita Waynflete se dio cuenta.

—¡Está muy cansada, querida! Puede tenderse un rato… no, no me parece bien antes de comer. Iba a llevarle unas ropas viejas a una mujer que vive no lejos de aquí… es un bonito paseo por el campo. ¿No le gustaría venir conmigo? Tenemos tiempo antes de la hora de la comida.

Brígida aceptó de buena gana.

Y salieron. La señorita Waynflete llevaba un sombrero de paja, y ante el regocijo de la muchacha se había puesto guantes.

«¡Ni que fuéramos a Bond Street[3]!», pensó para sí.

La señorita Waynflete fue charlando durante el camino de varios asuntos intrascendentales. Atravesaron dos campos por una senda rocosa, y tomando una vereda desigual prosiguieron el paseo entre matorrales. El día era caluroso y Brígida agradeció la sombra de los árboles.

Miss Waynflete propuso sentarse a descansar unos instantes.

—Hace un día bochornoso. ¿No le parece? ¡Creo que habrá *tormenta*!

Brígida asintió adormilada. Con los ojos semicerrados recordó la poesía:

¿Por qué vas por el campo con guantes,
mujercita obesa que no tuvo amantes?

¡No encajaba bien del todo! La señorita Waynflete no era gruesa, y arregló los versos.

¿Por qué vas por el campo con guantes,
mujercita enjuta que no tuvo amantes?

La señorita Waynflete la sacó rápidamente de sus meditaciones.

—Tiene mucho sueño, ¿verdad, querida?

Las palabras fueron pronunciadas con amabilidad, pero el desusado tono de su voz hizo que Brígida abriera del todo los ojos. La señorita Waynflete, inclinada sobre ella, repetía su pregunta después de pasar la lengua ansiosamente por sus labios resecos.

—Tiene *mucho sueño*, ¿no es cierto?

Aquella vez no le quedaron dudas sobre el significado de su tono. Un relámpago cruzó la mente de Brígida… un relámpago de inteligencia, seguido de otro de convencimiento.

Había sospechado la verdad…, pero no que se atentase contra ella. Creía haber calculado todo, pero no soñó que habría de convencerse tan pronto. ¡Tonta… más que tonta!

Y de pronto se hizo la luz.

«El té… había puesto algo en el té. *Debe ignorar* que no lo he tomado. ¡Ésta es mi oportunidad! ¡Fingir! ¿Qué sería? ¿Veneno? ¿O tan sólo un soporífero? Ella espera que yo me duerma… eso es evidente».

Y dejó caer sus párpados como antes, y con lo que consideraba una voz soñolienta, musitó:

—Sí… muchísimo… ¡Qué extraño! No sé por qué he de tener tanto sueño.

La señorita Waynflete asentía con la cabeza.

Brígida la observaba entre sus párpados semicerrados, pensando:

«¡De todas formas soy una buena contrincante! Mis músculos son bastante fuertes y ella es una frágil viejecilla. Pero tengo que hacerla hablar… eso es… hacerla hablar».

La señorita Waynflete sonreía con una sonrisa astuta e inhumana.

«¡Parece un chivo! ¡Ya lo creo! ¡El chivo siempre ha sido el símbolo del diablo! ¡Ahora sé por qué! —se dijo Brígida—. Tenía razón… ¡Mi fantástica idea era cierta! ¡*El infierno es tan malo como una mujer despechada*! Todo se resume en esto».

—No sé lo que me pasa… me encuentro tan rara… —murmuró,

y esta vez su voz denotaba recelo.

La señorita Waynflete dirigió una mirada a su alrededor. El lugar estaba completamente desierto y se hallaban demasiado lejos del pueblo para que se oyera un disparo. No había casas en los alrededores. Empezó a revolver en el paquete que llevaba… que según las apariencias debiera contener ropa vieja. Una vez libre del papel que lo envolvía aparecieron unas prendas de lana. Las manos enguantadas siguieron buscando… buscando…

¿Por qué vas por el campo con guantes?

Sí… ¿por qué? ¿Para qué llevaba guantes?

¡Claro! ¡Claro! ¡Todo había sido planeado hasta el menor detalle!

Las ropas cayeron a un lado. Con sumo cuidado, la señorita Waynflete extrajo un cuchillo, que sujetó con precaución para no borrar las huellas digitales ya impresas en él desde aquella mañana por los dedos regordetes de lord Whitfield en la sala de la Casa de los Fresnos.

Era el alfanje de afilada hoja.

Brígida sintióse flaquear. Había que ganar tiempo… sí, y hacer *hablar* a aquella mujer de cabellos grises, a quien nadie había querido. No iba a serle muy difícil, porque lo estaba deseando… y con la única persona que podía hacerlo era con quien se hallaba en las circunstancias de Brígida… A punto de callar totalmente para siempre.

Brígida habló con voz desmayada:

—¿Para qué es… ese… cuchillo?

Y entonces la señorita Waynflete echóse a reír… con risa horrible, suave y musical…, pero inhumana.

—Es para ti, Brígida. ¡Para ti! Ya sabes que te odio desde hace mucho tiempo.

Brígida dijo:

—¿Porque iba a casarme con Gordon Whitfield?

—Eres muy lista. ¡Muy lista! Eso será la prueba definitiva contra él. Te encontrarán aquí, degollada… con su cuchillo… y sus huellas digitales. ¡Fui muy astuta al pedir que me lo enseñara esta mañana!

Luego, mientras tú estabas arriba, lo escondí en mi bolso envuelto en un pañuelo. ¡Qué sencillo! Todo ha sido muy fácil. Apenas puedo creerlo.

—Eso… es… porque… es… tan endiabladamente… lista —dijo la muchacha con voz de persona dominada por los efectos de una droga.

La señorita Waynflete volvió a reír con su risa horrible antes de decir con orgullo:

—¡Sí, siempre he sido muy inteligente… desde niña! Pero nunca me dejaron hacer nada… Tuve que estarme en casa inactiva. Luego Gordon… el hijo de un zapatero, pero que tenía ambición… y habría de alcanzar tan elevada posición en el mundo… me dejó plantada… ¡plantada! Y todo por el asunto del pájaro.

Y sus manos hicieron un gesto como si estuviesen retorciendo algo. De nuevo Brígida sintióse desfallecer.

—Gordon Ragg, osando despreciarme… a *mí*… la hija del coronel Waynflete. ¡Juré que me las pagaría! Pensé en ello día y noche… Y nos fuimos arruinando… Tuvimos que vender nuestra casa. ¡*Él* la compró! Y luego vino a ofrecerme un empleo en la que fue mi propia casa. ¡Cómo le odié entonces! Pero nunca demostré mis sentimientos. Así nos lo enseñan de niñas… es una educación de incalculable valor. Y es en estos casos cuando mejor se demuestra.

Quedó en silencio unos instantes. Brígida la observaba, sin atreverse apenas a respirar por no interrumpir su relato.

—No dejaba de pensar y pensar —prosiguió la señorita Waynflete—. Al principio quise matarle, y empecé a leer novelas de crímenes en la biblioteca… a escondidas, ¿sabes? Y la verdad es que mis lecturas me fueron muy útiles en más de una ocasión. Por ejemplo, para cerrar la puerta del cuarto de Ana desde fuera con la ayuda de unas pinzas, después de haber cambiado las dos botellas. ¡Cómo roncaba, qué ridículo!

Hizo una pausa.

—Veamos, ¿dónde estaba?

Aquel don que Brígida había cultivado y que encantaba a lord Whitfield, de ser una perfecta oyente, le sirvió de mucho en esta ocasión. Honoria Waynflete podía ser una homicida maniática, pero

era algo más: era un ser humano deseoso de hablar de sí mismo. Y con aquella clase de seres Brígida encajaba perfectamente. Y al hablar de nuevo, su voz era una invitación para proseguir:

—Al principio pensó en matarle.

—Sí…, pero no me satisfizo… quise algo mejor. Y entonces se me ocurrió la idea. Pagaría por los crímenes que no había cometido… ¡Iba a convertirle en un asesino! Le colgarían por mis asesinatos. O le creerían loco y le encerrarían para el resto de su vida… Eso era mucho mejor.

Y echóse a reír de nuevo, con ojos extraviados.

—Como te digo, leí muchos libros de crímenes. Escogí detenidamente mis víctimas para no levantar demasiadas sospechas al principio. ¿Sabes? —Su voz se ensombreció—. Me *divertía* matar… *Aquella* desagradable mujer, Lydia Horton… una vez se refirió a mí llamándome «vieja». Y me alegré cuando Gordon se peleó con ella. Pensé: «Mataré dos pájaros de un tiro». Fue *divertidísimo* echar arsénico en su té mientras estaba al lado de su cama, y luego decir a la enfermera que la señora Horton se había quejado del gusto tan amargo de las uvas de lord Whitfield. La estúpida no lo repitió a nadie, lo cual fue una lástima.

»¡Y luego los otros! Tan pronto como sabía que Gordon se disgustaba con alguien, arreglaba fácilmente el accidente. Y él es tan tonto… tan tonto. Le hice creer que era un ser especial. Que todo el que estaba contra él moría, y lo creyó. Pobre Gordon, se lo cree todo. ¡Es tan simple!

Brígida se vio a sí misma diciendo a Lucas:

—¡Gordon! ¡Creería cualquier cosa!

Ya lo creo. ¡Y con qué facilidad!

Pero debía saber más. ¿Fácil? Eso también lo era. Había hecho varios años de secretaria, animando a sus empleados a que hablasen de sí mismos. Y aquella mujer deseaba hablar… gozarse en su propia astucia.

—Pero ¿cómo se las arregló? No sé cómo pudo.

—¡Oh, fue muy sencillo! ¡Sólo se necesita organización! Cuando despidieron a Ana de la Casa de los Fresnos la tomé en seguida. La idea del barniz me pareció de perlas… y la puerta cerrada por *dentro* me libraba de sospechas. Aunque yo siempre quedaba al

margen porque no tenía *motivos* y no se sospecha de quien no tiene ningún motivo para cometer un crimen. También fue fácil librarme de Carter… Iba tambaleándose entre la niebla, le esperé en el puente y le di un empujón. ¿Sabes?, soy bastante fuerte.

Hizo una pausa para volver a reír.

—¡Todo fue tan *divertido*! Nunca olvidaré la cara de Tomás cuando le empujé por la ventana. No tenía la más remota idea…

Se inclinó hacia Brígida.

—La gente es muy estúpida. Antes no me había dado cuenta.

—¿No será que… es usted muy inteligente? —dijo Brígida despacio.

—Sí, sí… tal vez tengas razón.

—Debió serle más difícil librarse del doctor Humbleby —insinuó la muchacha.

—Sí, es sorprendente cómo sucedió. Gordon había estado hablando tanto de su visita al instituto Wellerman Wreitz, que pensé que la gente lo recordaría, y después habrían de atar cabos. La oreja de *Wonky-fu* supuraba, me las arreglé para pinchar con mis tijeras la mano del doctor, y luego insistí para que me dejara vendarle. Él no supo que la venda estaba infectada primero en la oreja de *Wonky-fu*. Me *encantó* poder hacerlo… sobre todo ya que el gato había sido de Lavinia Pinkerton.

»¡Lavinia Pinkerton! —su rostro se ensombreció—. Ella lo adivinó… Ella fue quien encontró a Tomás, y cuando Gordon y el doctor discutieron, me sorprendió mirando a Humbleby. Yo estaba desprevenida, pensando cómo eliminarle… y lo adivinó. Pude ver que me observaba y que lo sabía. No podía probar nada, pero temí que alguien la creyese, o que la escuchasen en Scotland Yard. Estaba segura de que iría, y tomé el mismo tren para seguirla.

»Todo fue muy fácil. Estaba cruzando Whitehall, y yo muy cerca de ella. No me vio. Pasó un coche grande y la empujé con todas mis fuerzas. ¡Soy muy fuerte! Cayó bajo las ruedas. Le dije a la mujer que vi más cerca que había visto la matrícula y le di el número del «Rolls» de Gordon con la esperanza de que lo repitiera a la policía.

»Tuve suerte. El coche no paró. Debió ser algún chófer que llevaría el automóvil sin el permiso de su amo. Sí, tuve suerte. Siempre la tengo. Como el otro día en la escena de Rivers, con el

señor Fitzwilliam por testigo. Era difícil hacerle sospechar de Gordon, pero cuando viese muerto a Rivers tendría que hacerlo.

»Y ahora… bien, esto terminará con todo.

Se levantó, acercándose a Brígida.

—¡Gordon me dejó plantada! Iba a casarse contigo. Toda mi vida he sido despreciada. No tuve nada… nada…

Mujercita enjuta que no tuvo amantes.

Estaba inclinada sobre ella, sonriendo, con las pupilas dilatadas… el cuchillo brilló un instante…

Brígida dio un salto con todo el impulso de su juventud, y como una tigresa se abalanzó sobre la otra mujer, retorciéndole la muñeca.

Cogida de sorpresa, Honoria Waynflete cayó antes de poder reaccionar, mas tras unos momentos de inercia comenzó a luchar. Sus fuerzas no podían compararse. Brígida era joven y sana y sus músculos se habían desarrollado con los deportes. Honoria Waynflete era delgada y frágil.

Mas existía un factor con el que Brígida no contó. Honoria Waynflete estaba loca. Su fuerza se la proporcionaba la locura. Luchó como un demonio, y su resistencia era mayor que la de Brígida. Forcejearon una y otra vez; aún no había apartado de sí el cuchillo, cuando Honoria volvía a acercarlo.

Y poco a poco, la fuerza de la loca se impuso. Brígida se puso a gritar:

—Socorro… Lucas… Socorro…

Pero no esperaba que llegaran en su ayuda. Estaba a solas con Honoria Waynflete, sola en un campo desierto. Con un esfuerzo supremo logró doblar la muñeca de su contrincante, y por fin hacerle soltar el cuchillo.

Al instante siguiente tuvo las manos de la loca crispadas sobre su garganta, amenazando con quitarle la vida. Exhaló un gemido entrecortado…

CAPÍTULO XXII

HABLA LA SEÑORA HUMBLEBY

Lucas se sintió favorablemente impresionado por el inspector Battle. Éste era un hombre robusto y agradable, de rostro enrojecido y grandes y hermosos bigotes. A primera vista no parecía muy sagaz, pero una segunda mirada bastaba para convencer a cualquiera de que era muy observador y sus ojos sumamente astutos.

Lucas no cometió la equivocación de ignorar sus cualidades. Ya había tropezado con tipos como Battle. No pudo haber soñado hombre mejor para que se encargara del caso.

—Debe ser usted un buen sabueso cuando le envían para un caso como éste —le dijo cuando estuvieron a solas.

—Acaso sea éste un caso muy serio, señor Fitzwilliam. —El inspector Battle sonrió—. Cuando se halla mezclado un hombre como lord Whitfield procuramos no equivocarnos.

—Ya me doy cuenta. ¿Ha venido solo?

—¡Oh, no! Me he traído a un detective. Se hospeda en la otra posada, la de las «Siete Estrellas», y su trabajo consiste en vigilar a Su Señoría.

—Ya.

—¿No tiene ninguna duda, señor Fitzwilliam? ¿Está bien seguro de que ése es su hombre?

—Ante los hechos no veo otra alternativa posible ¿Quiere que le dé datos?

—Gracias. Me los ha dado el señor William.

—Bien. ¿Qué le parece? Supongo que le resultará extraño que un hombre como lord Whitfield sea un criminal.

—Pocas cosas me sorprenden —repuso el inspector—. Nada es imposible tratándose de crímenes. Es lo que siempre digo. Si usted me dijera que una vieja o un magistrado o una colegiala eran asesinos peligrosos, no le diría que no, sino que investigaría.

—Ya que conoce usted los hechos del caso por el señor William, le relataré lo que ha sucedido esta mañana —dijo Lucas.

Y le contó a grandes rasgos su escena con lord Whitfield. El inspector Battle le escuchaba con gran interés.

—¿Dice usted que acariciaba un cuchillo? ¿Hizo algo especial con él, señor Fitzwilliam? ¿Amenazó a alguien?

—Abiertamente, no. Pasó su índice por el filo… con un placer insano. Creo que la señorita Waynflete pensó lo mismo.

—Ésa es la señorita de que me habló… que conoce a lord Whitfield de toda su vida… y que una vez estuvieran prometidos para casarse.

—Eso es.

—Creo que no debe atormentarse más por ella, señor Fitzwilliam. Haré que la vigilen, y con eso y Jackson siguiendo los pasos de Su Señoría, no hay peligro de que ocurra nada.

—Me ha quitado usted un peso de encima.

El inspector asintió con simpatía.

—Es una posición muy ingrata la suya, puesto que se interesa por la señorita Conway. No creo que éste sea un caso fácil. Lord Whitfield debe de ser un hombre muy astuto y es probable que mienta durante mucho tiempo aún. Es decir a menos que haya llegado el último grado.

—¿A qué llama el último grado?

—A una especie de egoísmo que invade al criminal cuando cree que nadie es capaz de descubrirle. ¡Se cree demasiado inteligente y que todos los demás son estúpidos! Entonces, como es natural, es cuando le cazaremos.

—Bien —dijo Lucas, haciendo un gesto de asentimiento—. Le deseo suerte. Déjeme que le ayude en lo que pueda. ¿No me sugiere nada?

Battle meditó unos instantes.

—Por el momento, no. Sólo quiero ordenar las cosas. ¿Tal vez podamos charlar otro ratito esta noche?

—Encantado.

—Entonces, sabré mejor a qué atenerme.

Lucas sentíase confortado y algo más tranquilo. Mucha gente sacaba esa misma opinión después de una entrevista con Battle. Miró su reloj. ¿Y si fuese a ver a Brígida antes de comer? No. La señorita Waynflete pudiera verse obligada a invitarle, y le desagradaba desequilibrar su presupuesto.

A las damas de cierta edad estos problemas las contrarían; el tener tantas tías le daba experiencia. Se preguntó si la señorita Waynflete tendría sobrinos. Tal vez sí.

Acababa de atravesar la puerta de la posada cuando una figura negra que bajaba apresuradamente la calle al verle se detuvo.

—Señor Fitzwilliam.

—Señora Humbleby.

Se adelantó para estrecharle la mano.

—Pensé que se habría marchado —dijo ella.

—No, sólo be cambiado de domicilio. Ahora me hospedo aquí.

—¿Y Brígida? Me han dicho que ha dejado la Casa de los Fresnos.

—Sí, es cierto.

—¡Cuánto me alegro! —dijo la señora Humbleby—. ¡Cuánto me alegro que haya abandonado Wychwood!

—Oh, todavía está aquí. A decir verdad, está en casa de la señorita Waynflete.

La señora Humbleby retrocedió unos pasos. Su rostro denotaba extraordinaria contrariedad, según pudo apreciar Lucas con sorpresa.

—¿En casa de la señorita Waynflete? Oh, pero ¿*por qué*?

—La señorita Waynflete la ha invitado a pasar unos días con ella.

La señora Humbleby, estremeciéndose, se acercó a Lucas y le cogió del brazo.

—Señor Fitzwilliam. Sé que no tengo derecho a decir nada… nada en absoluto. He sufrido mucho últimamente y… tal vez esto me hace ver lo que no existe. Estos presentimientos pueden ser sólo imaginaciones.

—¿Qué presentimientos?

—Este presentimiento que tengo del *mal*.

Miró tímidamente a Lucas. Al ver que se limitaba a inclinar la cabeza sin hacerle caso, continuó:

—*De tantas maldades*, es un presentimiento que no me abandona… las desgracias que ocurren aquí, en Wychwood. Y esa mujer tiene la culpa de todo. ¡Estoy segura!

—¿Qué mujer? —Lucas estaba hecho un lío tremendo.

—Honoria Waynflete es una mujer malvada. ¡Estoy segura! Oh, ya veo que no me cree. Tampoco nadie quiso creer a Lavinia Pinkerton. *Pero las dos lo sentimos*. Ella creía que sabía más que yo… Recuerde, señor Fitzwilliam, que si una mujer no es feliz es capaz de hacer cosas terribles.

—Sí, es posible —dijo él como convencido por no contrariarla.

—¿No me cree? Bien, ¿por qué iba a creerme? Pero no puedo olvidar el día que Juan llegó a casa con la mano vendada por ella, a pesar de que no hizo caso diciendo que era sólo un rasguño.

Se volvió.

—Adiós. Por favor, olvide lo que le he dicho. No… no… me encuentro muy bien estos días.

Lucas la miró al marchar. Se preguntaba por qué habría ella calificado de malvada a Honoria Waynflete. ¿Es que habría sido amiga de su esposo y estaría celosa?

¿Qué más había dicho? «Nadie quiso creer tampoco a Lavinia Pinkerton». Luego ésta debió comunicarle sus sospechas. Volvió él a la escena del tren y el rostro atormentado de la anciana señora diciendo: «La mirada de ciertas personas». Y apareció con claridad en su memoria el modo que su cara se había transfigurado al hablar. Por unos instantes sus labios se juntaron en una sola línea, y simultáneamente, sus ojos tomaron una curiosa expresión.

Y de pronto se dijo: *Yo he visto esa expresión… hace muy poco*. ¿*Cuándo*? ¡Esta mañana! ¡Claro! Ha sido la señorita Waynflete cuando miraba a Brígida en la sala de la Casa de los Fresnos.

Lavinia Pinkerton había hablado de la mirada que viera en los ojos de un hombre… Y era posible que por un segundo hubiese *reproducido la mirada que vio…, la mirada de un asesino contemplando a su propia víctima…*

Sin saber lo que hacía, encaminó sus pasos hacia la casa de la

señorita Waynflete. Una voz en su interior le repetía una y otra vez:

«No habló de un *hombre*… tú pensaste que se trataba de un *hombre*…, pero ella no lo dijo… Oh, Dios mío, ¿estaré loco? No es posible lo que estoy pensando… *seguro que es imposible*… *es absurdo*… Pero debo ver a Brígida. *Debo saber* que está a salvo. Esos ojos… esos extraños ojos color ámbar. ¡Oh, estoy loco! ¡Debo estar loco! ¡Whitfield es el criminal! ¡*Debe* serlo! ¡Casi lo ha *confesado*!».

Y como en una pesadilla volvió a ver el rostro de la señorita Pinkerton recordando una mirada extraña y demente.

La doncellita le abrió la puerta, y algo sorprendida por su vehemencia, le dijo:

—La señorita ha salido, me lo dijo la señorita Waynflete. Iré a ver si ella está.

Y siguiéndola entró en el comedor. Emilia subió las escaleras, volviendo sin aliento.

—La señora también ha salido.

Lucas la sujetó por los hombros.

—¿Por dónde han ido? ¿Adónde iban?

—Deben haberse ido por la parte de atrás. Si hubiesen salido por delante las hubiese visto, porque la cocina da a la puerta principal.

Y le siguió hasta verle salir al jardincito. Un hombre se hallaba recortando un seto. Lucas le preguntó por ellas, procurando que su voz fuese normal.

—¿Dos señoras? Sí. Hace un rato. Yo estaba comiendo sentado detrás del seto y no me vieron —repuso el hombre.

—¿Qué camino tomaron?

Hizo todo lo posible por no alterar su voz, y a pesar de ello el hombre abrió más los ojos.

—Cruzaron esos campos… Por ahí. Luego ya no sé.

Lucas le dio las gracias y echó a correr. Su sentido de urgencia se incrementaba. ¡*Tenía* que alcanzarlas! Pudiera estar loco. Probablemente estarían dando un amigable paseo, pero alguna cosa le obligaba a ir de prisa. ¡Más de prisa!

Cruzó los dos campos y se detuvo sin saber qué camino tomar. ¿Y ahora hacia dónde?

Y entonces oyó su llamada… lejana… pero inconfundible:

—*Socorro*… *Lucas*… *Socorro* —y otra vez—: *Lucas*…

Echó a correr en la dirección de donde provenía el grito. Se oyeron otros ruidos, golpes… lucha… y un gemido apagado.

Hizo aparición entre los árboles a tiempo de arrancar las manos de la loca de la garganta de la víctima, y agarrarse a la suya hasta que entre gemidos y convulsiones quedó sin sentido.

CAPÍTULO XXIII

UN NUEVO COMIENZO

—Pero no lo entiendo —dijo lord Whitfield—. No lo entiendo.

Luchaba por mantener su dignidad, pero bajo su arrogante exterior se manifestaba el desconcierto. Apenas podía dar crédito a los extraordinarios sucesos.

—Pues es así, lord Whitfield —dijo Battle pacientemente—. Para comenzar le diré que existen en su familia casos de demencia. Ahora se ha descubierto, y me atrevo a decir que ella tenía esa predisposición. Además era ambiciosa… y estaba despechada. Primero su carrera y luego su noviazgo —carraspeó—. Tengo entendido que fue usted quien la dejó plantada.

—No me gusta ese término —dijo lord Whitfield.

El inspector Battle arregló la frase.

—¿Fue usted quien dio por terminadas las relaciones?

—Pues… sí.

—Cuéntanos por qué, Gordon —dijo Brígida.

—Oh, bueno, lo haré, si no hay más remedio —dijo enrojeciendo —. Honoria tenía un canario, al que quería mucho. Un día le dio un picotazo. Ella se enfureció y cogiéndole entre sus manos… le retorció el pescuezo. Después de eso, yo ya no sentía lo mismo por ella, y le dije que habíamos cometido una equivocación.

—Ése fue el principio —dijo Battle asintiendo—. Como le dijo a la señorita Conway, ella cambió los hechos y dirigió toda su indudable habilidad mental a un solo fin.

—¿Para que me creyeran un asesino? —lord Whitfield no acababa de convencerse—. No puedo creerlo.

—Es cierto, Gordon —le dijo Brígida—. Ya sabes que te

sorprendías al ver que todo el que te molestaba desaparecía inmediatamente de un modo extraordinario.

—Existe una razón.

—La razón es Honoria Waynflete —repuso la muchacha—. Convéncete de que no fue la Providencia quien empujó a Tomás desde la ventana, ni a todos los demás, sino Honoria.

—¡Me parece tan inverosímil! —dijo Gordon meneando la cabeza.

—¿Dice usted que ha recibido un mensaje por teléfono esta mañana? —preguntó Battle.

—Sí, a eso de las doce. Me pidieron que acudiese a aquel campo inmediatamente, porque tú, Brígida, tenías algo que decirme. Debía ir a pie y no en mi automóvil.

—Exacto —afirmó Battle—. Ése hubiese sido el fin. Hubiesen encontrado a la señorita Conway degollada, y a su lado el cuchillo con sus huellas digitales. ¡Y usted hubiese sido visto por aquellos alrededores! No tendría escapatoria. Cualquier juez del mundo le hubiese condenado.

—¿A mí? —exclamó lord Whitfield, sorprendido y disgustado—. ¿Es que alguien hubiera creído una cosa así de mí?

—Yo no, Gordon. Nunca lo creí —dijo Brígida con calor.

—¡Por mi carácter y comportamiento durante mi estancia en este país no creo que nadie hubiese dado crédito, ni por un momento, a esas monstruosas acusaciones!

Y dicho esto salió de la habitación, cerrando la puerta tras sí.

—¡Nunca querrá creer que ha corrido un serio peligro! —exclamó Lucas, y luego añadió—: Vamos, Brígida, cuéntame cómo sospechaste de la señorita Waynflete.

—Fue cuando me dijiste que Gordon era el asesino —explicó ella —. ¡No podía creerlo! ¿Sabes? Le conozco tan *bien*. ¡He sido su secretaria durante dos años! Sé que es fatuo y orgulloso, y que sólo piensa en sí mismo, pero también sé que es una persona amable, casi demasiado sensible. Le molesta matar incluso una mosca. Esa historia de la muerte del canario de la señorita Waynflete… tenía que ser un error. No pudo hacerlo. Una vez me dijo que él fue quien la dejó, y tú me decías *que era al revés*. Bueno, eso *podía* ser cierto. Su orgullo no le permitía admitir que fue desdeñado. ¡Pero eso del

pájaro! ¿Cómo pudo hacerlo? ¡Si no puede disparar porque el ver las piezas muertas le pone enfermo!

»Así que comprendí que parte de la historia no era cierta. Pero en ese caso *la señorita Waynflete mentía*. Y en realidad, si bien se piensa, *era una mentira extraordinaria*. Y di en pensar si no fuese la única. Es una mujer muy altiva… cualquiera puede verlo. El haber sido despreciada debió herirla en lo más hondo y sentir rabia y deseos de vengarse de lord Whitfield… sobre todo cuando él había prosperado y enriquecido. Y pensé: "Sí, probablemente intenta hacer recaer un crimen sobre él." Y entonces empezaron a girar en mi mente varias ocurrencias y me dije: "Supongamos que todo lo que ha dicho sea falso." ¡Qué fácil es para una mujer así engañar a un hombre! Es fantástico, pero supongamos que fuese ella quien asesinó a todas esas personas y le metiese a Gordon en la cabeza que la divina Providencia le libraba de sus enemigos. Como te dije una vez, Gordon es capaz de creer cualquier cosa. Y pensé: "¿Pudo cometer todas esas muertes?" ¡Y vi que sí! Pudo empujar a un hombre borracho y a un niño desde una ventana. Ana Gibbs había muerto en su casa, y acostumbraba visitar a la señora Horton cuando estaba enferma. El doctor Humbleby me pareció menos fácil. No sabía que cuando *Wonky-fu* tuvo la oreja mala, ella infectó la venda que puso en su mano. Y no pude imaginarla disfrazada de chófer para matar a la señorita Pinkerton; por eso lo consideré más difícil.

»Mas de repente vi que pudo empujarla por detrás, cosa fácil entre la multitud. El coche no paró y tuvo oportunidad de decir a otra mujer que había visto el número del automóvil, y darle la matrícula del "Rolls" de lord Whitfield.

»Claro que todo esto giraba en mi cabeza sin orden ni concierto, pero si Gordon no ha cometido esos crímenes… y yo lo sé… ¿Quién ha sido? La respuesta es: "*Alguien que odie a Gordon*." ¿Quién le odia? Honoria Waynflete, naturalmente.

»Y luego recordé que la señorita Pinkerton se había referido a un *hombre*. Eso derrumbaba todas mis teorías, porque a no ser que estuviera *en lo cierto, no la habrían matado*. Me repetí las palabras de la señorita Pinkerton, y vi que no utilizó directamente la palabra *hombre*. ¡Me di cuenta de que estaba sobre la verdadera pista!

Decidí aceptar la invitación de la señorita Waynflete resuelta a sacarle la verdad de todo lo ocurrido.

—¿Sin decirme ni una palabra? —saltó Lucas, enfadado.

—Pero, cariño, estabas tan *seguro*, y yo no lo estaba en absoluto. Todo era vago e indeciso. Mas no imaginé que pudiera correr peligro. Creí que tenía mucho tiempo… Oh, Lucas, fue horrible —se estremeció—. Sus ojos… y aquella risa inhumana…

—No olvidaré nunca que llegué justamente a tiempo —dijo Lucas, y se volvió hacia Battle—. ¿Cómo está ahora?

—Completamente desmoralizada —repuso el inspector—. Ya sabe, no puede soportar la idea de que no ha sido tan lista como se creía.

—Bueno, no soy un buen policía. No sospeché ni un momento de Honoria Waynflete. Usted lo ha hecho mejor, Battle —dijo Lucas, resentido.

—Puede que sí, puede que no. Recuerde lo que le dije, que todo es posible en criminología. Creo que nombré a una vieja dama.

—Y también a un magistrado y una colegiala. ¿Tengo que creer que también les considera criminales en potencia?

La sonrisa de Battle se trocó entonces en una extraña mueca.

—Lo que quise decir es que cualquiera puede ser un asesino.

—Excepto Gordon —dijo Brígida—. Lucas, vamos a buscarle.

Le encontraron escribiendo muy atareado en su despacho.

—Gordon —dijo la muchacha con voz tierna—. Por favor, ahora que ya lo sabes todo, ¿podrás perdonarnos?

—Claro, querida, claro. Lo comprendo. Soy un hombre muy ocupado y no atendía. La verdad de este asunto se resume en esta frase de Kipling: «Viaja más de prisa quien viaja solo». Tengo una gran responsabilidad, y debo sobrellevarla solo. Para mí no existe camaradería, ni ayuda… debo ir solo… hasta que caiga en mi camino.

—¡Querido Gordon! ¡Eres un encanto! —exclamó Brígida.

—No es cuestión de ser un encanto —dijo Gordon frunciendo el ceño—. Olvidemos todas estas tonterías. Soy un hombre muy ocupado.

—Lo sé.

—Estoy preparando una serie de artículos que quiero publicar en

seguida sobre los «Crímenes cometidos por las mujeres a través de las épocas».

—Gordon, creo que has tenido una magnífica idea —dijo Brígida mirándole con admiración.

—Ahora dejadme, por favor. No quiero que me distraigan. Tengo mucho trabajo —dijo lord Whitfield irguiéndose.

Lucas y la muchacha salieron de la estancia de puntillas.

—La verdad es que es encantador —dijo Brígida.

—Brígida, creo que ese hombre te interesa.

—Ya sabes, Lucas, que una vez lo creí.

—Me alegra marcharme de Wychwood —comentó Lucas mirando por la ventana—. No me gusta este sitio. Como dijo la señora Humbleby, existe cierto maleficio. No me gusta la sombra que proyecta la Colina de las Brujas sobre el pueblo.

—Hablando de la Colina de las Brujas, ¿qué hay de Ellworthy?

Lucas echóse a reír avergonzado.

—¿Lo dices porque vi sangre en sus manos?

—Sí.

—¡Por lo visto es que habían sacrificado un gallo blanco!

—¡Qué desagradable!

—Creo que puede suceder algo parecido. Battle se propone darle una sorpresa.

—Y el pobre comandante Horton no pensó nunca en matar a su esposa; el señor Abbot recibiría una carta comprometedora de alguna dama, y el doctor Thomas es tan sólo un simpático y joven médico —resumió Brígida.

—¡Es un solemne tonto!

—Dices eso porque tienes celos de que se case con Rosa Humbleby.

—Es demasiado buena para él.

—¡Siempre he creído que te gusta más que yo!

—Querida, ¿no te parece un poco absurdo eso?

—No, la verdad.

Quedó silenciosa unos momentos y luego preguntó:

—Lucas, ¿te gusto ahora?

Hizo un movimiento para acercarse a ella, pero le rechazó.

—¡Oh! Ya… Sí, me gustas, Brígida, tanto como te quiero.

—Tú también me gustas, Lucas…

Y sonrieron tímidamente como dos niños que acaban de hacerse amigos.

—El gustarse es más importante que amarse. Es lo que atrae. Y yo quiero que estemos unidos, Lucas. No que sólo nos amemos y al cabo de poco tiempo de casados nos cansemos el uno del otro y queramos unirnos a otra persona. Eso debemos evitarlo.

—¡Oh, amor mío, lo sé! Tú quieres realidad. Y yo también. Nos amaremos siempre porque nuestro amor está fundado en la realidad.

—¿Es cierto, Lucas?

—Es cierto, cariño. Creo que es por eso por lo que temía enamorarme de ti.

—Yo también temía amarte.

—¿Tienes miedo ahora?

—No.

—Hemos estado mucho tiempo cerca de la muerte. Ahora ¡todo ha terminado! Y empezamos a vivir…

AGATHA CHRISTIE, escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable Miss Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La*

ratonera ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23.000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos*, *Asesinato en el Orient Express*, *Tres ratones ciegos*, *Muerte en el Nilo*, *El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de Misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.

Notas

[1] «¡Qué simpleza, qué simpleza! — la mosca se casó con la zumbona abeja». (Canción infantil inglesa.) (N. del T.) < <

[2] Amigo y ayudante del famoso detective Sherlock Holmes. < <

[3] Calle elegante de Londres. (N. del T.) < <